

VOCES PARA VER

TESTIMONIOS DE VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES
UNA INJUSTICIA NORMALIZADA

Bizkaia
enple@ua, @izarte inclusioa eta berdintasuna sustatzeko saila
departamento de empleo, inclusión social e @ualdad

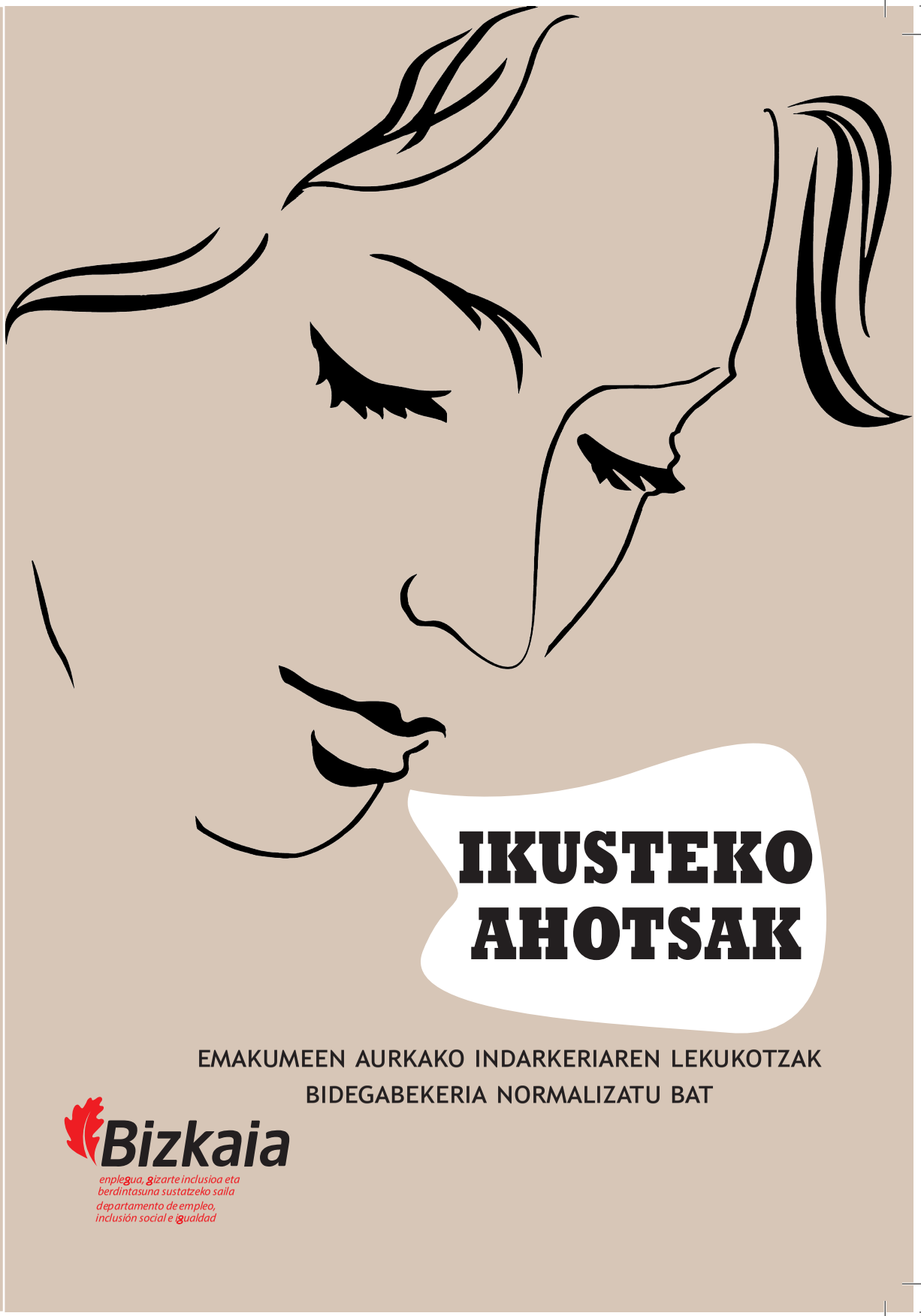
TESTIMONIOS DE VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES, UNA INJUSTICIA NORMALIZADA

VOCES PARA VER

IKUSTEKO AHOTSAK

EMAKUMEEN AURKAKO INDARKERIAREN LEKUKOTZAK, BIDEGABEKERIA NORMALIZATU BAT

Bizkaia
enple@ua, @izarte inclusioa eta berdintasuna sustatzeko saila
departamento de empleo, inclusión social e @ualdad



IKUSTEKO AHOTSAK

EMAKUMEEN AURKAKO INDARKERIAREN LEKUKOTZAK
BIDEGABEKERIA NORMALIZATU BAT

Bizkaia
enple@ua, @izarte inclusioa eta berdintasuna sustatzeko saila
departamento de empleo, inclusión social e @ualdad

VOCES PARA VER

Testimonios de violencia contra las mujeres,
una injusticia normalizada



Coordinación editorial: Kamaraka
[Isabel Urkijo Azkarate & Ana Rosa Gómez Moral]
ISBN: 978-84-7752-606-3
Depósito legal: BI-1693-2016

ÍNDICE

PRÓLOGO

Mujeres valientes, dueñas de su vida en una sociedad decente
Teresa Laespada Martínez 7

CLAVES TERMINOLÓGICAS 13

INTRODUCCIÓN 17

ENSAYO

La increíble, pero cierta normalidad de la violencia de género
Miguel Lorente Acosta 29

TESTIMONIOS Y RELATOS

Al escondite 73
Aquellos besos 75
El arca de Matilde 83
Casi 91
Acoso 95
Arrivederci 113
Verónica 123
No supe ver 131
Abandonadas 147
Humo 159
Soledad 171
Sombra 179

REFLEXIONES PRÁCTICAS

Mujeres
Lourdes Lorente Diharce 191
Hombres
Jorge Freudenthal Pascual 202
Jóvenes
Lourdes Lorente y Jorge Freudenthal 213

PRÓLOGO

Mujeres valientes, dueñas de su vida en una sociedad decente

TERESA LAESPADA MARTÍNEZ

DIPUTADA FORAL DE EMPLEO, INCLUSIÓN SOCIAL E IGUALDAD

La Historia de la Humanidad se escribe con letra masculina. Son los relatos masculinos los que pueblan nuestro aprendizaje juvenil respecto a lo que fue la vida en años o siglos precedentes. El relato de poder, de política, de economía e incluso de ciencia o arte de las sociedades viene significado por lo que los hombres fueron o hicieron, invisibilizando a las mujeres y sus voces. La vida se cuenta por la exteriorización de las conductas, aquellas en las que el hombre ha sido protagonista indiscutible. Las pocas mujeres que han tenido un papel predominante en la vida pública no suelen destacar por un relato amable de su vida, sino más bien por lo contrario. Como

señala Coral Herrera, a las mujeres nos han enseñado a amar la libertad del hombre y no la nuestra propia; a vivir a través de la vida del hombre y no la nuestra; a sentir a través de sus sentidos y no los nuestros; a desear a través de sus deseos y no de los nuestros.

"Admiramos a los hombres y les amamos en la medida en que son poderosos; las mujeres privadas de recursos económicos y propiedades necesitan hombres para poder sobrevivir", explica también Herrera. Y así, vivimos invisibilizadas con una enorme desigualdad anidada en nuestros corazones.

Ese amor romántico o llamémosle romanticismo patriarcal hunde sus raíces en la violencia estructural de género: nos anima a las mujeres a ofrecer un amor incondicional, entregado y sometido a los caprichos masculinos.

Y ellos..., ellos también aprenden a amar desde la desigualdad. Amar desde la superioridad, amar contando con la sumisión de la mujer a sus caprichos masculinos y veleidades. O desde la protección a la mujer, necesitada de mimos y resguardo. Pero... ¿y si la mujer decide pensar por sí sola, manifestar su derecho a ser libre, o no permanecer unida a un hombre que no ama y del que le separan kilómetros de desencuentros? Entonces los horrores se despiertan para muchas de ellas. Separaciones y divorcios traumáticos, cuajados de maltrato aun cuando no lleguen a la violencia física. Hombres cuyo honor o autoestima queda golpeada y golpean hacia afuera, pocas veces hacia dentro. Hombres que externalizan la violencia hacia la mujer, convencidos de que amar es eso, porque "si no es mía, que no sea de nadie".

Y así, nos encontramos con mujeres protegidas, con órdenes de alejamiento, con hijos e hijas reubicadas en pisos de es-

pecial protección, mujeres que acuden a intervención psicológica porque las secuelas del maltrato son duras, traumáticas, costosas de reparar... mujeres que buscan salir del horror de la violencia, de la agresión, que viven aterrorizadas... Pero mujeres que, a pesar de todo, son valientes, muy valientes porque denunciaron, escaparon del horror y siguieron viviendo. Vivir para contarla, que diría Gabriel García Márquez.

¿Qué ocurre con sus historias? Pues ocurre que, como son historias comunes de dolor, de sufrimiento causados por un desamor que nunca fue amor, y como sus protagonistas son mujeres que no forman parte de la contabilidad social de bienes de valor, son ocultadas una y otra vez. Invisibilizadas porque fue una "violencia pasional", término dañino donde los haya, porque se atenúa la pena con la justificación de que la "amaba demasiado". Cualquier agresión contra una mujer refleja de forma nítida la barbarie de una sociedad machista que no asume los preceptos de igualdad, respeto y derecho a pensar y actuar libremente por parte de las mujeres.

> "Es una obligación visibilizar a estas mujeres y evitar que sufran una doble victimización: la de las agresiones y la del silencio de todas nosotras y nosotros

Y da igual. Da igual cómo y de qué manera. Cada agresión contra una mujer nos golpea a todas y debiera golpear también a todos. Es cierto, son pocas las personas que defienden

las agresiones y asesinatos de mujeres. La mayoría de la sociedad se conmueve ante los titulares de los medios de comunicación que se hacen eco de estos hechos. Pero no es suficiente. Necesitamos más para que esta barbaridad termine.

La condena es abrumadoramente mayoritaria, faltaría más, pero adolece de un análisis profundo de las causas y los precedentes. Las agresiones más graves, los asesinatos de mujeres, son una consecuencia, el reflejo más extremo de un tipo de organización social determinada, de una forma de relacionarnos. Son el reflejo último de la desigualdad entre mujeres y hombres. Esta violencia brutal que sufren algunas mujeres es una planta venenosa y llena de espinas que no se mantiene del aire. Hunde sus raíces y se alimenta en un terreno abonado por la desigualdad.

Los logros en el ámbito formal, especialmente con los avances legislativos, son indiscutibles. Tan indiscutibles como insuficientes. Además, en manos del pensamiento machista, se usan como excusa para justificar la idea de que ya se ha logrado la igualdad. Me refiero a esos mensajes, tan manidos, de que las mujeres no debemos exigir nada más porque, nos dicen, ya tenemos la igualdad; esos mensajes que niegan la existencia de techos de cristal o que consideran que cualquier reclamación del espacio público que nos corresponde es una agresión contra los hombres. Nada de eso, todo lo contrario.

Falsa igualdad. Ésa es nuestra respuesta: vivimos hoy en día el falso espejo de la igualdad.

Las agresiones y los asesinatos que se reflejan en este libro no son un problema exclusivo de las víctimas, o de los maltratadores y asesinos, sino que lo son de toda la sociedad. Ellos son las manos ejecutoras, sin ninguna duda, de una vulnera-

ción flagrante de los Derechos Humanos. Un ataque que se produce en nuestras calles, en nuestros hogares, en el corazón mismo de Bizkaia.

Pero somos todas y todos quienes damos el consentimiento velado. Somos todas y todos quienes hacemos de ella una lacra, como si fuese imposible de combatir; no queremos mirarnos en el espejo de la desigualdad, no queremos ver que la causa es social y sociales debieran ser las respuestas para luchar contra ello.

No podemos consentir que estas mujeres sientan que están solas, que las hemos abandonado. No podemos consentir que sigan avergonzadas, atravesando un infierno en soledad. No es su infierno, es el infierno de todas y todos. Y para eso, además de toda la responsabilidad de los poderes públicos, a la que hacemos frente en la parte que nos toca desde esta Diputación, hay que esforzarse para que nadie mire para otro lado o disimule, para que nadie haga como si no oyera cuando escuche al otro lado de la pared los gritos de una mujer pidiendo auxilio.

Y por ello, necesitamos escuchar sus relatos. Ponernos en sus zapatos y vivir lo que ellas viven. Necesitamos sentir su vida como propia y dolernos en sus heridas para comprender cómo se sienten y cómo debemos acompañarlas.

Una sociedad que se quiere decente no puede convivir normalmente con la violencia, con ningún tipo de violencia.

Para que la planta dañina de las agresiones y los asesinatos a mujeres se convierta en otra que dé flores y aromas de igualdad hace falta que se alimente de una nueva tierra. Hace falta un nuevo contrato social, un pacto entre iguales en el que los hombres tienen que ceder parte del poder y la visibilidad

que históricamente han tenido. Es, además de una cuestión de justicia, una apuesta inteligente: sumando a las mujeres a los espacios públicos se incorporará la mitad de la inteligencia de esta sociedad, actualmente desaprovechada por innumerables techos de cristal.

Esta apuesta por la igualdad tiene que ser cosa también de los hombres, que deben comprender que el beneficio no es sólo para ellas. La pérdida de cierto peso público de los hombres se verá compensada con creces por su mayor entrada en el ámbito privado y familiar, con una relación más estrecha con sus hijas e hijos, así como con sus mayores; sin olvidar que estas nuevas masculinidades amparan una expresión de los sentimientos y una relación con los demás más positiva, sin la coraza constreñidora del machismo.

Los textos que incluye este libro nos ayudan a conocer de primera mano testimonios de gran crudeza. Son muy necesarios. Es una obligación conocer qué está ocurriendo, visibilizar a estas mujeres y evitar que sufran una doble victimización: la de las agresiones y los asesinatos, por un lado y, por otro, la del silencio de todas nosotras y nosotros.

Son mujeres poderosas y valientes que merecen nuestro reconocimiento. Mujeres valientes, dueñas de su vida... que merecen vivir en una sociedad decente. Redoblemos los esfuerzos para que así sea.

Claves terminológicas

Existen diferentes posicionamientos sobre cuál debería ser la terminología más adecuada para definir la violencia específica que sufren las mujeres por el mero hecho de serlo: ¿violencia de género? ¿violencia machista? ¿violencia contra las mujeres? ¿violencia doméstica? ¿violencia por razón de sexo?

A raíz del Congreso sobre la Mujer celebrado en Pekín en 1995, se empezó a extender el uso de la expresión 'violencia de género', cuyo origen era la traducción de 'gender-based violence' o 'gender violence' y era como se denominaba en inglés a la violencia ejercida contra las mujeres por el hecho de ser mujer. En castellano, durante la redacción de la 'Ley Orgánica

1/2004 de 28 de diciembre de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género' se reavivó la polémica en torno a la denominación de este tipo de violencia. La Real Academia Española (RAE) recomendó utilizar 'violencia doméstica o por razón de sexo'.

La guía de recursos sobre violencia contra las mujeres y niñas, 'Violence Against Women and Girls Resource Guide'[1], hace una clara distinción entre violencia de género y violencia contra las mujeres: "*los términos violencia de género y violencia contra la mujer a menudo se usan indistintamente, ya que la mayor parte de la violencia de género es perpetrada por los hombres contra las mujeres. No obstante, la violencia de género incluye la violencia contra hombres, niños y niñas, minorías sexuales o personas con identidades de género diversas. En este sentido, la violencia contra las mujeres es un tipo de violencia de género.* (...). *Este énfasis es un reconocimiento de la vulnerabilidad agudizada de las mujeres desde la infancia y a lo largo de toda su vida y de los profundos impactos duraderos que la violencia sexual y física tiene en las vidas de las mujeres y las niñas.*

La violencia contra la mujer es todo acto de violencia por razón de género que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la vida privada. (Asamblea General de las Naciones Unidas, 1993)."

1 Guía de recursos sobre la violencia contra las mujeres y las niñas. http://www.vawgresourceguide.org/es

Y, finalmente, en el País Vasco, si tomamos como referencia las propuestas terminológicas que la 'Comisión de Seguimiento del Acuerdo Interinstitucional[2]' firmó el 25 de noviembre de 2005, se sugiere que:

"*A efectos de unificar terminología y de evitar confusiones, se propone la utilización del término 'violencia contra las mujeres' (...) porque es un término claro e inteligible, (...) porque hace visible que son las mujeres quienes sufren este tipo de violencia (...) y porque es la expresión que, en estos momentos, concita un mayor consenso social y político y que se viene utilizando en los instrumentos jurídicos internacionales*".

"*Creemos que es preferible no utilizar el término 'violencia de género' ya que, si bien es cierto que, desde hace un tiempo a esta parte, está cobrando fuerza en de-*

> "
>
> Los términos violencia de género y violencia contra la mujer a menudo se usan indistintamente, ya que la mayor parte de la violencia de género es perpetrada por los hombres contra las mujeres

2 En 2001, se firmó él 'Acuerdo Interinstitucional para la mejora en la atención a mujeres víctimas del maltrato doméstico y agresiones sexuales' en el que se acordó, entre otras cuestiones, la creación de la Comisión de Seguimiento Interinstitucional presidida por la dirección de Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer y compuesta por representantes de todas las instituciones vascas (varios departamentos del Gobierno Vasco, Diputaciones forales, EUDEL) y de la judicatura (Consejo General del Poder Judicial, Fiscalía Superior de la CAV, Consejo Vasco de la Abogacía).

terminados sectores e incluso aparece en la legislación estatal reciente, no existe un consenso generalizado sobre su significado y esto está aportando más confusión que claridad a la cuestión".

Conviene tener presentes estas acepciones para saber exactamente de qué tipo de violencia se está hablando. Sin embargo, hasta las personas más expertas, suelen utilizar tanto 'violencia contra las mujeres' como 'violencia de género' para hablar de la primera. Independientemente de las confusiones terminológicas, el objeto de esta publicación es la "violencia contra las mujeres'.

Introducción

El objetivo principal de este libro es contribuir a hacer visible la violencia contra las mujeres y sus dramáticas consecuencias con el fin de reconocer en esta violencia un gravísimo problema de derechos humanos que reclama una respuesta contundente por parte de los poderes públicos y, en conciencia, de toda la sociedad.

La violencia contra las mujeres es aquella que se ejerce contra la mujer por el hecho de ser mujer con objeto de ejercer el control y el poder sobre ella. En su libro *'Mi marido me pega lo normal'* Miguel Lorente dice que *"a la mujer se la agrede por ser mujer, no por ser esposa, madre o ama de*

casa" como en un tiempo se pretendió 'vender' al denominar a esta violencia 'violencia doméstica' o 'violencia familiar'. De hecho, a la vista de los datos de la violencia contra las mujeres en Bizkaia, se puede comprobar que parte de esta violencia también se ejerce fuera del hogar: durante el noviazgo, cuando vuelves hacia tu casa y te cruzas con un desconocido, en el trabajo, etc.

Gracias al feminismo, la lucha por los derechos de las mujeres y por conseguir una sociedad igualitaria ha alcanzado grandes avances. La sociedad machista está experimentando una paulatina transformación, lenta, pero profunda[1]. Actualmente, la ley, en líneas generales, recoge la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, pero ¿es esta igualdad una realidad?

Se ha conseguido, ciertamente, una alta cota de igualdad formal. Sin embargo, en la práctica, la estructura social continúa siendo fundamentalmente patriarcal y machista. Tal y como nos dice Amelia Valcárcel[2]: "*... a nosotras nos han dicho que somos iguales. De ahí que exista el 'espejismo de la igualdad' porque, cuando lo vas a probar en los hechos, ¿en qué se traduce? Discriminación de élites, tráfico de las más débiles, falta de apoyo a los proyectos vitales de la inmensa mayoría, discriminación salarial, discriminación en el empleo, violencia sistemática contra cualquier pretensión de un programa de vida individual... No es nada fácil esto*". Preci-

1 Dada la gran diferencia de evolución de la lucha feminista en las diferentes sociedades y culturas, centraremos la reflexión exclusivamente en nuestra sociedad del llamado 'primer mundo'.

2 Conferencia 'La igualdad como preventiva de la violencia contra las mujeres. Pautas para mirar el futuro en un mundo globalizado' en la UPNA.

samente, éste es uno de los objetivos de lucha del feminismo: hacer realidad la igualdad que presumimos tener.

Sin duda alguna, hay mucha transformación pendiente de realizar. Y, quizás, el frente que más urge aliviar, por las dramáticas consecuencias que genera, es el de la violencia que los hombres ejercen contra las mujeres. Y recurriendo de nuevo a Amelia Valcárcel, "*No hay ningún sistema de poder que se mantenga sin violencia y el patriarcado es un sistema de poder* (...) *El patriarcado es, en muchos lugares, un sistema basado en el temor* (...) *Aquí, a partir del siglo XVII, empezó a evolucionar a ser un sistema del respeto; esto es, no se les pedía tanto a las mujeres que temieran a los varones, como que los respetaran.*(...) *Había un pacto: 'yo te respeto, tú me proteges'. ¿De quién? Del resto de los varones*." Sin embargo, Valcárcel explica que, en demasiadas ocasiones, las reglas del respeto se rompen y muchos varones pasan del código del respeto, al código del temor.

La razón de esta publicación

En este libro pretendemos ofrecer una herramienta práctica para reflexionar, hacer visible y aprender a detectar la violencia contra las mujeres, una violencia que puede ser terriblemente brutal, pero que también puede llegar a ser extremadamente sutil y aparentemente inapreciable.

Los potenciales lectores de este libro somos todos, mujeres y hombres en general, aunque hemos querido prestar especial atención a la juventud, sector de población en la que se detectan casos de actitudes y conductas impropias de seres humanos que ya han nacido en una sociedad con una cier-

ta cota de igualdad entre géneros. Amelia Valcárcel la define como 'violencia de la igualdad', violencia en la que se justifica la agresión entre jóvenes de distinto sexo 'porque ambos se pegaron'. "*Que varones y mujeres sean iguales en absoluto quiere decir que el resultado de su uso de la violencia sea similar. Eso es algo parecido a si un niño dijera que ha pegado a un adulto y viceversa... No se puede hablar de simetría ni de reciprocidad.*

El joven que está utilizando 'violencia igualitaria' no está retando a un igual y no ha aprendido que la que tiene delante, pese a ser igual a él y ser una mujer, es respetable en su integridad física porque es más débil físicamente. Lo que no haría con un niño, lo hace, sin embargo, con una mujer". Y se pregunta y pregunta a las jóvenes: "¿Qué tiene que ver la igualdad como condición política con la igualdad como una cuestión física? (...) *Esta nueva violencia está relacionada con una mala asunción de la igualdad.*"

El libro consta de tres partes diferenciadas. La primera parte incluye una reflexión genérica sobre la violencia de género escrita por Miguel Lorente Acosta[3]. Es una interesante reflexión sobre el significado de la violencia de género y la falta de "reacción social" ante ella.

3 Miguel Lorente es doctor en medicina en la Universidad de Granada. Desde 2008 a 2011, durante la segunda legislatura del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero, fue nombrado Delegado del Gobierno para la violencia de género adscrito al Ministerio de Igualdad. Es un experto en esta materia y tiene publicados varios libros de interés sobre el tema como *'Mi marido me pega lo normal'* 2001, *'El rompecabezas: anatomía del maltratador'*, 2006, *'Los nuevos hombre nuevos: cómo adaptarse a los tiempos de igualdad'* 2009, *'Tú haz la comida que yo cuelgo los cuadros'*, 2014 o *'Agresión a la mujer: maltrato, violación o acoso'*, 2016.

La segunda parte consta de doce narraciones breves basadas en entrevistas a mujeres víctimas de la violencia de género. Todas estas narraciones han sido fruto de la información recogida por las coordinadoras[4] de la publicación, Ana Rosa Gómez Moral y por Isabel Urkijo Azkarate, en las citadas entrevistas. A la hora de plasmar estos testimonios, en unos casos se ha optado por una narración directa, sin apenas modificaciones: son los textos que figuran como 'testimonios'. En otros casos, se ha optado por una narración menos directa, más elaborada, que no por eso deja de recoger situaciones y personajes absolutamente reales: son los textos que figuran como 'relatos'.

Hay que advertir sobre la dureza de algunos textos -de la mayoría-. Es una decisión consciente no haber querido suavizar la realidad que las víctimas transmiten: mujeres agredidas en su propio hogar, jóvenes manipuladas hasta la absoluta sumisión, mujeres humilladas hasta perder la dignidad, mujeres violadas, madres despreciadas... Una vergonzosa colección de historias que nos deben servir para el conocimiento de esta grave vulneración de los derechos humanos y, sobre todo, para pensar sobre la imperiosa necesidad de superar la desigualdad que la propicia y de resarcir a las víctimas restituyéndolas en sus derechos y reparando el daño que se les ha causado.

Se trata de una herramienta para que estudiemos cómo detectar esta violencia en nuestras relaciones o en las de personas cercanas, para que aprendamos a actuar ante ella y para concienciarnos de la dureza e injusticia de este fenómeno.

4 Kamaraka-Contenidos: http://www.kamaraka.com

La tercera parte es la parte práctica del libro. Jorge Freudenthal[5] y Lourdes Lorente Diharce[6] han preparado un material didáctico destinado a todo tipo de lectores, esto es, a hombres, a mujeres y a jóvenes. Este material es especialmente útil para estimular el replanteamiento de actitudes cotidianas que sustentan el sistema patriarcal que mantiene la sumisión de la mujer hacia el hombre. Sin duda alguna, es una herramienta que se puede utilizar a nivel personal, pero que es idónea para trabajar en grupos y colectivos, así como en centros educativos.

La violencia de género en Bizkaia

Es posible que haya personas que se enfrenten a este libro con una cierta desconfianza y, quizás, con el prejuicio de que ésta es una violencia 'alarmante', pero muy minoritaria. Es posible que, al leer los dramáticos casos que se ofrecen en él, piensen que son casos extremos producto de situaciones también extremas y marginales: alcoholismo, drogadicción, falta de cultura, falta de asunción de la dignidad como mujer, etc. Sin embargo, las protagonistas, las víctimas entrevistadas, son tan plurales como la sociedad misma. Hay mujeres que han estudiado en la universidad, mujeres que se consideran feministas, agresores que bebían y otros que no probaban el alcohol, mujeres de una posición económica muy holgada y

5 Jorge Freudenthal es psicólogo. Trabaja con maltratadores en el Instituto de Reintegración de Euskadi (IRSE).
6 Lourdes Lorente es trabajadora social por la Universidad de Deusto donde también realizó un Master en intervención en violencia sobre la mujer. Actualmente, trabaja en el Instituto de Reintegración Social de Euskadi (IRSE).

mujeres con pocos recursos..., porque esta violencia carece de perfiles, su rostro es el rostro de cualquier mujer.

Para que se sepa de qué estamos hablando, además de conocer los hechos, tenemos que saber a cuántas mujeres afecta este grave problema de derechos humanos. Es una condición necesaria para entender exactamente cuál es su trascendencia real. La mayor parte de los informes de que disponemos, versan sobre datos de atención a las víctimas. En este sentido, se pueden tomar como referencia los informes anuales publicados desde el Observatorio de la Violencia de Género en Bizkaia. Pero, para poder conocer la auténtica dimensión del problema, necesitamos los datos de la prevalencia de esta realidad en la población femenina.

Cabe reseñar, en este sentido, la investigación desarrollada por la Diputación Foral de Bizkaia "Violencia contra las mujeres en el ámbito doméstico: resultados 2009 y comparativa 2005-2009 en el Territorio Histórico de Bizkaia"[7], que precisamente nos ofrece información sobre la citada prevalencia de la violencia contra las mujeres en el ámbito doméstico en la población femenina de Bizkaia. ¿A cuántas mujeres afecta?.

En Bizkaia residen, según los datos 2015, un total de 593.943 mujeres, lo que supone el 52% del conjunto de población. Si trasponemos a estos datos lo revelado por el anterior estudio, resulta que el 3,3% de las mujeres de nuestro Territorio (19.600 mujeres) manifiesta que durante los dos últimos años ha sufrido una situación de violencia por parte de su pareja o ex pareja, es decir, se autoreconoce como víctima, y

7 http://www.bizkaia.eus/Gizartekintza/Genero_Indarkeria/pdf/dokumentuak/MacroEncuesta_2009.pdf

desde esta conciencia de victimización, desde ese autoreconocimiento del problema que sufren se encuentran en situación de poder demandar ayuda.

Además, el 12,2% de las mujeres residentes en Bizkaia (66.522 mujeres) afirma experimentar o haber experimentado durante los dos últimos años al menos una de las 14 situaciones de violencia de género planteadas en el cuestionario[8] -sin contabilizar las que apuntan únicamente la número 12-. Estas mujeres, al contrario que las referidas anteriormente, no son aún conscientes de que están sufriendo violencia, por lo que difícilmente pueden solicitar ayuda.

Estos resultados son alarmantes. Pero, además, el 19'1% del total de mujeres (113.400 mujeres) afirma tener conocimiento de situaciones de este tipo de violencia en su entorno cercano.

El Observatorio de la Violencia de Género en Bizkaia es un órgano colegiado de carácter consultivo que lleva desde el año 2004 trabajando para cumplir sus dos objetivos: conocer la realidad de la atención a las víctimas –mujeres y menores- de

8 1. Le impide ver a la familia o tener relaciones con amigos, vecinos, asociarse, etc 2. Le quita el dinero que usted gana o no le da lo suficiente para mantenerse (autónomamente) 3. Le grita, insulta o amenaza 4. Rompe objetos en casa 5. No le deja trabajar o estudiar 6. Le controla los gastos (cartillas, tarjetas, etc.) 7. Realiza un uso indebido (derrocha) del dinero en detrimento de las necesidades de la familia 8. Se siente presionada a la hora de mantener relaciones sexuales aunque sepa que usted no quiere o no le apetece (insiste) 9. No le hace caso cuando usted quiere mantener relaciones sexuales (no satisface sus necesidades sexuales) 10. No valora sus creencias (ideológicas, religiosas, etc.) o no tiene en cuenta sus gustos (no le gusta cómo viste) o necesidades afectivas 11. Le llega a empujar, golpear o lanzar objetos 12. No valora el trabajo que realiza 13. Le dice que no es capaz de hacer cosas por sí sola, que todas las cosas que hace están mal, que es torpe 14. Le deja en mal lugar (descalifica, desautoriza, ridiculiza) delante de otros (en público, con los amigos, con los familiares, etc.)

violencia de género residentes en Bizkaia; y formular, sobre el análisis de la información obtenida, recomendaciones y propuestas de mejora para aquellas instituciones que trabajan en la atención a este colectivo. Desde su constitución, este Observatorio realiza una recogida de información con la que elabora amplios informes anuales que incorporan los datos de atención a las víctimas desde el ámbito judicial, policial y social (recientemente se han incorporado también el ámbito sanitario y educativo). Estos exhaustivos análisis permiten igualmente conocer la evolución de las atenciones, evidenciando que, año a año, es mayor el número de mujeres y menores víctimas que reciben atención por parte de las instituciones públicas, habiendo llegado en alguno de los servicios especializado a duplicar y ampliamente el volumen de las actuaciones y de la capacidad.

Todos estos datos son públicos y se pueden consultar en la web del Observatorio[9].

No obstante, antes de finalizar esta reflexión, debemos poner el énfasis en las víctimas más inocentes y vulnerables: los hijos e hijas de estas mujeres, que recientemente han obtenido por parte de la legislación el reconocimiento de víctimas directas de la violencia ejercida por sus padres hacia sus madres. Estas y estos menores son la otra terrible realidad de la violencia ejercida en el seno familiar por su progenitor. Sus derechos se ven quebrantados, crecer en este entorno violento afecta gravemente a su salud, a su desarrollo y a su estabili-

9 http://www.bizkaia.eus/Gizartekintza/Genero_Indarkeria/eu_index.html
http://www.bizkaia.eus/Gizartekintza/Genero_Indarkeria/ca_index.html

dad. Los poderes públicos deben, al igual que en el caso de sus madres, garantizar su protección y asegurar que el daño que se les ha causado sea reparado.

V
I O
L E N
C I A C
O N T R A
L A S M U J

E R E S U N A
I N J U S T I C I A

N O R M A L I Z A D A
E N L A S O C I E D A D

¿ Y, T Ú, L A V E S ?

La increíble, pero cierta normalidad de la violencia de género

MIGUEL LORENTE ACOSTA

El título podría parecer el anuncio de un momento trascendente en el relato de una realidad que va conociéndose poco a poco, pero no es sí. En verdad es más un lamento, una queja, una llamada de atención para que nos detengamos ante lo que hace posible que la violencia contra las mujeres suceda cada día entre el silencio y la invisibilidad, a pesar de escucharse en cada golpe y en cada grito de dolor y de verse en el impacto de las vidas destrozadas por ella. Y, si eso es así, se debe a una normalidad que hace posible que continúe como parte de unas relaciones que consolidan en lo individual toda una serie de ideas y valores que la cultura de la desigualdad,

es decir, el machismo, ha entendido que deben formar parte de la organización social.

Sin esa "normalidad" sería imposible que una injusticia social tan manifiesta como es la violencia de género hubiera podido permanecer a lo largo de la historia, sin que haya habido una respuesta social frente a su dimensión y gravedad, dos elementos que la hacen objetiva más allá de los argumentos y las justificaciones. La OMS indica en sus informes que la prevalencia media de la violencia contra las mujeres a nivel mundial, sólo en el contexto de las relaciones de pareja, es del 30%, o lo que es lo mismo, que 30 de cada 100 mujeres sufrirá violencia por parte de sus parejas o exparejas en algún momento de sus vidas. Y Naciones Unidas, en su informe global sobre homicidios, refleja que unas 50.000 mujeres son asesinadas cada año en el planeta como consecuencia de la violencia de género ejercida por los hombres con quienes compartían o mantuvieron una relación de pareja, de las cuales 3.300 son asesinadas en nuestra Europa.

> "Naciones Unidas achaca el asesinato de 50.000 mujeres al año en todo el planeta a los hombres con los que vivían o habían vivido

Los tres elementos que pueden dar una referencia objetiva sobre la gravedad de una situación: su prolongación en el tiempo, su extensión en la sociedad y su resultado, están presentes en la violencia de género y, sin embargo, no generan

ese rechazo crítico en la sociedad, ni una respuesta rotunda y decidida por parte de la política y las instituciones. Que la violencia de género tenga como recorrido toda la historia, que afecte al 30% de las mujeres y suponga que cada 10 minutos una mujer sea asesinada no produce esa reacción necesaria para acabar con ella y con el machismo que la hace posible, tal y como ha sucedido a lo largo de los siglos. ¿Qué más se necesita para que haya una respuesta ante la violencia contra las mujeres? Para muchos sólo es parte de esa "normalidad" interesada que se levanta sobre la cultura de la desigualdad, y nada de eso es casual.

Todo forma parte de un diseño, tal y como se hace con los objetos que utilizamos a diario, para que las personas puedan llevar a cabo las funciones que previamente les han otorgado desde ese modelo de sociedad y para que lo hagan dentro de un determinado contexto social. Al mirar a la sociedad, encontramos que su organización está basada en gran parte en esa idea de "diseño".

Ciertas personas realizan determinadas funciones y ciertas funciones deben ser realizadas por determinadas personas... lo cual viene condicionado en gran medida por el contexto en el que se desarrollan cada una de esas acciones. Un contexto que, de entrada, queda dividido en dos grandes espacios: el público de lo social y el privado del hogar.

Cuando nos acercamos a la esencia que define a las personas como sujetos sociales y llegamos a su identidad, comprobamos que su núcleo está construido sobre referencias basadas en la división de funciones que debían desarrollar hombres y mujeres al inicio de la humanidad. Y esa división se hizo a partir de algunas capacidades y características de su

fisiología, básicamente la fuerza en los hombres y la maternidad en las mujeres.

Esta organización surgida en la prehistoria sobre unas determinadas circunstancias no sólo se ha mantenido en su esencia a lo largo de la historia, a pesar de lo mucho que ha cambiado la organización social, sino que se ha reforzado con argumentos de todo tipo: naturales, morales, sociales, religiosos...

La cultura ha sido la responsable de fijar el modelo, hasta el punto que podríamos decir que tenemos una "cultura ergonómica" que busca la optimización de los tres elementos del sistema. Por un lado, el humano; por otro, el ambiente o sociedad; y, en tercer lugar, las conductas que ha de desarrollar el componente humano según ha marcado el ambiente sobre la base de las características anatómicas, fisiológicas y psicológicas que considera más apropiadas para hombres y mujeres.

Esta construcción es la esencia de la desigualdad, que no es otra cosa que la asignación de funciones, espacios, tiempos y diferente valor a lo que realizan y deben realizar los hombres, y a lo que realizan y deben realizar las mujeres. Y para que se haya mantenido en el tiempo, tanto en el resultado de las funciones realizadas como en la idea de que dichas funciones forman parte de la identidad de hombres y mujeres, la sociedad ha marcado el terreno de juego de la convivencia con el objeto de que las cosas transcurran dentro de él, y ha situado una serie de trampas con el doble objetivo de hacer caer a hombres y mujeres en ese "determinismo social", y de, si lo intentan, evitar que puedan salirse del camino preestablecido.

Y todo ello forma parte del diseño de la desigualdad que los hombres han construido a partir de las referencias masculi-

nas. Lo suyo es bueno para toda la sociedad y lo de las mujeres es bueno para determinados contextos y espacios, donde ellos marcan las pautas. La figura del hombre es presentada libre para asumir retos e iniciativas y la de las mujeres, sometida a lo que los hombres decidan y a lo que los hombres dispongan. Todo ello para que estos obtengan ventajas y privilegios, esa es la esencia de la "normalidad".

Si lo masculino es tomado como referencia común para hombres y mujeres, el resultado es que los hombres saldrán beneficiados de esa decisión, puesto que cuentan con los elementos y características tomadas a priori como referencia para toda la sociedad, incluidas las mujeres. Es como si se decidiera resolver una disputa entre un equipo de fútbol y uno de baloncesto, y el de fútbol impusiera que la forma de acabar con el problema es jugar un partido de fútbol. El encuentro se podrá realizar con un respeto exquisito a las normas y con un equipo arbitral totalmente imparcial, pero la trampa está en haber tomado los elementos del fútbol como forma de resolver las cuestiones comunes a las dos realidades, las del equipo de baloncesto y las del club de fútbol.

Es cierto que la situación ha cambiado mucho y que la distribución rígida de roles se ha difuminado, pero sólo en algunos contextos y básicamente como transformación asumida por las mujeres, que han ido asumiendo el espacio arrebatado por los hombres, pero sin que se hayan liberado de sus funciones tradicionales ni estos hayan asumido las funciones que realizaban las mujeres. Todo ello es fuente de nuevos conflictos y problemas que se resolverán bajo los criterios tradicionales de la desigualdad de manera crítica con las mujeres, responsabilizándolas de todos los males en la sociedad, en la

familia y, sobre todo, en su impacto sobre los hombres, que dicen sufrir esos males en la sociedad y en la familia.

No tendría que ser así, pero lo será una vez más si no modificamos las referencias que hacen que las cosas sean como son. Una "normalidad" impuesta que da significado a la realidad (no sólo la hace posible) y que le da sentido para que sea aceptada o rechazada. No hay inocencia en la casualidad de la desigualdad. Todo lo contrario, existe interés en que todo suceda de ese modo y, por eso, también resulta fundamental entender este juego de la "normalidad" para evitar que siga condicionando la realidad.

Normalidad y violencia de género

La "normalidad" de la cultura machista lo tiene todo muy bien planificado. También se presenta como solución plantear que todo se traslade a la posición de los hombres y que la igualdad suponga un abandono de los valores, roles, funciones, vivencias, experiencias... protagonizadas tradicionalmente por las mujeres para que, de ese modo, todo sea masculino, aunque lo realicen mujeres.

Esa es la trampa final de una "normalidad" llena de trampas, presentar el modelo masculino como referencia de éxito y reconocimiento para darle valor a lo que los hombres han hecho históricamente, y atraer a muchas mujeres a esa forma de relacionarse basada en el poder, la intimidación, la amenaza, la competitividad... tanto en el plano personal de la vida como en el ámbito profesional y en la sociedad en general.

Si nos aproximamos a la idea de normalidad, comprobamos que son varios los elementos que giran a su alrededor.

Así, por ejemplo, algo normal es aquello que se presenta como apropiado para un determinado fin o algo esperado o consecuente con unos factores concretos. Si hablamos de unas circunstancias o de un contexto definido, lo normal es lo adecuado al mismo, y, si lo hacemos sobre planteamientos futuros en términos de hipótesis, lo normal aparece como lo probable. Todo ello hace que la idea de normalidad gire sobre lo común en un intento de homogeneizar las respuestas o actitudes individuales que vienen a coincidir de manera independiente sobre aquello que se ha decidido que es normal.

> “No hay inocencia en la casualidad de la desigualdad. Al contrario, existe interés en que todo suceda de ese modo

Si se pudieran destacar dos elementos que definieran “lo normal”, uno sería de carácter cualitativo, y vendría a representar lo integrado sobre una serie de factores individuales o circunstancias particulares, y otro sería de carácter cuantitativo y aparecería como lo frecuente. A la postre, lo integrado sobre lo común es lo habitual, y lo habitual hace que lo frecuente sea normal, de manera que el elemento que más pesa para definir desde el punto de vista práctico la normalidad, al final es lo frecuente. Y esta limitación de reducir lo normal a lo repetitivo es una de las principales trampas de la cultura, que, como si fuera un trilero que cambia de lugar los conceptos para ocultar bajo el cubilete su significado, cambia el orden y presenta lo frecuen-

te como normal, cuando debería ser al contrario y hacer que lo normal, por su valor y sentido, lo llevara a ser frecuente.

Este planteamiento tramposo de la cultura es el que lleva a que muchas mujeres que sufren violencia de género digan aquello de "mi marido me pega lo normal" o, lo que es lo mismo, que muchos hombres entiendan que es "normal", o sea, apropiado para alcanzar un objetivo, adecuado al contexto de las relaciones de pareja, esperado según el papel que debe desempeñar como hombre, común por ser algo compartido con muchos otros hombres que actúan de forma similar... recurrir a la violencia para resolver lo que ellos entienden como un problema con sus parejas.

No puede haber normalidad en las conductas que atentan contra los derechos de las personas ni en los valores y referencias culturales que les dan cabida y los legitiman. Y si no la hay desde el punto de vista conceptual ni ético, su repetición o su integración como parte de la habitualidad no pueden hacerlas normales. Y esto es así respecto a la violencia y con relación a tantas y tantas conductas que, naciendo en la injusticia de la desigualdad, se ido haciendo "normales" a base de ocultar su verdadero origen y significado y de presentarse como habituales.

Las trampas no son normales, y el uso de muchas trampas no las convierte en algo normal, todo lo contrario, aumenta la situación de anormalidad. Ese uso repetido podrá hacerlas frecuentes y próximas, pero entenderlas como normales supone otorgarle una referencia moral que es incompatible con su origen ilícito.

Y sin embargo, la convivencia en sociedad está repleta de trampas para atrapar y retener a las personas dentro de las

redes tejidas con los valores, principios, tradiciones y costumbres. Unas trampas que forman parte del paisaje cultural en armonía y sintonía con el resto de los elementos que apuntan en el mismo sentido hasta hacer de la propia normalidad una trampa. La normalidad se ha convertido en una trampa, sí, y lo ha hecho no sólo por la densidad de trucos que pueblan su espacio, también por nacer de unas referencias que normalizan y las integran para ocultarlas entre el paisaje, como si echara tierra sobre ellas o pusiera hojarasca encima para que no sean identificadas y cuestionadas como algo anormal e inaceptable.

Es la trampa de lo normal que ha construido la cultura patriarcal, tanto que hasta llega a integrar la violencia contra las mujeres como parte de ella, bien sobre la contextualización y la minimización al decir que se trata de cuestiones leves y menores que forman parte de las relaciones privadas, o bien bajo la idea de habitualidad, que de alguna manera viene a jugar con la frecuencia y el contexto para presentar la violencia de género como parte de él sin trascendencia alguna.

Esa normalidad construida desde la cultura machista se convierte así en una especie de orden, un orden que al estar basado en su origen sobre determinados elementos biológicos, se toma como "orden natural" para darle trascendencia y significado.

Y esta idea de "orden natural" o de orden establecido ha ocupado diferentes niveles en la sociedad para organizar y dar sentido a los acontecimientos que se producen en cada uno de ellos, desde los más trascendentes, que buscan dar un sentido a la vida o encontrar el fundamento de las creencias religiosas, hasta las más cercanas o prácticas.

Básicamente, el concepto de orden natural social parte de la idea de que existe un orden natural en el cosmos sobre el cual se organiza el orden social consecuente con la naturaleza social del ser humano. Este orden social natural sería como una especie de integración de la cultura con los valores superiores que se han atribuido al orden natural.

Crear un modelo único implica hacer de la realidad algo más que un resultado para convertirlo en un mandato en el sentido que su expresión es "lo que debe ser". Y cuando la situación no es como debe ser, porque ha habido alguien o algo que lo ha impedido, se entiende que el problema no está en el resultado, sino en lo que lo ha generado. Esa es la razón que lleva a presentar con tanta facilidad que muchos casos de violencia de género son debidos a la "provocación" de las mujeres por hacer algo que no debían, y no tanto a presentarlos sobre el cuestionamiento del hombre agresor, que sólo es criticado cuando el resultado es objetivamente grave. Es lo que reflejaba la frase que me referían muchas mujeres maltratadas cuando empezaba mi ejercicio profesional como médico forense, allá por 1988, me decían: "Mi marido me pega lo normal... pero hoy se ha pasado". Es decir, no cuestionaban la violencia, la cual entendían como algo propio de la relación de pareja, y sólo criticaban la intensidad o el grado de violencia utilizado en un momento determinado. En ningún caso había un cuestionamiento del marido como mal padre o mal esposo, sólo se criticaba la conducta aislada de la "agresión".

Una concepción como la descrita se traduce en una serie de consecuencias inmediatas, entre ellas las más destacadas son: existe un determinismo para que las cosas ocurran de una forma concreta, este proceso está guiado por unas leyes naturales

que tienen como objeto conseguir los objetivos individuales y los sociales, es decir, considera al individuo como parte del grupo, y al grupo como resultado de la suma de individuos.

Desde este punto de vista las relaciones sociales tienen una naturaleza que debe ser respetada para que funcionen adecuadamente según las referencias existentes y, de este modo, conseguir un mayor bienestar para el conjunto de individuos.

Cuando alguien de forma popular afirma que una cosa es "normal y corriente" lo que hace es enfatizar el valor de esa cosa sobre una doble referencia, por un lado lo común o habitual (corriente), y por otro el valor intrínseco, aquello que es "como tiene que ser", intentando otorgarle un sentido moral en determinadas circunstancias o un valor añadido. La normalidad es el orden natural de lo habitual para que los hechos y acontecimientos sean como tienen que ser, y la normalidad está construida sobre una cultura que, en verdad, no lo es y que se ha quedado justo a mitad de camino, en una especie de hemicultura o pseudocultura que no ha incluido a las mujeres ni a lo de las mujeres como referencias universales para toda la sociedad.

El orden de la normalidad es el orden de lo habitual, de lo frecuente, de lo común, de lo repetido,... de lo de siempre. Porque el determinismo del que parte lo que busca es perpetuar las referencias que los hombres han dado como válidas a la hora de articular la convivencia por ser beneficiosas para ellos y para su modelo. Y como desde ese concepto de normalidad como orden social, la distribución desigual de roles entre hombres y mujeres es presentada como algo positivo para el conjunto de la sociedad, la desigualdad no se contempla como

un problema, todo lo contrario, es la solución a los posibles conflictos que se puedan presentar.

Es más, el propio sistema se protege creando la idea de "mal en negativo", y me explico. Como el diseño contempla que la desigualdad es buena para la sociedad, el hecho de no seguir las pautas y parámetros para que las cosas funcionen sobre ese esquema es contemplado como un ataque al sistema.

De manera que no cumplir con el orden natural de la normalidad es en sí mismo un acto de agresión o violencia frente al mismo, y, en consecuencia, la corrección de ese incumplimiento, actuar contra quienes se rebelan frente al papel que han de desempeñar, no es violencia, puesto que desde su punto de vista busca mantener el orden y con él el bienestar del conjunto de la sociedad, aunque sea a costa del "castigo correctivo" a determinados individuos.

> "La distribución desigual de roles entre mujeres y hombres es presentada como algo positivo para el conjunto de la sociedad

Esto es lo que ocurre con la violencia de género y por ello los agresores entran dentro de la categoría de criminales morales, porque se legitiman en que hacen lo que tienen que hacer como hombres que son cuestionados, puestos a prueba y atacados por la actitud y conducta de las mujeres con las que comparten una relación. Y al aplicar la violencia se ven refor-

zados como hombres individuales y como garantes del orden establecido, de manera que la reprobación y sanción moral de la sociedad, a pesar de que se produce, siempre se presenta con elementos que tienden a comprender lo ocurrido y a justificarlo bajo diferentes argumentos. No hay nada más que detenerse en los debates que existen alrededor de la violencia de género para entender esta situación. Ninguna actividad criminal produce tantos homicidios al año, homicidios de mujeres que se llevan a cabo en el ámbito de la convivencia en pareja, sin más precipitante que la violencia previa del agresor y el deseo de salir de ella de la mujer que la sufre, circunstancias que deberían llevar al rechazo unánime y absoluto por parte de la sociedad, y al apoyo a los instrumentos que buscan erradicarla.

Sin embargo, el debate social gira sobre las denuncias falsas, la posible inconstitucionalidad de la ley, su interpretación como un ataque a los hombres,... todo es presentado como una agresión al sistema, porque es así como se vive, no como una iniciativa dirigida a cambiar las referencias del mismo que dan lugar a la violencia de género, sin que ello signifique que no pueda haber críticas, si así se ven, a determinadas cuestiones puntuales. Nunca están de más si lo que buscan es contribuir a cambiar las circunstancias que originan la violencia de género.

Lo normal actúa como un diseñador de exteriores (referencias que la cultura da para la convivencia en sociedad) y de interiores (referencias para la relación de pareja y de la intimidad), cuidando hasta el último detalle para que exista armonía entre el escenario de dentro y el de fuera. Por eso, también actúa con trampa al basar su control en el seguimiento de unas

normas predeterminadas y en la idea de "dejar hacer" o de "mano oculta" que viene a recomponer de manera espontánea y natural aquello que no exige la aplicación rígida de las normas, o aquellas otras cuestiones de detalle donde las leyes no pueden llegar. Es la función que ha ocupado el control social, la idea de reputación o el reconocimiento que tanto han acompañado a las mujeres para mantenerlas dentro de sus roles tradicionales.

No sabíamos que esa "mano oculta" de la que hablaba Adam Smith para el mercado partiendo de la misma idea de orden natural, al referirnos a la desigualdad, era la mano de un maltratador que obligaba a las mujeres o las corregía violentamente.

> "Si la mujer no establece una relación de pareja, pasa a ser una 'solterona', concepto y límite de edad que no existe para los hombres

No interesa al orden que las mujeres abandonen su papel secundario y complementario, y por ello, ya en nuestros días, el posmachismo busca poner nuevas trampas para que las cosas sean como tienen que ser, o sea, como han sido siempre. Es parte del diseño adaptativo del orden natural que toma por cultura una pseudocultura, por universal lo particular, y por normas lo que sólo son trampas. El problema es que de no hacer algo para cambiarlo las cosas seguirán siendo así, es decir, con desigualdad y violencia de género.

La trampa de la no soledad

La violencia contra las mujeres en sus diferentes formas y expresiones es uno de los instrumentos más importantes en el mantenimiento del orden social y del micro-orden de la relación de pareja. Todo está preparado para que sea así. Para que el chico o el hombre que se acerca a una mujer sea visto como el príncipe azul que viene a rescatar a la mujer de un mundo que se agota en su soledad limitada. La mujer es socializada para ser pareja y madre, salvo que haya problemas o se entregue a otras causas aceptadas por la cultura, pero no para estar sola. Si la mujer no establece una relación de pareja antes de una determinada edad, límite que se ha flexibilizado, pero que aún permanece, y, sobre todo, permite hacer la crítica por el hecho de estar sola, pasa a ser una "solterona" o se queda para "vestir santos", límite y concepto que no existe para los hombres. Ellos no quedan "solterones", incluso son presentados al contrario, como una situación positiva y se habla de "soltero de oro", de "playboy" o de "vividor".

La mujer queda devaluada por no establecer una relación de pareja a una edad en la que la fertilidad la puede hacer madre, y lo hace desde la sospecha, al entender que si no ha conseguido formar parte de una relación de pareja debe ser por alguna circunstancia extraña y negativa.

La normalidad en todas estas circunstancias se puede ver de diferentes formas, pero sin duda una de las más llamativas es analizando lo que ocurre en la juventud.

Los estudios que se han realizado sobre la situación de las relaciones de pareja en la juventud nos muestran dos elementos muy reveladores, por un lado la presencia de estas actitu-

des y conductas violentas en chicos y chicas de 15 a 18 años a pesar de todo lo que se ha avanzado, y por otro, cómo todo ello se debe a la referencia que la cultura establece para construir la identidad de hombres y mujeres que luego se desarrolla en la socialización y se materializa en la relación de pareja.

Un ejemplo de estos estudios es el realizado por el Ministerio de Igualdad con la Universidad Complutense de Madrid sobre "Violencia de Género en la adolescencia". Se trata del estudio más amplio con más de diez mil personas encuestadas en todas las CC.AA. Entre los resultados más llamativos se encontró que el 9'2% de las chicas refiere haber sufrido violencia en las relaciones de pareja, y los chicos manifiestan haberla ejercido en el 13'1%. El dato es muy revelador porque pone de manifiesto la presencia de la violencia en las relaciones de pareja ya en esas edades tan tempranas, pero también porque muestra como la realidad puede llevar a invisibilizar hasta la propia violencia. La diferencia entre lo que las chicas dicen haber sufrido y lo que los chavales comentan haber ejercido como violencia es de 3'9 puntos, lo cual significa que la chavalas no han sido capaces de identificar como violencia conductas que los chicos reconocen haber ejercido como tal. Esto es lo que consigue una normalidad levantada sobre la desigualdad y con la violencia como parte de las conductas que se pueden llegar a producir en la relación, siempre que se mantenga dentro de unos límites.

Este es el resultado de una cultura androcéntrica llena de trampas para las mujeres, hasta el punto de hacer desaparecer, como por obra de magia, la percepción de la violencia que los chicos ejercen a conciencia sobre las chicas, y permitir que todo parezca algo normal.

El príncipe sale rana

Es curioso cómo los mitos del amor romántico sitúan las relaciones más extrañas con un beso como inicio, el beso que despierta a la Bella Durmiente o esos otros besos que dan las princesas para convertir a una rana en un apuesto príncipe... Pero eso ocurre en los cuentos, en la realidad suele ocurrir al contrario, y el que saca a las mujeres de los sueños es el despertador o la alarma del móvil, y muchos hombres apuestos suelen convertirse en ranas después de los primeros besos. A pesar de ello las historias continúan porque el relato está cargado de mitos y estereotipos para que todo se desarrolle por ese sendero de pago y pega, porque recorrerlo tiene un precio.

Si analizamos las trampas que la cultura sitúa en las relaciones de pareja para normalizar la violencia y la desigualdad que conduce al control de las mujeres y a la posición de autoridad de los hombres, encontramos que están situadas a cuatro niveles: uno en el propio uso de la violencia, otro en las actitudes sexistas vinculadas a la identidad, uno tercero es el referente a la expresión de las emociones, y el cuarto se sitúa en la educación y en el refuerzo de la identidad.

La primera gran trampa reside en el uso de la violencia, y consiste en poner la venda antes que el golpe para luego seguir golpeando. Una trampa basada en poner la venda en la conciencia para que no se pueda ver todo lo que rodea a la desigualdad, y para entender todo lo que hacen los chicos como "cosa de hombres", y las cosas de hombres como normales, incluso dándole un tono crítico a la expresión, pero admitiendo las conductas. La situación es tal que el estudio "Violencia de género y adolescencia" reveló, como ya hemos señalado, la

existencia de violencia por parte de los chicos en las relaciones de pareja a edades muy tempranas (entre los 15 y los 18 años), es decir, desde el principio de las relaciones de pareja, y cómo esta violencia forma parte de esa normalidad culturalmente construida y socialmente aceptada. Hasta tal punto es así, que los chicos recurren a ella como forma de resolver conflictos y las chicas la aceptan como algo propio de la situación. Ellos afirman haber ejercido violencia y ellas ni siquiera han percibido esos comportamientos como violentos. Y no lo hacen porque sean conductas difíciles de identificar, el estudio se refiere a agresiones físicas, hacerles sentir miedo, amenazas directas, aislamiento del grupo de amistades, insultos, ridiculizaciones, obligar a realizar conductas sexuales que no querían... sino porque esas conductas están revestidas de normalidad, quizás como parte de un conflicto o un enfrentamiento, pero al fin y al cabo, como algo normal.

> “Hay mujeres jóvenes que no son capaces de identificar como violencia conductas que los chicos reconocen haber ejercido como tal

También resulta llamativo que dónde hay más diferencias entre lo que los chicos manifiestan y las chicas perciben sea en la conductas de control, probablemente por esa idea generalizada de que lo realmente malo en violencia son las agresiones, y dentro de estas las que producen una daño físico importante, lo demás parece que forma parte de un juego. Sin embargo,

no caen en que para que las agresiones se puedan llevar a cabo los chicos previamente desarrollan una estrategia destinada a controlar a las chicas, para así reforzar el dominio y evitar que adopten decisiones que puedan perjudicarlos (denunciar, dejarlos, comentarlo con otras amigas o amigos…) Esa normalidad de la violencia-trampa hace que la diferencia entre lo que las jóvenes consideran violencia y lo que hacen los chicos como parte de la violencia, como hemos recogido anteriormente, sea de 3'9 puntos, lo cual refleja que para ellas muchas de las conductas de control, menosprecio, humillación, insultos… no son violencia.

El segundo nivel de trampas es la presencia de actitudes e ideas sexistas, entre ellas algunos esquemas de dominio-sumisión vinculados a la identidad, o lo que es lo mismo, a la idea que se tiene de lo que significa ser hombre y ser mujeres a esas edades. La aceptación de dichos patrones se produce en el 8'1% de los chicos y en el 3'3% de las chicas, y se trata de situaciones tan explícitas como por ejemplo, "está justificado que un hombre agreda a su mujer o a su novia cuando ella decide dejarle", o "la violencia que se produce dentro de casa es un asunto de familia y no debe salir de ahí", o "por el bien de sus hijos, aunque la mujer tenga que soportar la violencia de su marido o compañero, conviene que no lo denuncie", o "si una mujer es maltratada por su compañero y no lo abandona será porque no le disgusta del todo esa situación"… Como se puede ver los jóvenes no incorporan nuevos mitos y prejuicios, son los mismos de siempre reproducidos por esa juventud que se levanta sobre las referencias de una cultura desigual. La simple exposición inicial a esos valores puede hace que se incorporen a su esquema moral y a que actúen en consecuen-

cia con conductas cargadas de violencia. El escenario es tal que se llega a justificar la violencia en nombre de la propia relación o familia, aceptando con más del 100% de diferencia por parte de los chicos situaciones como que "para tener una buena relación de pareja es deseable que la mujer evite llevar la contraria al hombre", y que "cuando una mujer es agredida por su marido, algo habrá hecho ella para provocarlo".

La expresión de las emociones también cuenta con trampas que no llevan tanto a actuar de forma violenta como a reforzar la identidad masculina sobre los criterios rígidos y estereotipados que se vinculan a su identidad. El grado de identificación con lo que significa ser hombre es tan grande que en este caso existe gran similitud entre lo que perciben los chicos y las chicas, con algunas excepciones. Así, nos encontramos con esa especie de mandato aceptado que dice que "los hombres no deben llorar", o que "si pides ayuda, los demás creen que no vales nada", que "si la gente creyera que soy una persona sensible, abusaría de mi"... Todo está preparado para esconder los sentimientos y las emociones, y para mostrarse con un disfraz que da seguridad y confianza, por eso el 10'7% de los chicos y el 7'4% de las chicas piensa que "el hombre que parece agresivo es más atractivo".

Toda esta elaboración esconde una triple trampa, por un lado el recurso a la violencia, por otro la ocultación de los sentimientos, y en tercer lugar llevar a creer que la violencia es una forma normal en los hombres de expresar sus emociones.

El análisis de los mensajes enviados a chicos y chicas a través de la educación resulta muy interesante de cara a ver cómo refuerza sus identidades sobre modelos tradicionales y los roles asignados a ellos. La media de chicos que reciben mensa-

jes sobre el papel sumiso de las mujeres y a la sombra de los hombres es del 20'6%, mientras que las chicas reciben estos mensajes representan el 14'1%. Es decir, los chavales ven reforzada su identidad con mensajes directos que se añaden a la influencia general de la sociedad y la cultura, algo que no ocurre tanto en las chicas. Todo ello, con independencia de ese refuerzo de los elementos de identidad tradicionales, alimenta el conflicto al mandar una información en sentido opuesto a chicos y chicas. Y no nos referimos a cuestiones secundarias, sino a situaciones como las siguientes: "las mujeres deben evitar llevar la contraria al hombre que quieren", "para tener una buena relación de pareja conviene que el hombre sea un poco superior a la mujer en edad y en el dinero que gana", "los celos son una expresión de amor", "si alguien te pega, devuelvesela y pégale tú..."

La situación se completa y potencia cuando analizamos los mensajes que reciben los adolescentes referentes a la igualdad y a solventar los problemas con alternativas a la violencia. Este tipo de información se dirige más a las chicas (el 79'6% de ellas la ha recibido) que a los chicos (sólo la recibe el 68'7% de los chavales). El resultado es muy similar a la anterior, pero en sentido contrario. A quienes tienen que romper con una identidad basada en la superioridad el dominio y el control les llega menos información para hacerlo, y quienes ya están en un proceso crítico de cambio para romper con ese papel secundario a la sombra de los hombres, ven reforzada su posición con mensajes en ese sentido. La circunstancia positiva, sin duda, pero al no ser igual para chicos y chicas favorece el conflicto, el enfrentamiento y el recurso a los consejos que reciben, entre ellos la violencia, por parte de los chicos.

Y es justo lo que está pasando. Las mujeres están cuestionando el modelo tradicional que les asignaba unos roles rígidos vinculados a ese papel secundario respecto al hombre protagonista. Y su crítica se está traduciendo en un distanciamiento del mismo y en un alejamiento de los hombres que todavía las identifican con esas funciones y que se creen aún más hombres por tener al lado una mujer que asume dicha posición o a la que obligan a asumirla. La situación guarda cierta coherencia con lo que cabía esperar: quienes sufren las consecuencias de la injusticia se revelen contra ella, y, en este caso, son las mujeres las que están protagonizando el cambio de la igualdad en todos los ámbitos de la sociedad, lo cual conlleva superar el primer obstáculo de las relaciones de pareja y familiares a cobijo de un hombre, bien sea el marido, compañero, padre o novio. Pero este cambio lógico está dando lugar a un conflicto por la resistencia de quienes vivían y disfrutaban los privilegios que daba la desigualdad a los hombres, que, además, es agravado al mandar mensajes que apoyan a cada una de las posiciones -a las mujeres para que continúen con el cambio y a los hombres para que resistan en su situación privilegiada- de manera especial en las relaciones de pareja.

> “
>
> Las mujeres están cuestionando el modelo tradicional que les asignaba unos roles vinculados a un papel secundario respecto al hombre protagonista

El resultado es claro y está a la vista: hay más violencia, pero también las consecuencias son completamente distintas.

Según el último estudio sociológico sobre la situación de la violencia de género en España, la Macroencuesta realizada en 2011, la evolución seguida por la violencia contra las mujeres respecto al estudio anterior (2006), muestra un incremento de las agresiones ejercidas por los hombres hacia sus parejas o exparejas del 42'9%, llegando hasta prácticamente 600.000 casos al año. Sin embargo, el número de mujeres que han dejado de sufrir esta violencia ha sido del 85'7%. Estos datos reflejan de forma nítida la situación que hemos descrito: se establece una relación de pareja, se produce el conflicto y el enfrentamiento, ante las críticas de la mujer a la situación de desigualdad que se establece dentro de la relación, el hombre intenta imponer su criterio y mantener el orden que él considera, incluso con el recurso a la violencia si así lo considera, y ante esa situación la mujer deja la relación en la mayoría de los casos. A pesar de ello, el peso de la cultura y sus trampas aún atrapan a muchas mujeres en esa normalidad criminal.

Es el proceso que vivimos en el momento actual un proceso amparado en el conocimiento crítico de la situación que históricamente han vivido las mujeres, y respaldado por la voluntad de superarlo y dejarlo definitivamente anclado en un tiempo pasado. Pero también muestra esa reacción de los violentos y de quienes no quieren perder los privilegios levantados sobre la desigualdad, por ello la continuidad de este cambio transformador pasa en gran medida por limpiar ese campo de minas que suponen las trampas que pueblan la cultura y el camino de la socialización que lleva al destino de las identidades.

Mientras permanezcan las trampas y los tramposos habrá quien siga cayendo en el agujero de la ignorancia, quien quede atrapado en el cepo de la violencia, o quien se pierda entre la bruma de la duda, pues son elementos del paisaje que nos ha traído hasta aquí. Un lugar no muy distinto a donde partimos muchos siglos atrás, aunque, es cierto, que con un decorado y vestuario completamente renovado.

El príncipe azul inicia su viaje hacia la relación con la violencia en las alforjas y, cuando llega hasta su bella amada, en realidad no la despierta, sino que la mantiene en su sueño idealizado del amor romántico que le cierra los ojos a la violencia y la sumisión. Por eso, a pesar de que los chicos reconozcan usar la violencia para castigarlas ellas no la ven, y, por eso, cuando la ven y la reconocen creen que es consecuencia del amor y la justifican con frases como "por lo menos le importo", "si no me quisiera, no me haría eso, pasaría de mí"... Es la idea tradicional del que los celos son amor y la violencia no es violencia.

Los mensajes que reciben están llenos de trampas para que ellas continúen atrapadas en la relación que creen liberarlas de sus familias, del control paterno, de sus entornos, de su rutina... pero que, en realidad, las recluye en la nada. En la nada personal, pues en definitiva dependen de unos chicos de los que piensan que "son así" y que la mejor forma de resolver cualquier problema es entregándose más y mostrando más el amor que define la relación de compromiso. Piensan que su amor los cambiará, pero, en el fondo, las únicas que cambian son ellas, que cada vez están más controladas y dominadas.

Ellas se proponen a sí mismas como solución y, cuando la violencia continúa, como es lo habitual, sienten el doble fraca-

so y la frustración de la culpabilización que les lanza el agresor y la que ellas mismas se echan en cara por no haber sido capaces de resolver la situación. Cada reconciliación es el ejemplo de que la solución es posible y cada uno de los perdones es una trampa más para dejarlas encerradas en el mundo y en la mirada del agresor.

La relación continuará bajo este patrón de aparente normalidad entre empujones y perdones, pero siempre con la idea del amor romántico como referencia. Las discusiones y los enfrentamientos también actúan como trampa al presentar la respuesta de las chicas como parte de una violencia mutua, cuando en realidad sólo es la reacción a la violencia manifiesta que ejerce el chico o a la micro-violencia recubierta de normalidad, cuando no de cariño, que va tejiendo sobre ella como si fuera una red con la que atraparla. Y mientras esa "violencia de baja intensidad" no se ve, porque los "chicos son así", la de ellas se magnifica ante lo objetivo de la conducta y ante lo inesperado de la respuesta, pues las "chicas no son así", y sobre todo, "no deben ser así". Todo ello actúa en ocasiones como una razón más para continuar con la violencia, ya de forma más manifiesta bajo la idea de corregir ese tipo de reacciones impropias

> "El príncipe azul no despierta a su amada, sino que la mantiene en un sueño idealizado de amor romántico que le cierra los ojos a la violencia y la sumisión

de una mujer y claramente contrarias al hombre y a la propia relación. De este modo, la trampa inicial se convierte en una trampa con doble fondo.

Este grado de control y sometimiento es tan intenso que llega incluso a imponer conductas manifiestas que son vividas de forma especialmente traumática. Entre estas conductas, destacan las que se producen alrededor de las relaciones sexuales.

En el informe de la Comisión para la Investigación de los Malos Tratos, presentado en 2005, se mostraba como el 32'1% de las chicos y el 14'4% de las chicas consideraba normal que un chico obligue a su novia a mantener relaciones sexuales con él en alguna ocasión, porcentaje que se eleva de forma significativa cuando se hace referencia al contenido y forma de mantener las relaciones sexuales, que, en la mayoría de las ocasiones, van dirigidas a satisfacer los deseos y las prácticas que los chicos solicitan o exigen. Todas estas circunstancias son propicias para que se produzca la denominada "violación por confianza", una agresión sexual que se produce al mantener una relación sexual en contra de la voluntad de la mujer, pero amparada en las circunstancias propias y normales que acompañan a una relación de pareja.

Una nueva versión del clásico "las chicas cuando dicen no, en verdad quieren decir sí", pero ahora sin darle oportunidad siquiera de expresar su voluntad. Todo se da por asumido y por aceptado... "para eso está el amor y se mantiene una relación de pareja, para poder hacer esas cosas". Las historias que le han contado a muchas chicas siguen siendo un cuento que las lleva a creer que a pesar de que los chicos "son así", es decir, un poco "malotes y egoístas", ellas pueden cambiar-

los, y que sólo obtendrán la felicidad, seguridad y protección a través de la relación de pareja (entre un 15 y un 25% de las jóvenes lo piensan según el citado informe).

Creen vivir ese cuento que le narraron de pequeñas, pero al mismo tiempo ya han abierto un ojo a la realidad y se han dado cuenta de que no se trata de "Alicia en el país de las maravillas", y que el viaje de Alicia transcurre al "país de las pesadillas".

Por eso, estamos muy lejos de poder afirmar que han desaparecido las trampas y, por ello, hay espacios donde incluso han aumentado para que, si alguna mujer logra evitar una, encuentre otra cerca y así impedir que escapen de sus vidas, de su identidad de siempre.

> "La 'violación por confianza' es una agresión sexual que se ampara en las circunstancias propias y normales que acompañan a una relación de pareja

El Príncipe Azul se ha puesto pálido, ha pasado de azul marino a un celeste claro, y después a una palidez cerúlea más cercana a la lividez cadavérica que a la buena vida que antes disfrutaba. Como buen cazador, ha lanzado sus trampas y ha iniciado un fuego en el bosque del tiempo para llevar a todas sus presas hacia el lugar donde las espera, ese pasado continuo donde se levanta el reino de sus privilegios, pero el tiempo sólo camina hacia delante y, hoy, la Bella Durmiente anda muy despierta.

Aún así no se dan por vencidos, hay que estar atentos para evitar nuevas trampas y trucos... Siempre están tramando algo, y una de sus últimas aportaciones es el "posmachismo".

El posmachismo

El posmachismo es una de las últimas trampas que la cultura patriarcal ha puesto en práctica, aunque su origen se remonte a la década de los 80. El posmachismo es el machismo, no una superación ni algo diferente a él, pero utiliza una estrategia diferente para conseguir los objetivos de siempre. El posmachismo busca jugar con la normalidad como argumento y hacerlo en nombre de la igualdad, de manera que todo lo que sea corregir la desigualdad, que lógicamente se dirige a atender a las mujeres que sufren sus consecuencias, es presentado como un ejemplo manifiesto de desigualdad por no contemplar dentro de esas medidas a los hombres. Incluso llegan a presentarlas como un ataque contra ellos, puesto que muchas de estas iniciativas buscan modificar las causas que dan lugar a los problemas de la desigualdad, causas que radican en los privilegios que la cultura les ha con-

> "El posmachismo es el machismo, no una superación ni algo diferente. Su nueva herramienta es jugar como la normalidad como argumento y hacerlo en nombre de la igualdad

cedido a los hombres, es decir, en los privilegios que los hombres se han dado a sí mismos.

El posmachismo lo tiene fácil porque juega en campo propio, es cierto que parte del público ha cambiado y se ha vuelto más crítico, pero el contexto social es el mismo creado por la cultura de la desigualdad. Por eso no busca hacer un planteamiento alternativo a la igualdad, ni proponer una especie de negociación o consenso para ceder en algunos privilegios a cambio de mantener otros. El posmachismo pretende que continúen las mismas referencias tradicionales, no otras, y para ello su estrategia es generar cierta confusión y desorientación, porque esa desorientación se traduce en duda, la duda en una distancia que lleva a que la gente no se posicione respecto al tema en cuestión, esta distancia se traduce en pasividad, y la pasividad en que todo continúe como estaba, es decir, bajo las referencias de la desigualdad.

Por eso, el posmachismo no plantea alternativas y sólo critica aquello que viene a cuestionar las referencias y valores tradicionales. Según ese planteamiento, el ataque dirigido a las críticas que cuestionan la desigualdad existente sirve para desgastar el argumento de la igualdad, y para generar la duda que lleva a la pasividad cómplice con la continuidad del modelo tradicional. Si se critica aquello que cuestiona a la desigualdad, y de ese modo se genera una duda, el resultado es que permanece la desigualdad. Así, por ejemplo, si se habla de violencia de género, el posmachismo plantea como argumento que hay muchas "denuncias falsas" que las mujeres utilizan para sacar beneficios en contra de los hombres y, al separarse, "quedarse con la custodia de los niños, la casa y la paga". Como se puede ver, el posmachismo no se toma la molestia

ni de negar la existencia de violencia de género. Simplemente, se limita a cultivar la duda sobre su realidad al cuestionar su dimensión y al decir que todo ello es producto del interés del feminismo y o de determinadas organizaciones de mujeres que se ven beneficiadas al imponer su visión particular de la realidad. Y para ello se aprovecha de la ventaja que da jugar con el mito tradicional de la "mujer mala y perversa" que la cultura ha puesto al alcance de cualquiera cuando lo necesite.

Esa duda es suficiente para que no se produzca la necesaria implicación en la erradicación de esta violencia por entender, como ha ocurrido a lo largo de la historia, que, aun siendo violencia, prevalece el carácter privado de la relación y la supuesta decisión de la mujer, cuando no denuncia y continúa dentro de la relación violenta. Como si fuera un acto libre de consentimiento explicado en clave interna, no una conducta violenta de dominio y control ejercida paulatinamente por el hombre hasta llegar a las agresiones.

Es la estrategia del posmachismo, generar la duda, bloquear el planteamiento a favor de la igualdad o incluso volverlo en contra del propio objetivo de la igualdad. Y, para ello, utiliza una forma diferente a los argumentos y estrategias tradicionales, que siguen presentes y sirven para presentar al posmachismo como una posición diferente al machismo tradicional y, así, ser más eficaz. "Nosotros no somos así", dicen los posmachistas ante los argumentos más directos y frontales del machismo, pero persiguen lo mismo y lo consiguen con más eficacia al cambiar el mensaje en la forma y en el contenido.

Los elementos que predominan en los planteamientos posmachistas son la neutralidad, el cientificismo, el interés

común, el argumento del beneficio económico para quien hace los planteamientos a favor de la igualdad, y la idea de imposición y adoctrinamiento intrínseca a la igualdad como parte de una ideología excluyente.

La teórica neutralidad en sus planteamientos pretende marcar distancias con las iniciativas que se proponen desde los movimientos a favor de la igualdad y el feminismo. El posmachismo dice que ellos no quieren beneficiar a hombres ni a mujeres, que ellos buscan lo mejor para todos, y, de este modo, hacen una crítica directa a las medidas de igualdad dirigidas a las mujeres, como si están fueran parte de un privilegio por ser mujeres, cuando en realidad son actuaciones dirigidas a abordar las consecuencias sufridas por la desigualdad, bien sean en forma de violencia, discriminación o cualquier otro tipo. Es como si un programa de salud basado en la vacunación de las personas en riesgo ante una enfermedad infecto-contagiosa fuese criticado por no vacunar a toda la población. No tiene sentido y resulta ridículo, pero estos mismos planteamientos cuando se hacen en temas de igualdad suelen tener mucha receptividad al jugar con los valores y los prejuicios existentes. Al final obtienen resultados,

> “Se aprovecha la ventaja que da jugar con el mito tradicional de la ‘mujer mala y perversa’ que la cultura a puesto a mano de cualquiera para cuando la necesite

puesto que con este tipo de planteamientos evitan corregir la desigualdad y reconocer las causas que dan lugar a ella.

El cientificismo también busca romper con la posición del feminismo y de la igualdad. El posmachismo parte de la base que la igualdad es un planteamiento ideológico, no una realidad, puesto que para ellos la realidad está en la desigualdad y en la necesaria distribución desigual de funciones entre hombres y mujeres. Para reforzar sus propuestas y marcar distancia de un teórico planteamiento ideológico, recurren al dato, y para ello manipulan estudios y resultados de manera que sean sintónicos con los que plantean desde su posición ideológica. Por ejemplo, los estudios del Consejo General del Poder Judicial indican que aproximadamente el 30% de las sentencias por violencia de género no son condenatorias, y el posmachismo concluye sobre este dato que el 30% de las denuncias son falsas al no acabar en condena. Con ello generan la confusión en la sociedad e indican que las denuncias falsas están presentes en un porcentaje elevado del total, cuando en realidad una sentencia no condenatoria no indica que la denuncia haya sido falsa, simplemente que los elementos de prueba existentes no son suficientes para rom-

> “
>
> Los elementos que predominan en los planteamientos neomachistas son la neutralidad, el cientifismo, el interés común, el beneficio económico y la concepción de la igualdad como parte de una ideología excluyente

per la presunción de inocencia que ampara al acusado. Esta circunstancia, por otra parte, no es infrecuente en una violencia que se produce tras los muros del hogar, sin testigos y que se suele denunciar días después a la comisión de los hechos. Pero da igual, lo importante es generar confusión y hacer que se dude de la realidad de la violencia de género.

El interés común parte del juego anterior y pretende reforzar la idea de que el posmachismo es quien en verdad defiende la igualdad buscando lo mejor para toda la sociedad, para hombres mujeres, niños y niñas, no como las medidas de igualdad que sólo se centran en las mujeres y que, incluso, se dirigen contra los hombres. Este elemento está muy relacionado con lo que he denominado "Igualdad.0" (igualdad punto cero). Se trata de una estrategia que busca descontextualizar el significado de las políticas y medidas de igualdad y desnaturalizar el movimiento de mujeres y el pensamiento feminista que históricamente ha puesto de manifiesto la realidad de la desigualdad con su significado, es decir, como parte de una cultura patriarcal que necesitaba de la desigualdad para mantener sus valores y conseguir sus objetivos.

El posmachismo intenta poner el contador de la desigualdad a cero y empezar a actuar en "igualdad" para hombres y para mujeres, como si no existiera desigualdad y como si no estuvieran aún presentes las causas y la estructura cultural que ha generado y genera la desigualdad. De este modo no sólo impide que se alcance la igualdad, sino que, sobre todo, vacía de significado la situación de la desigualdad y evita hacer un planteamiento profundo que vaya más allá de la corrección puntual de aquellos elementos y situaciones que sean cuestionadas por la sociedad en cada momento determinado.

Como se puede ver, hacen sus propuestas sin un significado que explique la situación de la desigualdad como parte de la cultura, sin un reconocimiento histórico de lo ocurrido ni de sus causas, y sin aplicar medidas específicas sobre quienes sufren el impacto de la desigualdad, y todo ello planteado en nombre de la igualdad. Con todo ello, el objetivo del posmachismo de mantener las referencias tradicionales está garantizado.

Pero además, por si todo esto fuera poco, al margen del cuestionamiento implícito a sus propuestas, el planteamiento posmachista incluye dos elementos críticos directos hacia la igualdad como parte del marketing, pues no son elementos específicos de la igualdad, pero sí argumentos que cuentan con mucha receptividad en el momento actual.

> “El posmachismo intentar poner el contador de la desigualdad a cero y empezar a actuar en ‘igualdad’ para hombres y mujeres, como si la desigualdad ya no existiera

Uno de ellos es la referencia al beneficio económico de quien plantea las medidas de igualdad. Todo se presenta como una forma de “ganar dinero”, de “beneficiar a las organizaciones afines o a gente cercana”, o de poner en marcha servicios que no sirven para nada salvo para “colocar a los amigos y a las amigas”. Y por supuesto, todo ello en detrimento de otros recursos, programas, ayudas... que sí son necesarias. El argumento económico siempre

es eficaz, pero en tiempos de crisis económica ha encontrado una receptividad añadida que, al unirse a los otros argumentos, facilitan la pasividad, cuando no el rechazo directo de las iniciativas a favor de la igualdad.

El otro argumento "de moda" es hablar de "adoctrinamiento". Para esas posiciones promover la igualdad sólo es un instrumento "atractivo" para conseguir imponer una ideología y unos valores al resto de la sociedad, por eso hablan de "ideología de género" y han tomado la palabra "género" como sinónimo de todo lo malo, dogmático y radical para plantear la amenaza en estos términos y hablar de adoctrinamiento. Esta posición refleja de forma muy gráfica cuál es la imagen de la realidad.

Por una parte, porque muestra cómo la desigualdad no es una cuestión numérica o superficial que lleva a que, en determinados contextos, haya más presencia de hombres que de mujeres, ni que se entienda que algunas tareas particulares, como es el cuidado y el afecto en la familia, deban ser desempeñados por las mujeres, sino que la desigualdad forma parte esencial de la estructura del orden natural creado por la cultura, y de los valores que lo apuntalan. Por tanto, el cuestionamiento de la desigualdad significa remover los cimientos del orden y, con ello, toda la estructura levantada sobre los mismos, de ahí que no se permita la más mínima crítica. Y por otra parte, la extensión de su planteamiento se ve como transmisión de los valores aceptados, lo cual se entiende como "educación", mientras que transmitir la igualdad como valor y corregir las consecuencias de la desigualdad se ve como "adoctrinamiento". De este modo se llega a la paradoja de que hablar de los valores y de las referencias que luego dan lugar

a la violencia de género, a la discriminación, al aislamiento y alejamiento de las mujeres de la vida pública... es educar, mientras que lo contrario y permitir una sociedad más justa y pacífica es adoctrinar.

Y, finalmente, otro elemento característico es el descrédito y ataque a las personas que se posicionan a favor de la igualdad. La idea es sencilla, si se desacredita a esa persona lo que diga o proponga no tendrá valor, por eso nunca faltan los insultos personales, la invención de historias profesionales y vitales paralelas o las referencias a la actuación por interés económico, con lo cual cierran el círculo y potencian el descrédito.

Los planteamientos críticos con la igualdad son eficaces al formar parte de las trampas y al utilizar los diferentes trucos que han desarrollado para evitar detenerse en la reflexión. Por eso, el debate se centra mas sobre determinados resultados que sobre el verdadero significado de las circunstancias y valores que dan lugar a esas situaciones que luego son cuestionadas. Y por ello el posmachismo junto a la crítica a la igualdad habla de igualdad, "de su igualdad".

El posmachismo ha aprendido que la mejor forma de evitar el debate y la reflexión no es la negación ni el ocultamiento, eso ha funcionado cuando las posiciones androcéntricas no eran tan cuestionadas y cuando la presencia de la igualdad era menor, pero ya no es eficaz. Ahora resulta mucho más práctico desviar la atención y, para ello, la mejor forma de hacerlo no es plantear otro tema, sino utilizar el mismo debate pero con un sentido completamente diferente, por eso una de las batallas que más está librando el posmachismo es la del lenguaje. El posmachismo busca conquistar las palabras para luego dar-

les un sentido completamente diferente y así aumentar la confusión, que es su objetivo último. Lo ha hecho con la palabra "feminismo" al hablar de "nuevo feminismo", con la violencia de género cuando introduce en su concepto el maltrato infantil, la violencia contra los hombres o la violencia en las parejas del mismo sexo... todo es confundir para evitar el posicionamiento o para que este, si se produce, sea erróneo.

Con esta estrategia, el posmachismo habla de igualdad bajo esa idea comentada de la "Igualdad.o", es decir, exigiendo que se adopten las mismas medidas para mujeres y para hombres. De este modo, evita tomar conciencia sobre el significado de la desigualdad como parte de un sistema de valores amparado por la cultura, impide que se conozca la realidad histórica de la desigualdad y, por tanto, el por qué de la realidad actual. Pero, sobre todo, garantiza que continuará la desigualdad a través de la crítica que hace y de la continuidad de las diferencias y desigualdades existente en el presente, puesto que, si ahora hay desigualdad y se apoya del mismo modo a quien ocupa la posición aventajada y retrasada, al final avanzaran las dos partes, pero manteniendo la desigualdad entre cada una de ellas.

> "El argumento económico siempre es eficaz y, en tiempos de crisis, ha encontrado una receptividad añadida que facilita la pasividad, cuando no el rechazo, ante las iniciativas a favor de la igualdad

Todo está muy bien diseñado para conseguir la apariencia del cambio en la continuidad. Es parte de las trampas que la cultura pone a las mujeres y a la igualdad. Es la trampa del posmachismo.

Con todos estos elementos buscan el rechazo de la igualdad de forma directa, si pueden, pero sobre todo a través de la confusión, la desorientación, la duda y la pasividad que hace que todo siga igual.

Y, como parte de la posmodernidad que lleva en su origen, recurre con frecuencia al victimismo para completar su estrategia.

De este modo, ante cualquier cuestionamiento de sus planteamientos o ante el desenmascaramiento de su estrategia de confusión, responden que todo lo que sea cuestionar la igualdad o algunas de sus medidas es catalogado como posmachismo para así impedir el debate y la crítica hacia esas posiciones a favor de la igualdad que presenta como dogmáticas y cerradas.

Para ello, recurre a otro de los elementos del posmachismo como es la "atemporalidad", que sitúa el debate y el problema en las cuestiones de la agenda política y social de la actualidad, como si la desigualdad no tuviera un significado dentro de la cultura y del orden social establecido para estructurar y jerarquizar las relaciones y referencias. Con esta táctica, el problema se limita a la clásica reivindicación sobre los tiempos y los espacios trasladado al presente, sin considerar la presencia histórica de la desigualdad, ni el porqué ha estado siempre presente.

Y están tan metidos en intentar desnaturalizar e impedir el debate y las medidas a favor de la igualdad que no son cons-

cientes de la realidad objetiva que envuelve y contextualiza la situación actual, la cual se caracteriza por dos elementos:

1. Ausencia de los planteamientos posmachistas en el debate histórico a favor de la igualdad y de la corrección de las manifestaciones de la desigualdad. Nunca les ha importado la violencia de género, la custodia de los hijos y de las hijas, cuando hace años las madres la asumían sin recibir la pensión económica que por ley les correspondía, y sin que hubiera forma de que lo hicieran hasta que no se llevaron a cabo determinadas reformas legales, aunque todavía no han acabado los problemas en este sentido, lo cual demuestra la intencionalidad en la estrategia. El posmachismo no ha estado presente en el debate de estos temas ni de ningún otro para intentar hacer valer sus ideas, porque antes no estaba en cuestión la posición de referencia de los hombres ni los valores impuestos al resto de la sociedad. Sólo cuando todo esto ha entrado a formar parte de la crítica es cuando se han presentado, pero no para formar parte del cambio, sino para evitarlo.

2. Utilización de la igualdad para no avanzar en igualdad. Critican que sólo se hable de mujeres, no de hombres, pero lo hacen para que no se hable de ninguno, ni de hombres ni de mujeres, no para que se hable de los dos. Cuestionan que se actúe contra la violencia de género, a favor de las ayudas laborales a las mujeres, de corregir las diferencias en la presencia de mujeres donde están infrarepresentadas, de determinadas medidas a favor de la salud de las mujeres... Y todo se presenta como que no se hace nada por los hombres.

El argumento, además de pobre es falaz, porque la forma de buscar una actuación a favor de algo supuestamente necesario no es criticar la actuación necesaria sobre otros pro-

blemas, sino reivindicar y pedir que se lleve a cabo en los lugares y a las personas que les corresponda. Sin embargo, el posmachismo se limita a pedir que se hable de cuestiones de hombres no para resolver los problemas teóricos, sino para que no se corrijan los que afectan a las mujeres o para que no se vean perjudicados o desarmados en su estrategia de poder y control. De lo contrario, no lo plantearían en términos de contraposición, sino como un apoyo a las dos iniciativas: a favor de las mujeres y a favor de los hombres. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la instrumentalización de la custodia compartida, que más que reivindicar una paternidad que, en muchos casos, no se ha ejercido en corresponsabilidad durante la convivencia de la pareja, como se suele demostrar en los procedimientos judiciales de separación y divorcio, lo que se busca es que la mujer "no se salga con la suya" o no asumir los costes económicos que supone no tener la guardia y custodia de los hijos e hijas.

La instrumentalización es tal que, por ello, recurren con frecuencia a argumentos falaces como el llamado SAP (Síndrome de Alienación Parental) y presentan el rechazo de los hijos hacia el padre como producto de la manipulación de la madre. Sin embargo, este síndrome no es reconocido por la comunidad científica, pero además, desde el punto de vista científico resulta muy difícil de explicar, puesto que lo que supone es una quiebra entre los sentimientos de los hijos y la conciencia que ellos tienen sobre su padre a través de los mensajes críticos de la madre, algo muy difícil de aceptar desde el punto de vista científico. Por ello, el posmachismo juega con la idea de la perversidad de las mujeres e intenta confundir al mezclar la influencia que se pueda sobre una persona, sea

hijo, hija, hermano, padre o amiga, con una disociación entre el plano de los sentimientos y el del conocimiento.

El grave drama que se esconde detrás de esta instrumentalización resulta algo más que tramposa. Al catalogar la situación como SAP, se impide investigar las verdaderas causas del rechazo de los hijos al padre, entre las cuales la más frecuente es la existencia de violencia previa durante la convivencia, lo cual se corresponde con la realidad. Según los datos de la Macroencuesta 2011, el 73% de las mujeres que salen de la violencia de género lo hacen a través de la separación, no por la denuncia. Es más que probable que los hijos e hijas de estas mujeres habrán sufrido, al menos como testigos, la violencia que el padre ejerció sobre la madre cuando vivían juntos, por lo cual es muy probable que, tras la separación, sobre todo en los momentos iniciales, estos hijos no quieran ver al padre.

> “El posmachismo critica que sólo se hable de mujeres, no de hombres, pero lo hacen para que no se hable de ninguno, ni de hombres ni de mujeres

Su conducta y actitud no es producto de la manipulación de nadie, sino del resultado de la experiencia violenta que han sufrido. El drama aumenta cuando, tras aceptar el SAP como argumento, se le retira la custodia a la madre y se le da al padre maltratador. Una de las trampas más terribles que aún sigue presente en nuestros juzgados y tribunales.

El posmachismo está aquí y ha venido para quedarse, para permanecer en la desigualdad histórica como nueva estrategia. Y lo hace como una de las últimas trampas, una trampa conceptual y estratégica capaz de generar nuevas trampas en cualquier aspecto y terreno de la vida, pues en el fondo no sólo pretende mantener la desigualdad entre hombres y mujeres, sino que también busca que continúe el orden natural jerarquizado y sus valores "naturales" que dan sentido a todo lo que se aplica desde las posiciones de poder aceptadas.

> "La violencia de género no puede quedar escondida dentro de la normalidad que la hace posible y la única forma de conseguirlo es cambiar esa normalidad, no esperar a que la violencia sea tan intensa que rompa las capas de invisibilidad

La violencia de género no puede quedar escondida dentro de la normalidad que la hace posible. Y la única forma de conseguirlo es cambiar esa normalidad, no esperar a que la violencia sea tan intensa que rompa las capas de invisibilidad. El objetivo de acabar con la desigualdad y la violencia que genera está en la sociedad. Las instituciones y la política deberán ayudar a la sociedad a instaurar la paz y la convivencia sobre la base de la igualdad, pero, sin la implicación y compromiso de cada una de las personas de la sociedad, no se alcanzará.

V

I O

L E N

C I A C

O N T R A

L A S M U J

E R E S U N A
I N J U S T I C I A

N O R M A L I Z A D A
E N L A S O C I E D A D

¿ Y, T Ú, L A V E S ?

Al escondite

De nuevo nos tocaba escondernos. Había pocos sitios y nos los conocíamos todos, pero teníamos que conseguir como fuera que no nos descubrieran a la primera. La verdad es que no sé cómo me pude ocultar detrás aquel matojo de hierba, pero aguanté un buen rato sin ser vista. Desde allí, podía ver a todos los demás primos escondidos. Todos con nervios en la cara como si, en lugar de un primo, nos fuera a encontrar Jack el destripador.

Antes de empezar a contar quien se 'la quedaba', Marta se acercó a mí y me dijo que no quería esconderse más con nuestro tío Alberto. ¡Es verdad, siempre la elegía a ella!

Aunque Marta y yo éramos de la misma edad, ella siempre había estado mucho más desarrollada que yo. De más pequeña, siempre fue más alta, pero, como le vino la regla antes, dejó de crecer y emprendió el duro proceso de transformación del cuerpo. La pobre tuvo que sufrir comentarios soeces de muchos jovencitos y no tan jovencitos que pasaban a su lado.

Aquel domingo, me dijo que cuando se escondían, el tío Alberto la abrazaba como para esconderla y siempre le tocaba una teta. Me pedía ayuda. No recuerdo si Marta volvió algún otro domingo a comer al campo con nosotros. Seguro que sí lo hizo. Pero de lo que estoy segura es de que jamás volvió a esconderse con el tío Alberto.

Ahora, lo pienso y me pregunto si alguna otra prima terminaría escondida en los brazos del tío Alberto. Y me pregunto si tendría a alguien para contarle lo mal que se sentía cuando su tío le tocaba una teta. ¡Pobre Marta! Me la imagino paralizada por esa violencia, prácticamente, en su niñez, esperando a que por fin la descubrieran para zafarse de aquellas abusadoras manos.

Aquellos besos

Nunca pensé denunciarle, pero ni ahora ni nunca perdonaré lo que me hizo.

Yo era la mayor de tres hermanos. La que me seguía era otra chica y el pequeño era un chico. Vivíamos en una casa de las Siete Calles de Bilbao. Era una casa muy grande, de esas que tenían habitaciones ciegas. Entonces, era normal este tipo de habitáculos que se extendían a lo largo de profundos pasillos. Aquella casa olía a una mezcla entre alcanfor y humedad, salvo en la cocina, donde la chapa, la cocina económica de carbón y lo que se cocinara sobre ella marcaba el olor de la estancia.

Tengo buenos recuerdos de cuando éramos pequeños. Los baños del sábado por la noche en aquella bañera que mis padres pusieron cuando la familia empezó a aumentar. Recuerdo cuando mi madre nos secaba la piel. Sentía un placer especial cuando me secaba los pies y me ponía los calcetines limpios. Luego el pijama y la bata, una tortilla francesa y a la cama. Eso y cuando íbamos al parque de los patos. Creo que eran los mejores momentos que recuerdo de mi tierna infancia. En el parque, los domingos alquilaban unos triciclos y mi hermana Begotxu y yo nos inventábamos aventuras de viajes por los caminillos del parque como si fuéramos unas explotadoras 'motorizadas'.

Por desgracia, toda aquella felicidad se terminó cuando cumplí 10 años. Aquella tarde, mis primos vinieron a casa para celebrar el cumpleaños. Todo era estupendo. Mi cumpleaños era mi día. Era feliz. Después de soplar las velas, mi padre me dijo que tenía un regalo para mí y me indicó que le siguiera hasta su habitación. Sacó un estuche de uno de los cajones del armario y me entregó un bolígrafo Inoxcrom plateado y granate. Le miré y cuando le fui a dar dos besos, él me abrazó. No me soltaba. Me tuvo un rato pegada a él. Había algo extraño. Recuerdo que metía ruido al respirar. Me sentía incómoda, pero no sabía qué era. Le pedí que volviéramos a la sala a comer la tarta que nos quedaríamos sin nada.

Aquel abrazo fue el primero de muchos que vinieron después.

Por las tardes, cuando llegaba a casa íbamos todos a darle un beso de bienvenida, pero a partir de aquel cumpleaños se me empezaron a quitar las ganas de ir a recibirle porque, si no estaban mis hermanos, no me besaba igual. Me metía la

lengua en la boca. Yo me marchaba corriendo y me secaba la boca con la manga cuando no iba al baño a escupir. ¿Por qué hacía eso?

Un día que fuimos de excursión con la tía Elena y el tío Juanjo a Urkiola. Era un día precioso de primavera. Nos vinieron a recoger en su coche y nos montamos todos. Mi padre me colocó sobre sus rodillas y prácticamente desde que subíamos las curvas de Begoña, comenzó a agarrarme pegándome a él, moviendo la mano como si fuera una simple caricia, pero ambos sabíamos que no era así, que había algo que nada tenía que ver con la inocencia. Eran unas caricias extrañas y feas. No me gustaban.

Cuando salimos del coche, empecé a correr y sólo volví a reunirme con ellos para comer. Mis padres estaban enfadados porque me habían estado buscando.

- ¿Te parece bien darnos estos disgustos? Tus tíos no volverán a traernos nunca más.

Mis hermanos estaban casi a punto de llorar y yo me sentí fatal. Había fastidiado la excursión a todo el mundo, pero... yo quería marcharme de allí.

No sé exactamente qué años tendría cuando me pidió que le metiera la mano por la bragueta. Para aquella época ya se intuía que sería el desastre de la familia: suspendería en clase, me pelearía con mis amigas, les contestaría de mala manera a mi madre, a las profesoras. A todo el mundo, salvo a mi padre. A él le tenía terror.

Durante muchos años, sería incapaz de levantarle la voz porque intuía que, si me enfrentaba a él, las cosas podían ir

peor. Sé que aquel día, en uno de mis enfados, había estrellado un plato en el suelo. Mi madre se puso a gritar. Yo chillé más alto y, entonces, ella pidió a mi padre que pusiera orden. Me llamó y me dijo que fuera a su habitación. Me sentó cerca de él y me dijo que no le gustaba nada el carácter que se me estaba poniendo, que tenía que ser más dócil, que tenía que querer más a mamá, a mis hermanos, a la abuela y, sobre todo, a él, que me quería tanto.

En los años del instituto, me especialicé en beber el mismo grado y al mismo ritmo que podían beber los chicos más adelantados en la materia. Borracha era la mejor manera de soportar el infierno que vivía.

El día de San Juan del curso segundo de BUP, habíamos bebido un montón con motivo de las fogatas. Estábamos en el Parque de Etxebarria. Me quedé sentada en la hierba mirando la fogata y, sin darme cuenta, me debían estar cayendo unos tremendos lagrimones porque Asun, mi mejor amiga, se sentó a mi lado y me preguntó qué me pasaba. Le dije que nada, pero... no le sirvió. Supongo que ya no podía más porque... le conté que en mi casa no me sentía bien por culpa de mi padre.

Evidentemente, no entendió lo que yo pretendía decir y pensó que era una excusa, que había algo más que la normal tensión con mi progenitor. Aunque insistió, no me sentí capaz de contarle nada más.

Me moría de vergüenza y de asco solo de pensar lo que vivía entre las cuatro paredes de mi casa. Recuerdo que, unos días más tarde, me preguntó por qué no hacíamos planes para irnos a Irlanda a estudiar inglés. Hubiera estado bien haberme largado en ese momento con ella, pero en casa me obligaron terminar hasta COU.

Ya no hablaba a mi padre. Ni siquiera le miraba, pero era incapaz de enfrentarme a él. Únicamente cuando estábamos solos le pedía que me dejara en paz, pero era absolutamente inútil, porque no tenía ninguna intención de terminar con aquello. Esta incapacidad terminó cuando un día, en la cocina mi hermana, fue a calentar la leche y vi que mi padre le cogía la mano. Quizás fuera un gesto normal, pero de repente pensé que le podría hacer una barbaridad como las que yo sufría desde hacía tanto tiempo. Entonces, grité con todas mis fuerzas '*¡Déjala en paz, hijo de puta!*'. Todos se quedaron con la boca abierta, salvo mi madre que se acercó y me cruzó la cara. Después de aquel día, en el siguiente 'momento de intimidad', le dije que a mí me podía hacer lo que quisiera, porque ya estaba podrida y sucia, pero que como supiera que le tocara un pelo a Begotxu, le mataría. Y creo que me habría atrevido a hacerlo.

Mi paso por el instituto habrá quedado para el recuerdo de los profesores y el anecdotario de la institución. Creo que pocas alumnas se hayan enfrentado tanto a los profesores, pocas hayan llegado tantas veces borrachas a clase y a pocas les habrá costado tanto terminar el BUP. Nunca hice COU. Ya no me daba el cuerpo. Así pues, en cuanto terminé el curso, me compré un billete de autobús para Irlanda. Fui sola y con poquísimo dinero, pero llevaba el contacto de un colega del *insti* que se había ido el año anterior y que me acogería en su casa hasta que encontrara curro.

Encontré trabajo en un pub del que me terminaron echando, porque me bebía más de la parte correspondiente a mi sueldo. Estuve cuatro años un tanto... perdida. Sería incapaz de mencionar todo lo que hice porque fue un ir y venir agotador: cambios de casa, cambios de pareja, continuos cambios

de porquerías de trabajo de los que me solían echar rápidamente... y, sobre todo, cambios de humor. Tan pronto me sentía eufórica, como caía en una depresión que me duraba semanas.

Volví embarazada, sin un duro y, después de todo ese tiempo fuera, sin nadie cercano a quien recurrir. Me costó muchísimo llamar a la puerta de la casa de mis padres, pero no me quedaba más remedio. Recuerdo la cara de sorpresa de mi madre y, sobre todo, la transformación inmediata en una cara de horror. Nadie sabía que esperaba un hijo y nadie me esperaba ver con ese mal aspecto . Cuando llegó mi padre a casa y me vio, puso la misma cara de sorpresa que el resto y se fue para su habitación sin decir una palabra. A la mañana siguiente, al despertarme, le oí a mi madre explicar a mi padre en qué situación había vuelto. Mi madre no sabía qué decisión tomar, pero entonces, mi padre tomó la palabra y dijo:

- Esta es su casa. Se quedará aquí.

Y así fue. Me quedé en casa de mis padres llevando exactamente la misma vida que había llevado en Irlanda. No, no me siento responsable de que mi hijo recibiera alcohol ya en mi vientre y a través de mi leche. No me siento responsable porque no era capaz ni de respirar sin un trago de alcohol. De hecho, por no sentirme responsable, no me sentí responsable ni de la criatura. Si no podía con mi ser, ¿cómo iba a poder cuidar de una cosa tan pequeña y delicada? Creo que, desde el principio, pensé que Begotxu acabaría haciéndose cargo de él. Ella ya había salido de casa y vivía felizmente con una pareja estupenda.

Incluso antes del parto, el destino me escupió de nuevo a las manos del verdugo. Ya no era igual que antes, pero sentía que el cazador me acechaba. Sus ojos no me perdían de vista. Los años que pasé viviendo en el extranjero y apartada de sus garras, si no me habían ayudado a mejorar nada de mi vida –quizás, más bien, lo contrario-, al menos sí me sirvieron para fortalecerme ante él. Nada volvería ser igual. Eso al menos era lo que pensaba yo.

Pero no contaba con mi mayor debilidad: para entonces tenía una absoluta dependencia del alcohol. En una ocasión, tuvo que venir el cerrajero a abrir la puerta, porque dejé las llaves puestas en la puerta cerrada y, cuando mi padre trató de entrar, fue imposible, como me fue imposible oír los timbrazos y golpes en la puerta que dio. Yo estaba absolutamente fuera de este mundo, tirada en el suelo cerca del baño, con un vómito al lado, los pantalones desabrochados y empapada con mi propio orín.

Un día de esos, me quedé anestesiada viendo la tele tras mi dosis de vodka. De repente, me desperté al notar unas violentas sacudidas en mi cuerpo. Mi padre estaba encima de mí como un animal. Me estaba violando. Y lo peor es que yo no tenía fuerzas para romperle la cabeza, que era lo que hubiera querido hacer. Ni para eso, ni para nada.

Mi hermana, muchas veces, dice que el padre era un tío majo, que, en el fondo, no era mala persona, que quizás le tocó vivir en una familia equivocada, que quizás él tenía otras expectativas de su vida... No sé. Ella sabe que me violó. De hecho, poco después de saberlo, se atrevió a preguntárselo.

- Pero, ¿cómo has podido hacer esto con tu hija?

Pero lo mejor fue la respuesta que recibió Begotxu.

- Si no hago esto con mi hija, ¿a quién se lo voy a hacer?

A pesar de todo, Begotxu le sigue queriendo, le sigue 'entendiendo', le sigue considerando su padre.

Me ingresaron en diversos centros de desintoxicación, pero de todos salí con pocos o ningún avance. Desde hace dos meses, estoy viviendo en un piso de la Diputación para 'inadaptadas' como yo.

Al parecer, hace unos días me quedé dormida con un cigarro encendido. No lo sé. No recuerdo nada. Supongo que bebería y... Pero no lo recuerdo. Ahora, estoy en el hospital. No me puedo mover. Tengo el cuerpo totalmente quemado. Apenas tengo minutos como estos de consciencia porque, enseguida, me aplican una dosis de morfina que me anestesia el cuerpo y la mente. No sé por qué me da que pronto voy a dejar de sufrir. Por fin se va a terminar esta pesadilla.

El arca de Matilde

Mis hijos han vaciado toda la casa. En la residencia, sólo tendré un pequeño armario para la ropa y poco más. Me parece lógico. Trato de imaginar cómo serían las residencias, si los ancianos se instalaran allí con todas las cosas que han acumulado a lo largo de la vida. Harían falta edificios mastodónticos y parecerían un gran museo. Se podría pasar de habitación en habitación y ver los recuerdos de uno que fue marino, de otra que fue soprano o de aquella que colgó los hábitos para irse con un portero de fútbol. Y todo estaría lleno de fotos de personas ausentes. Y de nostalgia. Por eso, me parece bien que no nos dejen llevar nada más que lo mínimo. Los afortunados

que aún podemos recordar bastante tenemos con el peso de la memoria. No hizo falta insistir mucho para convencerme. Y, aunque nadie asocie nada bueno con las residencias de ancianos, me hace ilusión la novedad. Resulta paradójico que un lugar para viejos sea, ya, lo único que me puede ofrecer algo nuevo en la vida. Tengo la sensación de que es como estrenar un cuaderno. Aunque sea el último de mi vida, nada me puede privar de esa emoción que produce una página en blanco, limpia y sin tachones. Otra oportunidad para escribir algo sin borrones de tinta, sin manchas de la vida. Y, para eso, lo mejor es llevar a cuestas lo menos posible. Antes de que me arrepintiera de la decisión, mis hijos ya habían empezado a desplumar la casa. Primero, los objetos que podían tener algún valor. Me ha dado pena decir adiós a la esclava que me regaló su padre y al reloj de oro que me compré con mi primera paga de maestra. Y también a la lámpara modernista que traje de París, no por la lámpara en sí, que al final, de tanto verla, resultaba empalagosa, sino porque la había adquirido en lo que fue mi primer viaje –y, prácticamente, único, si no contamos Portugal- al extranjero. Todo lo demás no me ha importado lo más mínimo. Los álbumes de fotografías, las vajillas y cuberterías, algún que otro mueble... Estoy segura de que, muy pronto, se convertirán en un estorbo en los hogares de mis hijos. Para ellos no valdrán lo que vale el espacio que ocupan. Pero, al vaciarla, han obtenido lo que más querían: la casa. No para vivir. Simplemente, podrán venderla o alquilarla. Y eso no estorba nunca. Han estado viniendo los últimos tres fines de semana para limpiarlo todo. Ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que me visitaron tan a menudo. Ahora, el espacio suena a hueco. Pero, al final, sí me he quedado con algo ines-

perado. En uno de esos días de desmantelamiento frenético, el nieto más pequeño, un torbellino de seis años que me agota sólo con mirarlo, se quedó concentrado de forma insólita. Me acerqué por detrás sin hacer ruido y vi cómo sus deditos iban señalando las imágenes en una especie de libro rudimentario. Al verlo, el corazón me dio un vuelco. Eran unas cuantas páginas cosidas con algo más parecido a la cuerda que al hilo. La portada era el dibujo de un barco lleno de animales y el título, 'El arca de Matilde'.

Como si hubieran apretado un botón, dejé de ser una octogenaria para volver a los 20 años, cuando mi primer destino de maestra me llevó a un colegio religioso de niñas en un pueblecito de interior. Después de tantos años y de las miles de criaturas que han pasado por mi aula, Matilde, aquella alumna de ocho años, de mirada limpia, también como una página en blanco, y de espíritu rebelde se hizo presente como si estuviera ahí mismo, en su pupitre de madera de la tercera fila. Arrebaté aquel manojo de hojas a mi nieto. Se lo quité de la misma manera que hace casi 60 años se lo quité a su dueña por estar más concentrada en su cuaderno casero que en la lección. Mi nieto no nos ahorró el consabido berrinche infantil, tan diferente de la actitud de su autora, que lo entregó con humildad, casi como si deseara hacerlo. Lo guardé en un cajón de mi mesa y proseguí con la historia de los reyes Católicos. Mi intención era devolvérselo a la niña al final de la clase, pero se me olvidó por completo. Y seguí sin recordarlo los dos días sucesivos. Ella tampoco me lo reclamó. Al tercer día, Matilde no vino al colegio. De hecho, ya nunca regresó. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que no le había devuelto el cuaderno. Lo rescaté del cajón y pasé varios días tratando de desen-

trañar la extrañeza que me producía. No sé por qué, el cuadernillo ha sobrevivido a las mudanzas, crianzas y limpiezas generales de casi seis décadas. Y aquí sigue, en mis manos otra vez. El dibujo del barco de la portada tiene influencias claras de las imágenes bíblicas del arca de Noé. Un casco hecho de toscos tablones con una especie de casa encima, también de madera, sobre un mar sombrío. De hecho, más que el temporal o el oleaje del agua es la oscuridad del agua y del cielo lo que mejor representa la amenaza del diluvio. En el dibujo de la tapa, no hay ni rastro de los animales. El título está escrito con una caligrafía de esas que sólo saben enseñar las monjas y que dejan una marca indeleble en cada letra de tu vida. Son letras bordadas. Muy difíciles de deshacer. La portada es, en realidad, el retrato de toda una época. Un tiempo lóbrego y triste, donde incluso el sufrimiento era amordazado. Pero lo más inquietante es el interior, donde ya nada tiene que ver con el arca, sino con los animales. Es un catálogo de fieras que pueden suponer un peligro si te las cruzas en el camino. Asimismo, incluye una serie de rústicas recomendaciones de cómo defenderse de ellas. Allí, está el oso, al que no hay que mirar de frente y del que hay que alejarse lentamente caminando en diagonal. Si te ataca, lo mejor es rendirse y adoptar una posición defensiva. Se descarta la posibilidad de huir, pues, entonces, provocarías la persecución del oso. También aparece el jabalí, ante el que hay que quedarse inmóvil y concederle espacio. Y el lobo, al que no hay que gritar ni pegar y del que sólo te puedes defender protegiendo tus zonas más vulnerables en caso de ataque. El inventario de dibujos sigue con las serpientes, las abejas y hasta los cocodrilos, de los que hay que huir en zigzag y a los que hay que evitar a toda costa

en el agua, pues podrían partirte por la mitad. Tanto los dibujos como los textos son muy elementales, pero no dejan de tener una expresividad que parece querer avisar de algo terrible. Luego, hay unas cuantas páginas vacías. Se ve que Matildita, así la llamaban para diferenciarla de su madre, tenía pensado ir aumentando su colección de animales peligrosos. Pero, al final del todo, hay un par de hojas con los trazos de un ser imaginario, mitad hombre mitad ogro. Llama la atención la desproporción de sus manos y, en lugar de estar representado en el medio natural como todos los demás, aparece dentro de una casa. El único texto que lo acompaña son las palabras 'ir lejos'.

Enseguida, todo el pueblo supo que, una noche, la madre de Matilde y la niña habían cogido un tren de madrugada y habían huido precipitadamente del pueblo. A nadie le extrañó. Según supe después, hacía mucho tiempo que se conocía la brutalidad del padre. De hecho, todo el mundo había aconsejado a Matilde, la madre, que no se casara con él, pero, una vez que lo hizo, ya nadie se preocupó de lo que ocurría dentro de aquel mal llamado hogar. En aquella época, las mujeres hablaban de los maridos como de los melones: me ha salido bueno o me ha salido malo. Pero, fuese como fuese, el melón era tuyo hasta el final. Yo charlé algunas veces con la madre. Ella y Matildita siempre iban juntas y, cuando me las cruzaba, nos parábamos un ratito. Principalmente, hablábamos de la niña. Le solía decir que no se esforzaba y que no aprovechaba las capacidades que tenía, pero ella sonreía como si no estuviera en disposición de hacer ningún reproche o exigencia a su hija. Me parecía una mujer muy dulce y delicada, aunque entristecida. Me recordaba un poco a Ingrid Bergman, tanto

por el parecido físico con la actriz como por lo que me evocaba de la película Stromboli. Una mujer delicada y soñadora en un mundo hostil y tosco. Cuando iba a la biblioteca, siempre me encontraba su firma en las fichas de préstamo de todas las novelas románticas. Una vez, incluso estuve en su casa. Durante el recreo, Matildita se había caído de una fuente y se hizo una herida en el codo. Hubo que llevarla al practicante para curarla y, al final de las clases, la acompañé a casa. La madre me lo agradeció mucho. Estuvimos en la cocina. El mantel de hule de la mesa estaba más desgastado en las partes donde se apoyan los brazos al comer. El trozo más ajado era el del que ocupaba el padre en la mesa. A él, sólo lo vi una vez y nunca intercambiamos ni una palabra. Se dedicaba a trabajar con el ganado y estaba siempre por los montes o en las cuadras. Era un hombre atractivo, a pesar de su rudeza y de ser bastante más mayor que la madre de Matildita. Puso una denuncia a su mujer por abandono del hogar. Los rumores ya se habían apaciguado, cuando se celebró el juicio. En el pueblo, no había juzgado, pero un vecino que trabajaba de ujier en de la capital se encargó de pregonar todos los detalles de la vista por los mentideros locales. Matildita no tuvo que declarar. Estuvo allí, sentada en un banco largo de madera a la puerta de la sala, esperando por si hubiera sido necesario su testimonio. Pero no hizo falta. El juez tuvo suficiente con el relato de la madre. Ya en el noviazgo hubo muchas veces que volvía a casa con la cara marcada. Empujada por los consejos que le daban familiares y amigos para que no se casara, llegó a tomar la decisión de abandonarlo. El día que se lo comunicó, engatusada de alguna manera o quizá a modo de despedida, se acostó por primera vez con él. Se quedó embarazada de Matildita. Aque-

lla circunstancia fue la puerta hacia el infierno. La niña vivía pendiente de los ruidos que se oían por la noche en el dormitorio de los padres. El violaba a la madre sistemáticamente, que sufrió varios abortos por las palizas, también sistemáticas. Cuando no podía más, Matildita, descalza por el pasillo, gritaba y amenazaba a su padre con salir a la calle y contárselo a los vecinos. Entonces, ella también recibía su merecido. La sentencia del juez ante todos estos delitos continuados fue la separación de cuerpos, es decir, cada uno por su lado. Tal vez, lo máximo a lo que se podía aspirar.

Me gustaría saber cómo habrá rellenado Matildita las páginas que quedan por dibujar en su cuaderno. Me lo llevo a la residencia. Ojala pudiera devolvérselo. En el pueblo, unos decían que se habían ido a vivir a una ciudad del sur y otros llegaron a afirmar que habían cruzado el charco. Aún así, muchas veces, he mirado a mujeres de su edad y de sus rasgos por si pudiera reconocerla, ahora, de mayor. ¿Habrán sido sus cielos azules de nubes blancas? Dicen que las hijas de maltratadores suelen acabar con otro igual. Pero ella creció aprendiendo a huir de todas las fieras, incluso de las más horrendas. No puedo imaginar que conviva con ellas. ¿Y la madre? Por muy duro que le resultara salir adelante, más grande sería su sensación de liberación. Una mujer sola con una hija pequeña era un caramelo para esos depredadores dispuestos a aprovecharse de las situaciones de debilidad. Es como si todo hubiera estado predispuesto para exigir a aquellas mujeres un esfuerzo sobrehumano sólo en la búsqueda de su supervivencia. He pensado que, con los medios de ahora, podría intentar localizar a aquella niña que, hoy, ya estará jubilada. Al fin y al cabo, pienso que, cuando le quité el cuaderno, me lo entregó

como si tratara de decirme algo. O hacerme alguna pregunta como ¿es normal esto que nos pasa a mi madre y a mí? ¿Es así la vida de las mujeres? No sé que hubiera hecho de haber captado antes el mensaje. Aunque me sienta mezquina, me alegro de no haber conocido la realidad hasta después de que madre e hija desaparecieran del pueblo. Me temo que, como todos los demás, lo único que habría hecho es indignarme en secreto y comentarlo sólo con los afines. Pero, entonces, habría sido mucho más difícil soportar el peso de sus miradas. Ahora, podría hablar con ella de otra manera. No para justificarme, sino por el puro deseo de poder hacer llegar algo de consuelo a la niña que fue. Tampoco me gustaría aparecer y rescatar de su memoria lo que, seguramente, quiere olvidar. Sólo con ver sus ojos sabría si ha descubierto que la vida de las mujeres no es así. Creo que, cuando ella me entregó el cuaderno, ya se estaba librando de las fieras. Tal vez, aquellas hojas en blanco que dejó sin dibujar sean, ahora, las que yo tengo que rellenar. Sí, creo que completaré el arca de Matilde. En la residencia recopilaré material. Allí hay muchas mujeres y, en algún momento de su vida, cualquier mujer se ha encontrado con una fiera en el camino.

Casi

Bajé de cenar un poco más tarde y vi que no estaban en el banco que quedábamos todas las noches, así que imaginé que habrían ido al paseo de la playa.

Era una noche estupenda de verano, pero, como siempre en el norte, si vas a salir, no te puedes olvidar de llevar un jersey por si acaso. No me extraña que los madrileños suban a estas latitudes a pasar el verano. Y así iba yo, con mis pantalones largos, mi camisa de manga larga, mi jersey y -detalle de importancia- con unos zapatos de tacón que me compré con mi padre. De hecho, son los únicos que me he comprado con él. No me preguntes por qué elegí aquellos zapatos. Recuerdo

perfectamente entrar con él a La Palma, estar sentada en uno de sus butacones, tener delante muchos zapatos y... luego, al llegar a casa, sacar aquellos zapatos de la caja. Eran unos zapatos de color 'crema', con cierta punta y con tacón fino. Vamos, eran los zapatos-antípodas de lo que yo acostumbraba a calzar, siempre plano y cómodo. Si tuviera ganas, quizás lo consultaría con algún psicólogo o lo que fuera, pero, la verdad, tampoco me preocupa mucho saber por qué los elegí. Por cierto, los pobres terminaron teñidos de negro y usados 'todo lo que pude'.

Bueno, el caso es que aquella noche iba yo al paseo de la playa con ellos calzados en los pies. De mi casa al paseo habrá unos 200 m. Delante hay una iglesia y luego dos tramos de calle. La playa lleva ahí toda la vida y la casa de mis padres desde que yo tenía siete u ocho años. Aquel verano, ya tenía 10 años más, así que el terreno era muy conocido. Pasé el primer tramo de calle y, cuando iba a cruzar la carretera para pasar al segundo... sentí un poco de temor porque no había ni una sola bombilla en todo el tramo.

Conocía perfectamente los chalets de cada lado, pero... no era una calle muy frecuentada y tanta oscuridad... se me atragantó. Así pues, decidí acceder al paseo por la siguiente entrada que estaba algo más iluminada y, por lo general, algo más frecuentada.

Giré a la izquierda y, en ese pequeño tramo de carretera, me crucé con un ser. Era varón, pero poco más podría haber dicho de él si hubiera pasado de largo. Pero no lo hizo. Parece que, al cruzarse conmigo, cambió de planes. De repente, noté que me ponía el brazo por los hombros. Su aliento olía bastante a alcohol.

- Hola. Ven conmigo. Nos lo vamos a pasar muy bien- me dijo.

Le pedí que me soltara y traté de quitarle la mano de mi hombro, pero a pesar de ser una joven fuerte -en esa edad lo era-, en lugar de quitarle yo la mano, el me cogió mis dos manos y me volvió a repetir que me fuera con él. Ya no sonreía. Su tono era diferente, más tenso.

No me podía creer que me estuviera pasando a mí. Pero, ¿qué pretende este tío? ¿Qué hay que hacer ahora? ¿Qué puedo hacer? ¡Joder! La cabeza no reaccionaba y el corazón me iba a explotar. Solo se me ocurrió amenazarle con gritar. Me dijo que me callara y trataba de arrastrarme precisamente hacia la entrada de la playa a la que yo pretendía ir. Era imposible soltarme las manos. Su fuerza era muy superior a la mía. No podía hacer nada... ¿Qué hago?

Empecé a gritar con la mezcla exacta de vergüenza y terror.

- ¡Socorro! ¡Socorro!

Ahora ya sé que es preferible gritar ¡Fuego! ¡Fuego! Por lo que se ve, hay más posibilidades de que alguien acuda a esta última llamada, pero entonces no lo sabía. Al gritar, el tipo aquel soltó una mano y la lanzó contra mi cara. Por suerte o por lo que sea, esquivé el golpe -¡No sé qué hubiera pasado si me da!-.

Al quedar una de mis manos liberada y ver que yo seguía dispuesta a chillar, me lanzó una patada que me impactó de lleno en la pierna, pero aguantó aquella embestida. Volví a gritar.

- ¡Socorro! ¡Socorro!

El tipo se empezó a alejar, pero también seguía gritando.

- Te vas a enterar. Voy a venir ahora con mis amigos y te vas a enterar. ¡Puta! Te vas a enterar.

Me quedé en medio de aquella carretera que era el único punto de luz en 80 m. y con un tipo que había prometido venir con sus amigos... Entonces, se acercó un coche. Pensé pararlo y decirle a los ocupantes lo que me había pasado y que me acercaran a casa. Era una distancia absolutamente ridícula para hacer en coche, pero no podía dar un paso. Estaba aterrorizada. Cuando el coche estaba prácticamente parado pensé ¿y si son unos como el que me acabo de encontrar?

Me retiré a un lado, me quité los zapatos-antípodas y eché a correr como si me siguiera el diablo hasta mi casa. Al pasar por delante del banco donde siempre quedábamos, vi que allí estaban mis amigas charlando tranquilamente y cantando alguna canción de Mocedades con la guitarra de Mari Mar. Todo estaba tranquilo. Aquella parte del mundo tan cercana a donde yo había estado, ignoraba por completo el horror que podía haber padecido y el que, posiblemente, pudo padecer alguna otra esa o cualquier otra noche.

Acoso

1 de junio de 2010

Hoy cumplo 22 añazos. Por fin, voy a celebrar algo sin el capullo de Ander. Después de cinco meses saliendo con él, lo único que me ha quedado claro es que no me tenía ningún cariño y que lo único que quería era follarme. El muy jeta me sacaba todos los kalimotxos y, luego, se gastaba su dinero con los colegas.

Ya ha vuelto con su ex novia y..., la verdad, mejor para mí. Eso que me he quitado de encima. Creo que voy a estar mucho tiempo sin pareja. ¡Qué descanso!

(...)

12 de agosto de 2010

Empiezo a currar en la oficina de una ong. Estoy muy ilusionada. Ahora, por lo menos podré tener una vida un poco más 'normal' porque, con lo que sacaba en la pizzería, no me llegaba más que para pagar la habitación, comer y poco más. Ahora podré tener mi casa propia y hasta pensar en irme de vacaciones por ahí. ¡Bien!

(...)

8 de marzo de 2011

Como todos los años, he quedado con mi ama para ir a la mani. También han venido unas amigas suyas. He coincidido con algunas coleguis del curro. La verdad es que me gusta esta mani, pero se ve poca gente joven. Bueno, yo creo que hay que seguir yendo porque me parece que aún faltan muchas cosas que hacer y eso de la igualdad... tengo mis dudas de que sea real.

(...)

22 de agosto de 2011

He estado en el concierto de *Madre nostrum* con Mattalen. ¡Qué guay! Ha sido brutal todo: el ambiente, el grupo... Le hemos visto a Carlos, pero... buf...

Aunque se ha puesto un poco pesadito el tío, ya le he dicho que yo no quería nada con él, que lo que tuvimos lo tuvimos y ya está. Prefiero estar sola. Es más, estoy feliz sin relaciones que me aten.

Después del concierto nos hemos ido a tomar algo y Mattalen me ha estado hablando de cómo le va la vida con Jon. Lleva ya unos cuantos meses con él. Está supercontenta. ¡Mira qué bien!

(...)

24 de abril de 2012

Joseba es un tío super majo. No es como los demás. Me gusta mucho estar con él. Hablamos mogollón de temas de la ong y de la vida en general. El otro día fuimos juntos a la manifestación contra el acuerdo de Europa y Turquía y luego nos quedamos hablando de los refugiados y la situación en la que están. Me gusta mucho el enfoque que da a las cosas.

(...)

30 de abril de 2012

Tiene 33 años, 11 más que yo. Está divorciado y tiene una hija. No sé qué le pudo ocurrir con su pareja, pero si él no me lo cuenta, yo no pienso preguntarle. Me gusta ser respetuosa. Ayer, me dijo que él no quería nada conmigo, que es que le caigo muy bien y tal, que el interés que tiene en mí es como amiga, que no se acercaba a mí para echarme un polvo. Es super legal.

Cada vez pasamos más tiempo juntos y cada vez me gusta más estar con él. Me hace sentirme de puta madre, super segura, super a gusto. Es un *crack*.

(....)

20 de mayo de 2012

No sé exactamente cómo ha sido, pero Joseba está instalado en mi casa. Prácticamente una semana después de empezar a enrollarnos, empezó a traer pertenencias a casa. Primero se quedaba a dormir algún día que otro, pero, como él vivía en Bakio, por no andar todo el día de un lado para otro, pues... se vino a casa. Hoy mismo ha traído dos bolsas más de ropa y cosas.

¡Estoy enamoradaaaaa! Me encanta que haya venido a casa.

(...)

28 de mayo de 2012

Me gusta que se sienta bien conmigo. Es tanto el amor que siento por él que podría hacer cualquier cosa que me pidiera. Por ejemplo, a Joseba no le gustan las redes sociales. Ya me lo ha dicho varias veces y, el caso es que hasta parece que le molesta que yo me conecte a Facebook, así que voy a procurar no conectarme, al menos, cuando él esté en casa.

(...)

1 de junio de 2012

Estoy muy contenta con Joseba. Creo que nos entendemos. En la cama lo pasamos bien. Le gusta hacer juegos y tener fantasías. La mayoría me divierten. Me hace mucha gracia ese punto de morbo que tiene. Creo que es el hombre de mi vida.

Por cierto, hemos empezado a ahorrar para irnos de vacaciones. Este año no podrá ser en agosto porque tengo que currar, pero pensamos largarnos por ahí en octubre. ¡Qué ganas!

(...)

18 de julio de 2012

He quedado con Jokin. Me ha invitado porque era su cumpleaños. Jo, hacía un montón que no lo veía. Lo hemos pasado muy bien. También han aparecido unos cuantos amigos suyos por el 'Alba' y... ¡joé!, hacía tiempo que no salía y lo hemos pasado de puta madre.

(...)

20 de julio de 2012

Me parece que voy a tener que dejar de quedar con Jokin, porque ayer Joseba y yo tuvimos una pequeña movida. Me levanté y dijo que tenía una deuda y que a ver si lo podía ayudar. Le dije que 'por supuesto' y me pidió 500 €. Me contó

que, cuando le dije que me marchaba con Jokin, se quedó supertriste. No sabía qué hacer. Me echaba de menos. No dejaba de pensar lo que estaríamos haciendo… y se largó al bingo. Para él ha sido una tragedia, porque ha recaído en esa maldita adicción.

Me he quedado fatal. No sabía que fuera tan sensible y que esas cosas le afectaran tanto.

Le he dado el dinero, porque confío en él. Es verdad que con el dinero no sé qué anda. Muchas veces, está sin un duro porque no puede sacar dinero de su cuenta, salvo que le acompañe su madre. Imagino que será por esa adicción. Al final, me toca pagar lo que me corresponde y… algo más. De todas formas, estoy segura de que no se volverá a repetir. Nos lo hemos prometido.

(…)

17 de agosto de 2012

Cuando he llegado a casa, no estaba. Al principio, no le he dado importancia, pero han pasado un montón de horas y no sé dónde ir a buscarle.

(…)

18 de agosto de 2012

Me dijo que había estado por ahí. ¡Hala, 'por ahí'! Al final, no le quedó más remedio que decirme que estuvo en el bingo, porque tuvo que volver a pedirme dinero. Me temo que, cada vez que desaparece de casa, va allí. Esta vez han sido 400 €. No entiendo por qué le dejan entrar en las salas de juego porque, si es adicto, lo tendría que tener prohibido, ¿no? Vamos, yo siempre he oído eso a la peña. Voy a investigar a ver cómo está eso.

(…)

28 de agosto de 2012

No hay nada que hacer: tiene que ir él voluntariamente a la policía a autoreconocerse como adicto; entonces es cuando comunicarían su nombre a las salas de juego para que no lo dejen entrar. Me temo que va a seguir enganchado.

Además de las rayitas de speed, el juego.

(...)

5 de septiembre de 2012

Dentro de nada me operan del cuello del útero. ¡Qué mala pata! Aquel capullo con el que estuve me pasó esa mierda y ahora.... No sé cómo se lo va a tomar Joseba. Imagino que no le importará demasiado porque sabe que fue antes de estar con él, pero como a veces se toma estas cosas tan mal... no sé.

(...)

2 de octubre de 2012

Esta semana he estado en casa reponiéndome de la operación de útero me hicieron el día 18. Pensaba que Joseba se quedaría conmigo cuidándome, pero no ha sido así. Me vino a recoger al hospital y yo, nada más llegar a casa, me metí en la cama porque no podía con mi cuerpo. Él se fue a ver la tele. Esa misma noche, vino a la cama y quería follar. Le dije que yo no podía, que me sentía fatal. El insistió. Decía que había estado a dos velas mientras yo había estado ingresada -total, una semana- y que...

Pues nada, al ver que no podía, se piró de casa. Apareció tres días más tarde. Justo pasó por la habitación para coger algo y, al ver que estaba despierta, me preguntó a ver qué tal estaba. Daba igual lo que le dijera, porque no escuchaba. Se veía que tenía prisa por largarse, así que le dije que bien y se piró.

Esta mañana, cuando me he levantado, él estaba en el sofá, delante de la tele, con el porno puesto. Tenía la polla fuera y granate. Los ojos totalmente dilatados. Lo normal. Lo que más me ha jodido es que ha desaparecido el dinero que teníamos guardado para ir de vacaciones. Yo quería... necesitaba salir por ahí. Tenía una ilusión tremenda... Habíamos pensado ir a Amsterdam... Lo teníamos todo pensado... Me he enfadado un montón, le he dicho que era un capullo, que no había derecho, que ese dinero era también mío. Me ha respondido que 'si no hubiera sido una guarra, no habría pasado todo esto'. No hacía más que repetir que a ver qué iba a hacer él si estaba solo, si llevaba no sé cuánto tiempo sin poder follar conmigo... Él tenía que buscarse otras cosas que le distrajeran.

Cuando me dice eso, no sé ni qué contestar, porque puede que tenga razón. Me quiere tanto que, si falto por lo que sea, se hunde y tiene que refugiarse en el speed, en el juego... Lo estoy fastidiando sin querer.

(...)

3 de noviembre de 2012

Joder con Joseba. Cuando he llegado a casa, no había comprado nada para comer; claro, y tampoco había hecho nada de comida. Encima estaba en la sala delante de la tele viendo una película porno. No entiendo por qué tiene esa fijación con el porno. ¿No le sirve estar conmigo?

Cuando le he preguntado a ver de qué va con esas películas, por llamarlas de alguna manera, me ha dicho que la culpa era mía porque no le dejaba tener relaciones por detrás y que mientras no le dejara, él seguiría viendo porno. Joder, es la hostia. Es que no me gusta, no me siento nada cómoda. No pienso acceder a ese capricho. Ya jugamos a otras cosas y no

tengo por qué pasar por ahí... No sé cómo puedo arreglar esto.

(...)

20 de noviembre de 2012

Hoy hemos salido por ahí a celebrar que llevamos seis meses 'casados', viviendo juntos, y hemos vuelto un poco alegres a casa. Joseba me ha vuelto a pedir que grabemos un video mientras le como la polla. Le gusta mucho, se lo noto perfectamente. En cuanto enciende la cámara, se pone super cachondo. ¡Qué cabrón!

Al principio, me hacía más gracia. Ahora, no tanta, pero me gusta complacerle. Además, al final, siempre hacemos lo que él quiere, porque si se me ocurre decirle que no quiero sexo, se enfada y, al final, hace lo que sea para follar conmigo. Así que, hoy, de nuevo peli porno conmigo de protagonista.

(...)

30 de noviembre de 2012

He dejado de quedar con mis amigas, porque a Joseba no le cae bien ninguna. Dice que con él ya me tendría que valer, si es que le quiero. En su día, dijo que Karmele era una mala amiga y todo viene porque un día leyó un whatsapp en el que me decía que Joseba le daba mal rollo. De Mattalen dice que sólo quiere quedar conmigo cuando se enfada con su novio. Y así, con todas. Todas tienen alguna pega y, por una cosa u otra, ninguna me conviene. La última vez que quedé con Anna para tomar algo, cuando volví a casa, me encontré que él no estaba. Una vez más, había desaparecido. No me quedó más remedio que ir a sacarle del bingo. Cuando estábamos en casa me explicó que no soportaba quedarse solo y que, si yo me marchaba con mis amigas, a él no le quedaba más remedio que buscarse la vida.

A veces, tengo la sensación de que me quiere tanto que no puede vivir sin mí. Yo también lo quiero mucho, pero... algo no va bien. Siempre recae en lo mismo.

(...)

10 de diciembre de 2012

Joseba está todo el día criticando a mis compañeros de trabajo. Dice que ellos son la causa de mi malestar. Cree que todos quieren follar conmigo o que todos se quieren aprovechar de mí. Yo creo que no es así porque la inmensa mayoría son supermajos, pero lo que sí sé es que no estoy muy bien. Desde mayo he adelgazado 8 kilos. Creo que algún día de estos voy a ir al médico porque no me encuentro muy bien.

(...)

19 de diciembre de 2012

Después de mirármelo todo, el médico me ha dado la baja. Al parecer, tengo depresión. No sé qué voy a decirles a mis padres. Están intranquilos y no quiero que se preocupen por mí. Me preguntan si me va bien con Joseba, pero no quiero que se metan en mi vida. Prefiero que no sepan nada de mi relación con él.

Ahora estoy en casa todo el día. Me gustaría poder hablar con la peña a través de Facebook o de Twitter, al menos mientras Joseba está currando, pero en agosto borré las aplicaciones del ordenador y del teléfono. Él me dijo que estaba colgada con las redes sociales, que les dedicaba más tiempo que a él y que la gente con la que contactaba era gilipollas, que en Facebook no se decían más que chorradas, que era un cotilleo permanente... Al final, tomé la decisión de borrarlo todo, pero ahora que estoy aquí en casa sola, pues... aunque sea malo, me gustaría conectarme un rato.

Tampoco tengo whatsapp. Este me lo borró Joseba del móvil. No soportaba que estuviera todo el rato sonando el pitidito del mensaje recibido. Tenía razón. Recibía muchos mensajes de colegas y la mayoría eran chorradas, así que… no me importó que lo borrara. Total, sin ellos estamos más tranquilos.

(…)

23 de diciembre de 2012

Mis padres quieren que pase la Navidad con ellos. Creen que me van a cuidar mejor, que me va a venir mejor estar unos días con ellos, etc. No sé qué hacer porque llevo unos días en casa y estoy comprobando que Joseba lleva una vida distinta de la que yo creía que llevaba. Todos los días se pone con el speed, todos los días está pegado a su porno –no le importa que yo esté en casa-, todos los días apuesta en un bingo on-line…

Le pregunto todo el rato por qué hace todo eso y resulta que es todo por mi culpa. Cree que me alejo de él porque le digo que mis padres me han dicho que pase la Navidad con ellos. Cree que mis padres nos quieren separar y que es mejor que no esté tanto con ellos, que no les haga tanto caso, que ya soy mayor para tomar mis propias decisiones, que como él nadie me va a querer. Yo también le quiero mucho.

Me ha pedido perdón y me ha dicho que va a tratar de no recaer en todas esas cosas.

(…)

10 de enero de 2013

Ha estado unos días cuidándose, pero enseguida ha vuelto a recaer. Ayer, de nuevo, estuvo en el bingo y, una vez más, le he tenido que dejar dinero para pagar la púa que ha dejado. Me he hartado: he ido al bingo y les he montado un pollo de la

hostia. No hay derecho. Le prestan dinero para jugar porque saben que luego voy a ir yo a pagar.

(...)

23 de enero de 2013

Mi ama está preocupada porque me ve con mala cara, pero no le quiero preocupar. Me pregunta a ver qué me pasa y yo procuro decirle que todo va bien, que estoy muy bien, pero no es así.

Joseba no hace más que insistir que no lo quiero de verdad porque si le quisiera de verdad no necesitaría a nadie más, ni a mis amigas, ni a mis padres, ni a nadie. Esa era la razón por la que él tenía que recurrir al juego, la droga o el porno. Ayer me lo volvió a repetir y me dijo que en cuanto yo dejara todo eso, él haría lo mismo. Cogió la puerta y se marchó de casa enfadado. Yo salí tras él y en medio de la calle me eché al suelo agarrándome a su pierna para que no se marchara. Lo quiero y lo necesito.

(...)

28 de enero de 2013

He decidido dejar la terapia que empecé porque para que sirva de algo, tengo que decir la verdad y... no puedo. No le puedo hacer eso a Joseba. Tengo que mentir. Creo que me voy a conformar con el picotazo de valium que me dan en el centro de salud cada vez que tenemos bronca. Después del picotazo, llega la calma.

(...)

13 de febrero de 2013

Desde que volví a trabajo, Joseba no hace más que insistir en que lo deje, que no vuelva a currar. Dice que con lo que gana en su curro es suficiente y que no hay necesidad de que

yo trabaje. He tratado de hacerle entender que no podríamos porque él tiene que pagar su piso, tiene limitado el gasto y el dinero que tiene lo tiene para pagar sus cosas. Yo por mi parte tengo que seguir pagando el crédito de mi piso y pagar los gastos de la casa.

No sé qué idea se hace de las cosas porque él, desde que tiene mi tarjeta y las claves, sabe perfectamente los gastos que tengo. El tiene que saber que no puedo dejar el curro.

(…)

3 de marzo de 2013

Ayer discutimos de nuevo. Yo no puedo más. Me puse como una loca. Pegué un golpe en la pared y me rompí un dedo de la mano. Tuve que ir a urgencias y, por supuesto, fui sola.

Hoy me ha llamado mi ama para ver qué tal estaba y me ha invitado a comer. Joseba ha dicho que me acompañaba para que les diera la versión oficial de lo ocurrido y de nuestra relación. Ha ido todo 'bien' hasta que mi aita ha empezado a decir que no entendía nada, que a ver qué me pasaba porque había adelgazado, que me veía muy triste… y que todo eso no podía ser solo por el trabajo, que tenía que haber algo más. Joseba ha empezado a contestarle y ha ido subiendo el tono de la voz hasta que se ha puesto hecho una fiera. Al final, se ha marchado de casa de mis padres de muy mala manera, con portazo incluido.

Cuando nos hemos quedado solos, les he contado a mis padres toda la verdad: que me ha dejado sin un duro, que la relación que tenía era la que era… Mi madre ha roto a llorar y ya no ha parado en todo el rato. Y mi padre tenía descompuesta la cara, parecía de cera. No sé qué consecuencias tendrá lo que

he hecho, pero lo que sí sé es que, desde que se lo he dicho, me he empezado a sentir mucho mejor . Me he despedido de ellos con un fuerte abrazo.

Ahora estoy en casa sola.

(...)

6 de marzo de 2013

Joseba me ha llamado y me ha dicho que no piensa volver a mi casa y que si realmente lo quiero, que ya sé lo que tengo que hacer. De momento, antes de tomar una decisión sobre esta relación, me voy con mi familia fuera de Bilbao.

(...)

12 de marzo de 2013

No hace más que llamarme para decirme todo lo que me quiere, lo arrepentido que está, para pedirme que lo perdone porque el verdadero amor lo perdona todo, etc. Si mi ama se entera de que lo voy a ver, me mata, pero creo que necesito verlo para saber qué siento por él.

(...)

2 de abril de 2013

Todo sigue igual. No ha cambiado nada. El sigue con sus mismas costumbres. Ahora solo está en casa cuando le apetece. Así que cuando tenemos la más mínima bronca, se pira.

Al curro ha llegado la publicidad de unas jornadas sobre violencia de género. Creo que me voy a apuntar.

(...)

7 de abril de 2013

Han sido unas jornadas cortas, pero lo suficientemente intensas como para abrirme los ojos. Nunca pensé que pudiera llorar tanto. Me he sentido reflejada en muchos de los testimonios que he escuchado. Parece mentira después de lo 'femi-

nista' que yo pensaba que era, al final, estuviera obsesionada con eso del 'amor romántico'; amor que me ha convertido en una esclava de la 'persona amada'.

Ahora tengo que pensar qué puedo hacer con todo esto que he aprendido. Quizás debería empezar por retomar la amistad con mis amigas.

(...)

28 de abril de 2013

Es evidente que, haga lo que haga, él va a seguir haciendo lo mismo, así que voy a seguir quedando con mis amigas y voy a seguir yendo a comer a casa de mi ama cuando me invite. Por cierto, a veces me da cosa engañarla de esta manera. Ella está tranquila porque cree que no estoy con él, pero si se entera, le da algo.

(...)

5 de mayo de 2013

Pobre ama. No hay derecho. Se ha enterado de que Joseba está en mi casa. Se ha llevado un disgusto tremendo. Lleva cuatro días sin llamarme y sin cogerme el teléfono. Estoy preocupada por el daño que le he hecho.

(...)

6 de mayo de 2013

Esta tarde, Joseba me ha dicho que tenía que elegir entre mis padres o él. Según él, debería borrar sus teléfonos de mi móvil y no volver a verlos. Enseguida le he dado la respuesta: ellos, pero, en cuanto se lo he dicho, he sentido pánico por lo que pudiera hacerme y he escapado de casa corriendo.

(...)

15 de mayo de 2013

Desde que elegí a mis padres en lugar de a él, le he pedido

un montón de veces que se lleve sus cosas de mi casa y que me deje las llaves, pero ha dado largas. Ayer le di un ultimátum: esta tarde se lo he dejado todo empaquetado para que lo coja. Si no hubiera venido a por ello, había pensado llevárselo al contenedor de la ropa.

(...)

26 de junio de 2013

Sigue enviándome mensajes para que nos veamos, para que seamos amigos... pero yo ya no quiero saber nada de él.

(...)

20 de julio de 2013

Lo he denunciado por acoso porque más allá de los mensajitos supuestamente amorosos que me manda, me ha empezado a enviar otros de los que se deduce que está controlando mi casa. He sentido miedo y, además, quiero terminar definitivamente con esta historia.

(...)

12 de agosto de 2013

La pesadilla continúa. Ayer me llamó ama para decirme que el padre de Joseba apareció en el bar donde mi padre va con sus amigos y le empezó a decir que su hija era una mala persona, que le había destrozado la vida a su hijo que había hecho todo por ella y que yo era una puta y una guarra... que tenía videos míos que lo demostraban. Resultado: a mi padre le ha dado un ataque de ansiedad. Hoy no ha podido ir a trabajar. Está hecho polvo.

Pobre aita. ¡Vaya cabrones!

(...)

20 de agosto de 2013

Parece que la familia de Joseba se ha empeñado en desqui-

ciarle a mi padre. Ayer fueron Joseba y su madre quienes le increparon, me insultaron y amenazaron a mi padre. ¿Cuándo va a terminar esta pesadilla? ¿Por qué se meten con mi padre?

(.....)

5 de septiembre de 2013

La madre de Joseba ha puesto una denuncia contra mi padre por agresión. Estoy segura de que mi padre no la agredió ni mucho menos. Me ha explicado que lo único que hizo fue apartarla, porque le tenían arrinconado y estaba super agobiado. El caso es que le han pedido una indemnización de 4.000 euros.

No quiero ni pensar que, después de que el cabrón de Joseba me limpiara los 4.000 € que tenía ahorrados, ahora mi padre pudiera tener que pagar otros tantos a esta familia de encubridores del agresor.

(...)

10 de mayo de 2014

Por fin ha salido la sentencia. No le dan la razón a mi padre, pero tampoco a la familia de Joseba. Parece que, por fin, se ha terminado definitivamente la pesadilla que empezó hace cuatro años.

(...)

27 de julio de 2016

Ahora pienso y me siento así:

Me arrepiento de haber mentido tanto. A mis amigos, a mis padres, en el curro... durante todos esos meses, mentí a todo el mundo y a mí misma. Eso no puede ser así. Pero quizás lo más grave es pensar que por el amor había que hacerlo todo. Me llegué a convertir en su esclava. Ahora, sé que el amor de mi vida soy yo y, luego, ya compartiré con alguien lo que sea.

Me pregunto qué habrá sido de aquellos videos que me grababa. No lo quiero ni pensar. Si se los enseñó hasta a su padre... ¿qué habrá hecho con ellos?

Siento muchísimo el daño que les hice a mis padres. Desde entonces, mi padre se ha quedado tocado. Ha envejecido un montón. Aun me dice 'Sigo sin entender cómo estuviste con alguien así'. No le puedo contestar nada, porque yo tampoco lo entiendo.

Antes de esa relación no me consideraba feminista. Pensaba que, más o menos, las mujeres ya habíamos conquistado la igualdad. Por supuesto, veía con buenos ojos el feminismo y apreciaba sus aportaciones históricas, pero no me definía como tal ni me preocupaba especialmente de estar al día de sus teorías y reinvindicaciones. Ahora, sin embargo, me considero feminista. Sin el feminismo, a día de hoy, no estaría feliz.

Ahora, me he convertido en una persona capaz de detectar a un agresor de mujeres enseguida. Y también detecto enseguida las micro-violencias que ejercen los hombres sobre las mujeres, incluso las que ejercen muchas mujeres sobre otras mujeres. Un a sociedad machista es lo que tiene. Produce individuos machistas. Yo, ahora, no dejo que nadie opine en mi nombre, ni que se opine sobre mi imagen ni sobre mi cuerpo. He vuelto a hacer terapia y, así, trato de recuperar lo que yo era antes. Por ejemplo, antes Joseba no quería que me maquillara, ni que llevara el pelo de no sé qué manera... ahora estoy aprendiendo a ser yo misma de nuevo. Estoy volviendo a recuperar la confianza en mí misma.

Mi forma de relacionarme con los chicos ha cambiado. He tenido relaciones, pero ninguna seria ni estable.

Desde que terminé esta relación, procuro no ir nunca sola hasta casa.

Algunas veces me dicen que soy extremista y yo les contesto que extremismo es que nos maten por el hecho de ser mujeres.

relato

Arrivederci

Me enamoré de alguien por el que habría muerto,
y eso es una verdadera droga, ¿no crees?
Amy Winehouse

Hace el equipaje despacio. En contraste con la aceleración que está experimentando su vida, se demora con cada prenda. A veces, se reconoce vívidamente en Andy, de Toy Story 3. ¡Un dibujo animado! Ella aun no lo sabe, pero, en realidad, todos esos sentimientos son el duelo por su despedida. Irse de Erasmus no es un simple viaje. Es uno de esos acontecimientos que, más que cambiarte la vida, te cambia a ti para siempre.

El precio es dejar atrás una parte de lo que eres. Ya no volverás a ser la misma y nunca sabes si la que está por llegar va a resultar mejor.

Soraya se llama así por una tía-abuela a la que no conoció. Se murió a destiempo. Es decir, joven. Lo peor no es eso. Lo peor es que la mató de una paliza su propio marido, poco después de casarse. De pequeña, Soraya estaba muy orgullosa de su nombre. Lo de tía-abuela le sonaba más importante que abuela a secas.

Entonces, nadie le había contado el final de la tía-abuela. Ahora que lo sabe no le agrada tanto. Siente una pena amarga por aquella mujer a la que debe el nombre. Le irrita más pensar en la injusticia que en la propia muerte. Para zafarse de esa desazón, piensa que ahora son otros tiempos. Esa misma tía-abuela, por ejemplo, jamás salió del pueblo, sólo una vez que fue a una boda a Bilbao, mientras que la Soraya actual se va de Erasmus a Italia. Sí, el mundo ha cambiado mucho en poco tiempo. Ahora, las chicas tenemos acceso a todo, igual que ellos.

Coge la camiseta azul. Vacila sobre si meterla en la maleta o no. Está muy vieja y desgastada, pero ha sido la camiseta favorita durante mucho tiempo. Duda. Si la deja, seguro que su madre la tirará a la basura. ¿Se irán, entonces, al mismo sitio los recuerdos que tiene con ella? Llevaba esa camiseta cuando conoció a Eneko. Tiene unos dibujos de comic y está inspirada en la versión de *'Shot me down'* de David Guetta.

Coincidieron en el concierto que el DJ dio en el BEC. Fue apoteósico. Eneko es primo de una de la mejores de amigas de Soraya. Cuando sonó *'Lovers on the sun'*, la gente estaba fuera de sí. Miles de personas se movían al unísono. El DJ marcaba

el latido de todos. Eneko ya se había colocado estratégicamente detrás de Soraya y, en medio del frenesí colectivo, le susurró al oído algo así como '¿quieres quemarte conmigo?'. Aquel soplo cálido en la nuca la hizo estremecer. Como el perfume, cuando se pone donde late la vena y se expande por toda la piel, un temblor le recorrió el cuerpo. Era una sensación totalmente nueva y desconocida. Y muy placentera.

Al final, Soraya pospone la decisión sobre la camiseta. Inaugura un apartado encima de la cama con prendas dudosas. Sigue sacando cosas del armario. Por supuesto, los patines se quedan en casa. Lo mismo que el paraguas que le trajo su padre de Londres y el jersey nuevo que su madre se empeñó en comprar en las últimas rebajas. Es superñoño. La cazadora vaquera, imprescindible. Lo mismo que las botas Martens que tanto le costó conseguir. Su madre decía que no se gastaba el dinero en un calzado tan tosco y *punkie*. Tuvo que ahorrar de su propia paga durante tres meses para poder hacerse con ellas. Ocupaban mucho, así que se las va a llevar puestas. Tampoco pueden faltar los pantalones de cuadros escoceses ni los de camuflaje, inseparables de las botas. Las camisetas de tirantes, todas. En cambio, la blusa blanca con estampado de barquitos y los chinos de color beige están descartados. Sólo sirven para ir a visitar a la abuela. Cada prenda tiene un carácter. Soraya se queda ensimismada pensando cómo ha podido vestirse con algunas de ellas. En ese momento, entra su madre en la habitación.

- ¿Cómo vas, cariño? ¿Quieres que te ayude?

- No, no hace falta. Ya casi lo tengo enfilado.

Como un helicóptero, los ojos de la madre sobrevuelan el escenario. Enseguida, se da cuenta del tipo de equipaje que está haciendo su hija. Trata de no intervenir, pero es superior a sus fuerzas.

- ¿Y esta blusa? ¿Por qué no te la llevas por si acaso tienes que ir a algún sitio un poco más vestida?

- Que no, ama. Es una horterada. Si hace falta, con el vestido negro tengo de sobra.

La madre repara en la camiseta de David Guetta y pregunta. Se lleva una alegría cuando Soraya le dice que no está segura de qué hacer con ella. La madre sugiere reducirla a trapos para limpiar el polvo o los cristales.

A ella también le recuerda el noviazgo de su hija con Eneko. Es un chico guapo, simpático y bien educado. No se puede pedir más. Sin embargo, no veía a su hija feliz. Se alegra mucho de que lo hayan dejado. Aunque el precio sea la ausencia de la 'niña'. ¡Bendito Erasmus, que ha logrado disolver el noviazgo! Durante casi dos años, ha visto a su Sorayita desquiciada con el muchacho. Esa relación ha hecho sufrir a las dos. Cada uno tendrá derecho a cometer sus propios errores, pero se hace cuesta arriba ver los de tus hijos y no poder hacer nada. Cuando, poco después del famoso concierto, empezaron a salir, la madre ya tuvo sus prevenciones. No sólo las lógicas, sino un poco más. Su olfato se disparó desde el principio. Ella conoce al padre de Eneko. Tienen amigos comunes y, de

vez en cuando, coinciden en alguna celebración. También es apuesto y abierto, pero a ella se le hace insoportable su actitud chulesca y su forma de hablar. Da lo mismo de qué se trate. Coches, vinos, informática... Él siempre acaba menospreciando lo que digan los demás. Es de esas personas que zanjan los debates haciéndote sentir que 'tú, de eso no sabes nada'. Claro, el hijo no tiene la culpa. Pero la madre no podía evitar sentir ese recelo. Y, por supuesto, están los comentarios sobre las mujeres. Si ya es inmisericorde con sus amigotes, cuando habla de mujeres, resulta insoportable. Beber un poco de más es la excusa perfecta para soltar su frase estrella: 'menos mal que sólo tengo hijos varones, porque tener chicas es criar carne para otros'. La repite una y otra vez y todo el mundo le ríe la gracia. Los hombres, porque creen que la tiene y, tal vez, porque en el fondo lo piensen de verdad. Y las mujeres, por no arruinar la fiesta.

Soraya es hija única y sus padres se separaron hace diez años. Abre el cajón de la ropa interior. Su madre sigue merodeando. Es como si llevara un escaner incorporado a los ojos. Para evitar la conversación, la hija conecta el móvil a los altavoces y pone música. Una sesión de las Tea Party Dj's. Muy buena para meter un poco de marcha al equipaje. Ahora que su madre parece decidida a quedarse por allí, prefiere acabar cuanto antes.

- Hija, pero ¿por qué llevas sólo ropa interior negra? Vas a parecer Morticia Addams.

- ¡No me rayes! Llevo lo que voy a usar y punto.

- ¡Mira, si esto está hasta roto! ¿Y cómo ha podido ceder por aquí? ¡Vaya porquería de sujetador!

Un sujetador rasgado. Otra vez, una prenda se convierte en la ola que le trae a la memoria los restos del naufragio con Eneko. Habían bebido unos litros por ahí y probaron una pastilla que algún colega le pasó a él. Acabaron en el baño de un garito. Él estaba desaforado y ella, bastante pasada. Grabaron sus iniciales en la puerta del servicio de chicos. Allí, entre dibujos de genitales masculinos y pintadas groseras, quedaron sus nombres junto a un corazón, la fecha de aquel día y un *'forever'*. Se hicieron un *selfie* y, luego, lo que pudieron. Todo salió bastante rudo. En algún momento, oyeron gente aporreando la puerta, pero no hicieron ni caso. Al día siguiente, Soraya tenía recuerdos difusos, imágenes fragmentadas. Una de ellas era el agujero que había en la puerta. Es un clásico de ese tipo de baños: un boquete, siempre a la altura de los genitales, con la medida justa para el ojo humano. Pero el temor que le asaltó no era que alguien hubiera estado mirando, sino que alguien les hubiera grabado. Hoy, el ojo humano es la cámara. Lo que se ve no existe hasta que no se tiene una imagen que compartir. Como los mensajes que le colgaba Eneko en el muro del *face*. Prácticamente, era una exhibición de sus relaciones íntimas. Cualquier día se podía encontrar un *post* con una foto dudosa o mensajes tipo 'eres una golosa y yo tengo el palo de azúcar que más te gusta'. Durante mucho tiempo, le pareció una declaración de amor, una manera de proclamar a los cuatro vientos que ellos estaban juntos. En cambio, un día se dio cuenta de que los mensajes eran para los colegas. Era la forma que tenían ellos de ponerse galones sexuales. Están

siempre hablando de sexo. Y mienten mucho. Se mienten entre ellos para ganar jerarquía y mienten a las mujeres para lo mismo. Que si menganita y zutanito ya han hecho tal o cual cosa, que si lo que hacemos es de críos... Lo que reclaman es, casi siempre, humillante para las chicas. Sacan ideas del porno y ese es el fundamento de su escala de valores. Incluso, aunque te gustara algo de lo que proponen, acaban arruinándolo con su relato.

La madre ha traído bolsas de plástico para llevar al reciclaje todo aquello que Soraya decida desechar. En el móvil, ha terminado la sesión de las Tea Party y ha saltado una *playlist* que le pasó Eneko. Fue el primer obsequio que le hizo. A él le gusta mucho la música y a ella le encanta bailar. Ha llegado a hacer coreografías con sus amigas con algunos de aquellos 'temazos'. Ahí, tiene a Jason Derulo con su *'Talk Dirty'*, que siempre las hace saltar como si fueran un equipo de sincronizada. O el *'Jealous'* de Nick Jonas. Ahora, piensa que se tenía que haber dado cuenta antes; que, en realidad, en ese primer regalo, ya había pistas suficientes para ver hacia qué tipo de relación apuntaba Eneko. En la escuela de idiomas, les aconsejaban escuchar música en inglés, aprenderse las letras, traducirlas, cantarlas... Soraya tradujo toda la *playlist* que le había regalado Eneko. Y, claro, se había encontrado cosas como *"no hablo idiomas, pero tu culo no necesita explicación"* o *"eres demasiado sexy, hermosa, y todo el mundo te quiere probar... Y por eso, por eso me pongo celoso"*. La única canción que no tuvo que traducir era *'Algunos amigos'* de Los Planetas. Es la que suena en este momento, con su delicado inicio de *"Sí, te puedo golpear hasta que te desmayes..."*. De repente, Soraya vuelve a recordar a su tía-abuela. Bueno, a ella no, porque no

la conoció. Le viene a la memoria la injusticia infinita. Menos mal que la madre vuelve a interrumpir sus pensamientos.

- Me gustaría probar el Skype antes de que te vayas. Me enseñas un poco cómo funciona y así le quito el miedo.

- Sí, ama, no te preocupes. Es más fácil que hacer croquetas.

Soraya se teme que, en cuanto llegue a Florencia, va a tener a la madre todo el día colgada de Skype. No es que sea muy agobiante, pero siempre se las arregla para estar presente. Y menos mal que ha estado ahí. Hubo un momento en que Soraya llegó a plantearse renunciar a Erasmus. Eso suponía separarse de Eneko. De hecho, él dijo bien claro que, si se iba, ya no podrían seguir juntos. Hizo mucha presión para que desistiera. Al principio, decía que ir de Erasmus era una pérdida de tiempo, que, al tener que desenvolverte en otro idioma, se aprendía menos que en tu propia universidad y cosas así. En realidad, a él le importan poco los estudios de Soraya. Bellas artes le parece una milonga. Él estudia ingeniería y todo lo demás le parece inferior. Pero no le va bien. Ha repetido ya un par de cursos. Aún así, da por hecho que estudiar ingeniería le reviste de un halo de inteligencia superior. Suele decir que él también sacaría buenas notas a poco que se esforzara. A ella la califica de empollona. Como si fuera la Hermione de Harry Potter o Lisa Simpson. Los éxitos de las chicas siempre tienen que aparecer como el fruto del trabajo y el sacrificio. Son las empollonas. Ellos, sin embargo, son genios llenos de talento natural. Sin embargo, Soraya no necesita estudiar demasia-

do para salir adelante y, además, se ha divertido mucho en el curso extra que ha hecho de italiano básico. No quiere llegar a Florencia con todo el lastre del idioma. Un mínimo facilitará las cosas.

Ahora, Soraya se avergüenza de haber estado a punto de renunciar a su beca Erasmus por culpa de Eneko. Está decepcionada consigo misma, porque no tomó la decisión final pensando en sí misma o en sus propios deseos y necesidades. En realidad, si decidió que se iba fue por celos. Aunque sólo ella lo sabe, esa es la verdad. Se enteró de que Eneko había estado con sus colegas en un local de esos a los que van 'yeguas'. Llaman así a las adolescentes de catorce o quince años que frecuentan las discotecas para ligar con chicos cuatro o cinco años mayores que ellas. Buscan sentirse mujeres adultas que atraen a los hombres y ellos, simplemente, se aprovechan. Es habitual que las cuadrillas de tíos como Eneko dediquen algunos días a ese tipo de 'caza'. A Soraya le sentó fatal. Ese fue el verdadero detonante. Bueno, ese y que Eneko se puso cada vez más pesado. Cuando la presión con la idea de que un año de Erasmus es un año perdido no dio resultado, afloró la verdadera razón. Es que esos cabrones de italianos son muy pesados con las mujeres. Todo el mundo lo sabe. Y, encima, tú allí sola. ¿Por qué llaman soledad a la libertad de las mujeres? Antes de que te des cuenta, ya estás en sus brazos. Sí, al final, es una visión del mundo: todas las mujeres somos 'yeguas' y todos los hombres, vaqueros dispuestos a montarlas. Sin más. Ahí es donde se rompió todo. Eneko se fue haciendo pequeño, mientras la atracción por Erasmus crecía y crecía.

La camiseta del *'Shot me down'* de David Guetta se va definitivamente a la bolsa de reciclaje. Antes de que su hija cambie

de opinión, la madre se apresura a quitarlo todo de en medio. Soraya enciende el ordenador. Eneko le ha enlazado un tema en el muro del *face*. Es el *'I used to love her'* de Gun's N Roses. Muy bonita, sí. Puede traducirla sin consultar el diccionario. *"La amaba, pero tuve que matarla"*. Se ve que el máximo talento de Eneko es buscar canciones con letras que expresen lo que él siente. Lo raro es que haya tantas canciones que se ajusten a sus sensaciones... O ¿serán las propias canciones las que le hacen ser así? La tía-abuela Soraya vuelve a hablar desde el pasado: *"yo también amaba, pero no maté. Me mataron"*. ¿Qué clase amor es ese que te convierte en víctima o asesino? No piensa ni darle al me gusta. *Arrivederci*, Eneko. Cuesta cerrar la maleta. Hay que sacrificar algo más. El vestido negro. Que le den. Mañana por la tarde sale el avión. Cuando Soraya vuelva, dentro de diez meses, regresará otra persona.

Verónica

Verónica era una joven como muchas otras de su edad. Quizás su peculiaridad era que su familia había tenido un status económico muy alto, status que ella solo pudo disfrutar en su infancia, puesto que la crisis de los 70 les golpeó duramente.

Desde entonces, pasaron a ser una familia relativamente normal. A su madre, una vez perdido el trono de una vida muy acomodada, le tocó mantener a la familia con lo que vendía en una pequeña tienda de regalos, abalorios, pañuelos y sombreros de señora que había puesto con el poco dinero que quedó de la venta del solar donde estuvo ubicada la empresa de su

marido, tras pagar todas las deudas acumuladas. Con eso y con la ayuda que recibían de su abuela, consiguió sacar adelante a sus cinco hijos.

Una de las inversiones imprescindibles que realizaron los padres fue pagarles una carrera universitaria. "Nunca se sabe si la suerte te sonreirá, pero si te cultivas, tienes muchas posibilidades de tener un modo de vida mejor que si no lo haces", les repetía una y mil veces el padre. Bueno eso y todo lo que aportaba "a tu personalidad y a tu actitud ante la vida, si tienes una carrera y una buena cultura".

En el último octubre empezó a estudiar la carrera de Informática en la Universidad. Sin embargo, a lo largo de los meses de invierno, su idealizada carrera había ido defraudándola poco a poco: aquellas asignaturas, aquellos profesores... la proyección de aquella carrera no era lo que ella había pensado. Se lo tendría que decir a sus padres, pero, antes que nada, tenía que tener claro qué quería hacer.

Llegó el mes de mayo y, en lugar de estar agobiada por los exámenes, como el resto de sus compañeras, los primeros rayos de sol le invitaron más a realizar otros planes distintos a encerrarse en una habitación con apuntes y libros. Precisamente eso es lo que le dijo a su madre que haría en casa de una amiga durante un fin de semana. Pero ella, en realidad, lo que hizo fue organizar un divertido fin de semana en Madrid. Verónica era una joven guapa, resuelta y con una facilidad innata para relacionarse con la gente.

Aunque tenía claro que Ginés era su íntima amiga, no existía límite para conocer, sonreír, saludar... a quien tuviera oportunidad de hacerlo. Esto le facilitó la posibilidad de reunir a un grupete para ir a Madrid, pero... al final, casi todos

sucumbieron a las obligaciones estudiantiles o a las imposiciones familiares y sólo se apuntó Alazne, una chica que conocía del grupo de natación donde Verónica tenía varios amigos.

Con 20 años, no mucho dinero y todas las ganas del mundo por comerse Madrid, cogieron el bus para la capital. No hacía falta mucha cosa para que todo saliera redondo. Sobraban ganas y para pagar una habitación, comer algo y tomar alguna copa, les llegaba con el dinero que llevaban.

Ese mismo viernes tomando una cerveza en Malasaña conocieron a dos chicos. Desde el principio, uno de ellos y Alazne se gustaron y esa situación les llevó a continuar con ellos un par de bares más. Ya a cierta hora se despidieron, pero 'los tortolitos' se intercambiaron los móviles y el firme 'propósito' de verse al día siguiente.

Efectivamente, el sábado a las 20'00 h. habían quedado con ellos en un bar de la Plaza de Santa Ana. Unos vinitos con algo para picar, una copa en un disco-bar de la zona y, tras unas risas y bailes, tocó la hora de retirarse. Alazne le indicó a Verónica su intención de compartir la habitación con el chico que le gustaba y Verónica, en un acto típico de generosidad y de 'modernez', aceptó compartir la habitación con el otro amigo por el que no sentía absolutamente ningún tipo de atracción. Pensó "Aquí no pasa nada. Yo soy una tía moderna y echada para adelante y comparto habitación con este tío como si todo fuera natural", aunque para ella no fuera en absoluto natural, ni agradable.

Se acostó y, enseguida, se durmió, pero la tranquilidad de su sueño se vio bruscamente interrumpida cuando se encontró encima al tío con el que compartía habitación. "Hostia, ¿qué pasa? ¿No jodas? ¿Qué pretendes hacer? Vete de aquí. Déjame

en paz. Apártate. Por favor, déjame en paz ¿Qué haces? Tío, hostia, déjame en paz. No, no, no, no, no... Déjameeee". En milésimas de segundo, aquella mole le arrancó el pijama y la agarró de tal manera que era imposible moverse. Tenía todo su peso encima y las manos cogidas... era imposible librarse de nada.

Nunca olvidaría esa sensación de absoluta impotencia. Lo intentó, luchó con todas sus fuerzas por zafarse de aquel ser, pero tenía muchísima más fuerza que ella. No había manera de separarle ni un centímetro. Le hacía daño. Le rogaba una y mil veces que le dejara, que no lo hiciera con un tono de voz que solo sale de tu cuerpo cuando estás absolutamente aterrorizada y te ahoga la angustia, la amargura y la impotencia. Olía muy mal el tío. Ese olor... "¡Qué daño!"... "¡Por dios, que no ocurra esto!"

Al parecer, nuestro cerebro cuando siente mucho dolor y no puede soportarlo más, como modo de defensa, lo que hace es desconectar. Te disocias. No puedes más y te vas. No estás. Eso es lo que vivió Verónica. Luchó con todas sus fuerzas por librarse de aquel hombre que la violaba, pero era imposible moverse ni defenderse.

Sentía un dolor tremendo, pero no podía hacer nada, nada más que 'dejarse hacer', dejar que la violara, huir lo más lejos posible hasta que aquella bestia terminara la violación. Así, tuvo que dejar su cuerpo de 20 años en manos que aquel violador que lo tomó sin ningún respeto, sin pudor, solo pensando en liberar su ¿necesidad de follar?, su ¿necesidad de violar, de tomar lo que no te dan aunque sea el cuerpo de otra persona, aunque sea una de las partes más íntimas del cuerpo de una mujer?

A pesar de tratar de huir, Verónica siempre recordará el ruido de los muelles de la cama, los jadeos de su violador, las lágrimas que brotaban de manera autónoma de sus ojos y su deseo de que terminara cuanto antes aquella tortura. Por fin, terminó. Se marchó a su cama y se durmió. Entonces Verónica inició un llanto que nunca terminó. Entró en la ducha con la confianza de que el agua le arrancara la piel que había tocado aquel animal. Se sentía sucia hasta lo más dentro de sí. Sucia y sin nada que pudiera lavar esa herida.

Amaneció un domingo soleado precioso, como si el mundo no se hubiera enterado de lo que le había ocurrido. Los chicos las llevaron en coche al autobús y mantenían una conversación fluida y jovial sin que nadie reparara en su profundo silencio. En la despedida, el violador le dijo:

- Jo, ya lo siento, es que *lo de beber*...

¿Pretendía justificar lo que le hizo como una consecuencia de la bebida? Verónica sabía perfectamente que habían bebido una copa o dos, pero que no habían terminado borrachos ni nada parecido. Era la burda justificación con la que trataba de acallar su propia conciencia. Pero no era la bebida lo que le llevó a hacer aquello. Esa era la excusa.

La verdad es que lo hizo porque estaba predispuesto a hacerlo. Se creía en derecho de satisfacer sus deseos sexuales esa noche y no iba a dejar que nadie se interpusiera entre él y sus deseos, ni siquiera la persona necesaria para ello. En el fondo, lo que obtuvo no fue una satisfacción sexual, a no ser que se considere como tal un simple ejercicio mecánico. Lo que obtuvo fue la satisfacción del poder, del dominio absoluto

a través de la fuerza, del sometimiento de otro ser humano a sus deseos.

Verónica ni lo miró a la cara, ni le llamó cabrón, ni dijo nada, absolutamente nada. Bajó la mirada y subió al bus ¿Sería ella la culpable de lo que sucedió? ¿Habría hecho algo que diera pie a que aquel tipo se creyera con derecho a penetrarla en contra de su voluntad?

Se fue a la parte trasera del bus y buscó la compañía del llanto e inmersa en aquella amargura se preguntaba por qué no había gritado. ¿Sería por vergüenza de quedar ante Alazne y los dos chicos aquellos como una mojigata, poco 'echada para delante'? ¿Pensaría que en realidad los otros no le salvarían de su violador? ¿Qué le paralizó? Miles de preguntas y de temores le asaltaron durante todo ese interminable viaje como si buscara esa certeza que le permitiera salir de aquel pozo. Quería marcharse, quería salir de allí sin reparar en que era imposible alejarse de aquello de lo que huía. Ni los kilómetros que puso con Madrid, ni los que puso con Alazne con la que no volvió a quedar nunca más -otra pérdida sobrevenida-, ni el tiempo que tardó en poder vivir como si 'eso' no hubiera ocurrido, pudo borrar de su ser aquel acto de violación. Era como si aquel viaje de vuelta nunca hubiera terminado.

Ella regresó físicamente, pero una parte de la ingenuidad, de la confianza y de la fe en las posibilidades que se ofrecen en el horizonte de la juventud, se quedaron en aquel triste camastro, donde un desaprensivo se embozó en el equívoco de una situación y del alcohol para atacar de la manera más ladina y repugnante.

La vida seguía igual, como si nada hubiera ocurrido. Esa normalidad hasta le dolía. ¿Cómo podía salir el sol, cómo po-

día pasear la gente por la calle, cómo...? Para ella todo era ya distinto.

Desde entonces, Verónica siente distorsionada la expresión 'hacer el amor' porque un día, un canalla, la forzó. En ocasiones, cuando escucha a alguien decir que se ha acostado con un tío casi desconocido, no puede evitar retrotraerse a aquel episodio de su vida cuando un desconocido que se metió en su cama y la violó.

Verónica piensa que muchas mujeres, especialmente muchas jovencitas, han sufrido violaciones parecidas a la suya, con más o menos violencia. Se descompone cuando imagina que, cada día, ocurren situaciones como la suya con toda normalidad. Conoce casos de amigas y conocidas que en una situación de especial vulnerabilidad como la recién estrenada juventud, se encuentran con hombres a los que "tienen que" satisfacer sin ellas quererlo. Se ven obligadas a realizar actos sexuales sin ellas desearlo por la simple razón de que el hombre lo requiere. Ese tipo de hombres está perfectamente integrado en nuestra sociedad. Son hombres que se emboscan en la normalidad, a la espera de que la circunstancia o cualquier excusa se lo ponga fácil.

Desde entonces, Verónica no soporta que le obliguen a hacer algo. Le irritan los imperativos y la falta de libertad. Entiende que todo el mundo tiene que hacer cosas que no quiere, pero no soporta que le obliguen a hacerlas. No puede con el sí por el sí, con la imposición. Cree que la cultura imperante es la machista, en la que todo está diseñado para satisfacer al varón y, posiblemente, esa fue la causa principal de lo que ella sufrió con 20 años. Todo está dispuesto para que ellos puedan ver colmados fácilmente sus deseos.

Verónica empezó a estudiar Psicología. Quizás pretendía encontrar explicación a lo vivido, quizás buscaba una solución a la herida con la que tendría que vivir el resto de su vida... Lo cierto es que, en adelante, su vocación fue ayudar a los demás a buscar recursos para 'salvar su vida' y, de paso, encontrar los recursos necesarios para afrontar la suya.

No supe ver

Nunca hubiera imaginado que se pudiera dejar de existir en vida hasta que comprobé que eso fue exactamente lo que le pasó a Garbiñe, mi mejor amiga.

Ella y yo entramos en el colegio a la vez. Las dos estudiamos lo mismo y las dos empezamos a trabajar inmediatamente en la misma empresa de Erandio. Aunque ella tenía muchas hermanas con las que se llevaba muy bien -era una familia muy unida-, Garbi y yo éramos, fuimos, durante muchos años como uña y carne. No había secretos entre nosotras y cuando el amor empezó a llamar a nuestra puerta, no existía intimidad de la una que no la compartiera con la otra. Los domingos

en el baile de la plaza sabíamos exactamente dónde teníamos que ubicarnos o por dónde pasear para que la una o la otra se dejara ver por el chico que más le gustaba.

Con aquellos poderosos 15 años, nos dijimos que aquella amistad jamás se rompería. Nos prometimos el ramo de boda de la primera en casarse, amadrinamientos de nuestros primeros hijos, vacaciones en familia todos juntos…

Parecía como si nuestras vidas sólo pudieran crecer a partir de un tronco común que formábamos las dos juntas. Siempre teníamos gente muy cerca, la familia, la cuadrilla de amigas, compañeras del colegio… con quienes disfrutábamos de la vida, pero 'nuestros secretos' sólo eran compartidos entre nosotras con una complicidad que es posible que no volviéramos a tener con nadie el resto de nuestra existencia.

Unos años más tarde, conocimos a Edu. Estábamos a un disco-bar celebrando los 23 años que cumplía una amiga de la cuadri. Garbi y yo nos acercamos a la barra y allí coincidimos con él. Era un tío muy guapo y se ganaba a la gente. Nos invitó a la consumición y, a modo de despedida, nos deleitó con una seductora sonrisa y un cómplice guiño de ojo.

Edu era un poco mayor que nosotras y que los chicos con los que solíamos vernos y su madurez no hacía sino añadirle más encanto aún. Iba bien vestido, tenía un coche potente, etc. y, además, era evidente que controlaba la situación, el entorno, los tiempos… El fin de semana siguiente, volvimos al mismo disco-bar y se dirigió a nosotras con confianza y seguridad, como si fuéramos antiguas amigas. Nos recibió con dos besos y enseguida se prestó a pedir en la barra lo que quisiéramos tomar. Venía con otro chico que parecía más su 'comparsero' que un verdadero amigo.

El pobre hablaba poco. Bueno, nunca llegamos a saber si habría hablado en caso de que hubiera tenido opción de pronunciar algo más que monosílabos acompañantes del discurso de Edu. En algún momento me fui al baño y, cuando volví, me di perfecta cuenta de que Garbi estaba abducida. No podía ser tan rápido, pero parecía que se había enamorado. Tenía una mirada que no había visto antes y era incapaz de cambiar la sonrisa permanente que se le había instalado en la cara. Por su parte, Edu estaba exultante y el despliegue de sus encantos iba en aumento según pasaba la noche. Ya a cierta hora, decidí retirarme y Garbi se sumó a la iniciativa, aunque era evidente que su deseo era que nunca terminara aquella noche. Huelga decir que Edu nos acercó en su flamante Audi hasta casa. No se le escapaba ni un detalle.

Enseguida se hicieron novios y, como es lógico, tuve que empezar a compartir con Edu, el tiempo con Garbi. Como mandan los cánones de un noviazgo clásico, los jueves y los fines de semana, Edu y Garbi quedaban y paseaban formalmente su compromiso por todo el pueblo. Un año y dos meses después, se casaron.

Fui a la boda y, tal y como nos habíamos prometido, me entregó su ramo. Nunca la había visto tan feliz. Habría hecho cualquier cosa para que aquello no cambiara nunca para ella. Tras el baile de los novios, la gente empezó a ocupar la pista y, en un momento dado, Edu se acercó a mí y pidió que bailara con él. Entonces, me dijo:

- A partir de ahora, me toca a mí cuidar de Garbi.

- Y espero que lo hagas muy bien. Si no...

Nos reímos y no le di más importancia al comentario, pero ahora creo que no supe entender lo que aquello significaba. Pasaron los días y ya estaba impaciente porque volvieran de Italia. Quería saber con *pelos y señales* todo y disfrutar como siempre de nuestra complicidad. Les fui a buscar al aeropuerto y subí a su casa. Me estuvieron contando todo lo que habían visto, el tiempo que les había hecho, las comidas novedosas que habían degustado... Se les veía felices. No era el momento para nosotras, así que me marché y le dije a Garbi que le llamaría un día de esos. Y así fue, quedamos poco después y me hizo partícipe de la felicidad que estaba viviendo con Edu. Yo, por mi parte, le informé del máster que empezaba en la Universidad en septiembre.

Toda la cuadrilla comentaba lo felices que se les veía siempre. Y, realmente, era así. Un día me llamó salimos a tomar algo. Le noté prácticamente igual que antes, pero... algo ¿distante? Hablamos de ella, de ellos, de su casa, de los muebles nuevos, de los viejos, de las comidas que preparaba que le volvían loco a Edu y, al final de la tarde, me dijo que iba a dejar el curro.

- ¡¿Que dejas de trabajar?! ¡Con lo difícil que es encontrar un trabajo fijo como el que tienes! No me lo puedo creer. ¿Por qué?

- Mira, Edu no quiere que trabaje fuera de casa. La verdad es que él gana una pasta y no necesitamos mi sueldo. De esta manera, si tenemos hijos que lo estamos intentando, podré dedicarme a ellos que... no creas que es poco, ¿eh?

- Ya me lo imagino, Garbi, pero... no te entiendo. Tu tra-

bajo es tu independencia, tu libertad... te costó un montón currártelo... No sé, piénsalo bien antes de...

- Ya lo hemos decidido. De hecho, ya lo he comunicado a la empresa. El viernes es mi último día de trabajo.

- No sé qué decirte. No entiendo nada. Espero que todo sea para bien... no sé, Garbi, no sé.

A partir de entonces, la dejé de ver a diario y, debido a la ampliación de mis estudios, hasta los fines de semana me resultaba difícil quedar con ella. Edu ocupaba cada minuto de su vida. Empezaron a salir con otras parejas -todas provenientes de amistades de Edu- y cada vez se fue alejando más de mí y de toda la cuadri. Las pocas ocasiones que nos veíamos estábamos con Edu o con toda la cuadrilla de parejitas o, ¡por fin!, quedábamos tranquilamente y tras 20 minutos de conversación, sonaba en su móvil una llamada de Edu el omnipresente. Una de esas ocasiones en las que me sumé a esos encuentros de parejas, me incomodó el reparto de posiciones. Ellos estaban en la barra bebiendo, charlando animadamente, a gusto consigo mismos y las mujeres quedamos en una mesita que, enseguida, llenaron de vasos, platos de aceitunas, raciones... ¡Ya estábamos servidas, hala! y, ante aquel abrevadero, pasamos dos horas y veinte minutos. Era evidente que entre los hombres había un vínculo de amistad, pero entre las mujeres el único vínculo de unión era la relación de amistad de sus respectivas parejas. Claro, las conversaciones eran del nivel del tipo de cercanía que tenían entre ellas. Otras veces, me sumaba a los previos de las celebraciones de la familia de Garbi.

Ahí, me encontraba mucho mejor porque yo era 'como de la familia' y porque estábamos todos mezclados y cambiábamos de interlocutor cada cinco minutos. Sin embargo, Edu era el que no estaba tranquilo en ese ambiente. Necesitaba en exceso que Garbi estuviera pegado a él y, en más de una ocasión, fui testigo de tensas discusiones especialmente con los hermanos mayores.

Cuando nació Ainara, fui a Cruces a visitar a Garbi. En aquel momento, estaba sola y, sobre todo, estaba exhausta. Supuse que le parto la había dejado derrotada. Le di un fortísimo abrazo y lloramos juntas de emoción. La niña era preciosa y todo había ido bien, ¿qué más se podía pedir? Me dijo que se alegraba muchísimo que hubiera ido a visitarle, que me echaba de menos, que le encantaría que nos viéramos más, que no olvidaba las promesas que nos habíamos hecho entre las que figuraba que yo sería la madrina de la criatura. Pero cuando llegó el día del bautizo, ni siquiera me invitó. Al parecer, Edu había decidido hacerlo en estricta intimidad porque 'no es un acto social como una boda, no tiene sentido tanta celebración'. Sólo asistieron los familiares directos. Bueno, casi todos, porque tres hermanos de Garbi decidieron no asistir. Al parecer, algo había pasado entre Edu y ellos.

Un día Garbi me llamó para tomar algo. Cuando llegó con la niña al bar donde habíamos quedado, me pareció notar que había perdido fuerza aquella cara de felicidad que solía lucir. Supuse que la maternidad la estaba consumiendo. Le pregunté cómo iba todo y el 'bien' que me dio me convenció de lo contrario. Salimos a pasear para hablar más tranquilas. Me contó que hacía dos noches Edu había vuelto a casa de noche muy enfadado.

Había discutido con alguien en algún bar y venía encendido. No sabía cómo calmarle. Gritaba insultos contra el individuo del bar y contra el mundo en general. Le pedí que no levantara la voz porque despertaría a la niña y su reacción fue ir al cuarto de la niña y llevar la cuna a la sala para seguir gritando. La niña empezó a llorar. Le pedí que dejara de hacer esas cosas. No le reconocía. Los llantos de la niña y… y yo misma, le encendíamos más y más. Al final, empezó a insultarme a mí y terminé convirtiéndome en la causa de su enfado y el objeto de su ira. Conseguí que me dejara llevar a la niña al cuarto, pero me tuvo así hasta *casi las tres de la madrugada: el chillando y yo callada para no molestarle más. Al día siguiente por la mañana me pidió perdón. Se le veía fatal. Estuvo llorando y todo el pobre. Nunca le había visto llorar. Me juró que jamás volvería a pasar nada igual y nos enrollamos. Hacía tiempo que no hacíamos el amor con ese cariño y fue estupendo.*

Me sorprendió aquel relato y, más, la cara de 'felicidad' que me quería 'vender' Garbi. ¡Con ese *cariño* después de estar hasta las tres de la madrugada y de despertar a la niña! No daba crédito al panorama que me ponía delante. Le pregunté si todo iba bien, si la relación con Edu iba bien. Insistí una y otra vez hasta que me dijo que las cosas cambiaban, como es normal, que todo no puede ser de color de rosa como al principio, que ahora con la niña pues que la vida era distinta… Al parecer, desde que quedó embarazada, a Edu se le había cambiado el carácter. Los detalles que tenía con ella fueron disminuyendo. Había dejado de gustarle cómo cocinaba y hasta cómo se vestía o se arreglaba. Los enfados por cuestiones a veces absurdas eran cada vez más frecuentes, pero cuando nació

la niña, recuperó un poco la normalidad. Y, palabras textuales "De lo que estoy segura es de que Edu me quiere muchísimo". No pude evitar preguntarle:

- Y lo que me acabas de contar, ¿crees que lo hace alguien que te quiere, que os quiere, mucho?

- No lo entiendes. Claro que me quiere y a la niña, ni te cuento, pero a veces, está cansado o nervioso por el trabajo o por algo y... claro...

Le recomendé que hablara con él, que no le permitiera volver a hacer nada similar, que pensara en ella y también en su hija... Nos despedimos en la puerta de su casa con un fuerte abrazo.

- Ánimo, Garbi, estoy contigo.

Un día, me encontré con ella en Eroski y me quedé muy sorprendida de lo delgada que estaba. Siempre había sido fina, pero, ahora, su delgadez era especialmente llamativa. Parecía famélica e, incluso, tenía mala cara. Le di un abrazo y le pregunté a ver qué tal iba todo, a ver si quedábamos porque ya no la veía por ningún sitio... pero ella parecía no estar muy cómoda hablando conmigo.

Me entristeció verla así y me prometí llamarla y quedar con ella con más frecuencia, pero no fue fácil. Por mi parte, estaba preocupada y ocupada por los reajustes de personal que estaban haciendo. Tenía que buscar una alternativa. Por su parte, tampoco lo ponía fácil: las dos veces que quedamos las

suspendió pocos minutos antes de la cita por distintas razones, todas ellas con cierto tufillo a escusa.

Meses más tarde, me salió un trabajo en Madrid. Era una oportunidad para adquirir una experiencia valiosísima y no me lo pensé dos veces. Entonces le llamé a Garbi y le dije que quería quedar para celebrar mi nuevo destino y para despedirme de ella. Esta vez sí apareció, pero sorprendentemente quiso quedar en un bar que estaba a las afueras de Erandio. ¿Nos escondíamos de alguien? Y, a modo de celebración, se pidió una copa de pacharán.

- Pero ¡si tú no bebes alcohol!

- Bueno, anda, que es tu despedida.

Estuvimos hablando más de mí que de ella. En primer lugar, porque yo estaba 'espitosísima' con mi cambio de vida y, en segundo lugar, porque me dejó clarísimo, desde el primer momento, que no quería hablar de ella ni de su familia. Cuando ya el alcohol empezó a hacernos su efecto, sentí que volvíamos a ser las mismas de siempre, que estábamos a punto de volver a entrar en aquel mundo de complicidad que habíamos tenido, pero... Edu llamó. Se le oía por el móvil el tono malhumorado y de mal genio que tenía. Garbi se separó y luego me contó que la niña tenía fiebre, así que Garbi volvió a casa. Al despedirnos, me miró a los ojos, su boca dibujó una sonrisa triste y me cogió las manos con una mezcla de firmeza y cariño:

- Hasta siempre, Chabe.

Me fui a casa antes de lo previsto. No puede evitar que me acompañara un punto de tristeza.. Me resultaba imposible quitarme de la cabeza a Garbi y el estado abatido en que la había encontrado. ¿Dónde había quedado su alegría? Era evidente que algo pasaba. Algo no iba bien. No podía dejar de darle vueltas. Antes de marchar a Madrid, llamé a Nekane, una de sus hermanas, para saber qué pasaba.

- En casa estamos preocupados. Garbiñe prácticamente ya no pisa la casa de mis padres. Ni siquiera trae a Ainara para ver a sus abuelos. Es Edu. No quiere que Garbiñe esté con nosotros. ¿Contigo suele quedar?

- ¿Conmigo? Muy poco, la verdad. ¿Qué pasa ahí dentro?

- No lo sé. Creo que Edu es el que manda y manda mucho. Demasiado.

Mi nuevo trabajo y mi nueva vida en Madrid me alejaron mucho de Garbi, de la cuadri, de mis aficiones... de casi todo lo que había sido mi mundo hasta entonces. Un fin de semana, mi hermano aprovechó para visitarme en Madrid. Salimos a comer al 'económico' de Lavapiés que tanta gracia me hace. Estuvimos hablando de lo divino y lo humano y, en un momento dado, me habló de Garbi. Me dijo que no la solía ver muy a menudo, pero que, casualmente, hacía poco se había cruzado con ella. La había encontrado muy cambiada. Por lo visto, seguía extremadamente delgada, siempre iba con gafas oscuras y hasta le pareció que se tambaleaba un poco, que andaba de una manera extraña.

- Si no es porque tú siempre has dicho que no bebía, habría dicho que iba pedo.

- Ya, las últimas veces que la vi estaba realmente cambiada.

- No sé. Yo creo que hay mar de fondo. Mira, la hermana de Carlos es vecina suya y le ha debido de comentar que se oyen unas broncas tremendas en la casa de Garbi.

- ¿Discuten mucho?

- Bueno, no debe ser discutir. Parece algo más serio. Se oyen golpes y parece ser que es Edu el que grita. Una vez llamaron a una ambulancia a la casa, pero no saben si fue porque él le dio o porque le pasó algo. Desde luego, a la que atendieron fue a ella.

- Joder, ¿qué me dices? ¿Lo sabe la familia de Garbi?

- No tengo ni idea. Yo esto lo sé por Carlos. Hombre, lo que sí sé es que prácticamente no ve a su familia y yo poco la veo por el pueblo. Creo que no sale nada de casa.

Se me encogió el corazón. ¿Qué podía hacer por Garbi? Estaba tan lejos... Ese mismo lunes la llamé por teléfono. Quería saber qué pasaba, si se había repetido aquella historia que me contó, si... ¿le pega? No, eso no podía ser. De todas formas... si lo que me ha contado mi hermano es cierto, esa casa debe ser un infierno. ¡Pobre Garbi, con lo enamorada que estaba! Sonó y sonó el teléfono hasta terminar la llamada, pero nadie des-

colgó. Estaría liada con la niña o en el mercado. Decidí seguir llamando.

Una y otra vez llamé y no conseguí hablar con nadie. Lo podía haber intentado por la noche, pero, entonces, Edu ya estaría en casa y me podía coger él la llamada. Y él era el último ser de la tierra con el que yo quería hablar.

Una Navidad, antes de tomar unos potes con la cuadrilla, fui a casa de Garbi. No anuncié la visita para evitar una excusa o una negativa rotunda. Pero nadie me abrió la puerta. Cuando me encontré con 'la peña' no pude disimular la preocupación que tenía por Garbi. Pregunté por ella y, para variar, nadie sabía nada. Hacía mucho tiempo que no la veían. En el siguiente bar nos encontramos con Edu. Como siempre, guapo, bien arreglado y con su sonrisa perfecta. Estaba solo. Terminó su pote y se marchó. Le saludé de lejos y sin ningún entusiasmo.

La siguiente vez que volví a Erandio fue en agosto. Nada más bajar del coche, me encontré con Nekane. Me acerqué enseguida a saludarla. Pero ella me abrazó fuertemente y... apenas podía hablar. Enseguida, me di cuenta de que la razón de ese abrazo debía ser Garbi. Le pregunté a ver qué pasaba y, cuando se tranquilizó, me empezó a contar que Garbiñe estaba muy mal. Entonces, fui yo la que se vio de repente llena de angustia.

Al parecer, hacía unas semanas sus tres hermanos, los tres chicos, fueron a casa para sacarla de allí de una vez por todas. Cogieron las cosas mínimas y se la llevaron. No estaban dispuestos a permitir que siguiera en esa situación. Entonces, me relató todo lo que sabía sobre lo que había sufrido Garbiñe en aquella casa.

No la reconocerías. Cuando la sacamos de allí apenas pesaba 39 kilos. Ahora ha empezado un tratamiento psicológico en Bilbao en un gabinete especializado que trabaja con víctimas de violencia de género. Tiene que empezar a reconstruir su vida y, para ello, necesita recuperar su autoestima y la confianza en sí misma.

Nosotros ya sabíamos que había malos tratos, porque Garbiñe había abandonado su casa un par de ocasiones antes. Entonces, nos contaba que no podía seguir viviendo con aquel hombre y que quería dejarle. Sin embargo, en las dos ocasiones, se presentó el cabrón de Edu y con buenas palabras, acompañadas de lágrimas y propósitos de enmienda, consiguió que volviera. Mira que le decíamos que era un hijo puta, que no la quería, que iba a volver a repetir todo... pero, en cuanto aparecía él con ese tono conciliador, no había manera de que entendiera nada. Se olvidaba enseguida incluso de lo que ella misma había dicho.

Finalmente, tomamos la decisión de ir a por ella cuando nos llamó un vecino suyo y nos dijo que se la había encontrado tirada en el felpudo de su casa prácticamente inconsciente oliendo muchísimo a alcohol y, al menos, con un ojo morado. El no se había atrevido a hacer nada por si el otro... pero quería informarnos para que lo supiéramos e hiciéramos algo, si lo considerábamos oportuno. Para cuando llegamos a la casa, Garbi estaba dentro con la niña y Edu se había marchado a trabajar. Le costó abrir la puerta, pero, cuando vio a mis hermanos, comprendió que tenía que salir de allí definitivamente.

Isabel, aquello era tremendo. Estaba todo el día borracha o drogada por las pastillas que tomaba. No sonreía. Bueno,

y sigue sin sonreir. Sabe que la vamos a proteger, pero tiene mucho miedo de que Edu le haga algo por la calle, a ella o a la niña. No hace más que repetir que es una mierda, que no vale para nada y que para qué va a seguir viviendo. Luego se acuerda de Ainara y empieza a llorar. No sabemos cómo consolarla, cómo ayudarla, como acercarnos a ella para que vuelva a sentir apoyo y calor. Simplemente, para que recupere la confianza en el ser humano. Parece que la terapia puede resultarle de ayuda. Está con otras mujeres que han sufrido lo mismo que ella y quizás… Al manos, sería un gran avance que se librara del sentimiento de culpa

Desde que la sacamos de aquella casa, no la dejamos beber alcohol ni tomar pastillas. Nos hemos hecho cargo de Ainara y solemos turnarnos para que alguien esté siempre con ella. Sólo le permitimos que fume, porque está muy nerviosa y agitada. No le vamos a quitar todo de golpe ¿Sabes lo que me contó? Me dijo que a Edu no le gustaba que fumara, a pesar de que él es un fumador empedernido.

Un día, cuando él llegó a casa, se la encontró en la cocina. Se había quedado medio dormida apoyada en la mesa y se despertó cuando Edu le cogió del pelo y le levantó la cabeza hacia atrás, mientras no dejaba de gritar y mostrar un paquete de tabaco como objeto amenazante.

Al principio, no entendía muy bien lo que le decía, pero, enseguida, le pareció discernir la palabras de Edu: 'como veo que sigues fumando, te vas a comer este paquete de tabaco. Enterito. No te vas a dejar nada. Verás cómo, así, aprendes'. Luego, la obligó a comerse todos los cigarros que aún le quedaban en el paquete. En su amargura, pensó que, si se hubiera fumado más, ahora no se tendría que tragar tantos.

Ya sólo era capaz de pensar dentro de la lógica de aquella situación.

Un día estaba preparando ama la comida y le dijo que le ayudara. Ya sabes que Garbiñe cocinaba muy bien. Pues le dijo que ella no sabía hacer nada y contó lo que le pasó la última vez que hizo una paella. Aquel día, iban unos amigos a comer a casa. Garbi compró un buen marisco y se quedó media mañana preparando la dichosa paella.

Cuando entraron en casa olía a unos torreznos que había puesto a freír. Como a Edu no le gustaban los torreznos, vino a la cocina y tiró la paella a la basura diciendo 'Esta puta paella huele a cerdo. Nos vamos a comer por ahí'. Y se marchó. Lo peor de todo es que ella se sentía culpable por haber frito aquellos torreznos y, realmente, piensa que lo hace todo mal.

Nos dijo que no recuerda cuándo empezó a beber, pero que como la niña ya no era un bebé, lo hacía en cuanto podía porque era la única manera de sobrellevar aquel infierno en el que se había convertido esa casa.

Ese mal nacido también la ha pegado, pero los golpes no son la peor secuela que le ha dejado. Lo peor es en qué ha convertido a mi hermana. No reacciona a ningún estímulo. Lo único por lo que siente que tiene que agarrarse a la vida es por su hija y eso que, en muchas ocasiones, repite que ha sido una mala madre, que no ha cuidado de Ainara como debiera, que no... No es capaz de hacer nada porque cree que todo lo hace mal. No se arregla. A veces, ni se lava siquiera. Le da todo igual. Cree que aunque lo haga, seguirá oliendo mal y que nunca estaría guapa hiciera lo que hiciera. Es como si hubiera dejado de existir.

¿Dónde estuve yo? ¿Para dónde miraba? ¿Por qué no le ayudé a abrir los ojos cuando yo ya sospechaba que algo no iba bien? ¿Por qué permití que sufriera todo lo que sufrió? ¿Por qué le abandoné si era mi mejor amiga?

Abandonadas

Los celos no son amor

Desde pequeña siempre había querido casarme y tener hijos. Ahora, a mi hija le digo que tenga hijos si quiere, pero que lo de casarse... Recuerdo perfectamente el día en que conocí a Ricardo. Estaba con mis amigos jugando a dardos en un bar y coincidimos con su cuadrilla, que también querían echar una partida. Enseguida me llamó la atención. Era 10 años mayor que yo, pero me gustaba porque era el típico 'malote' y yo... yo también era un poco... 'revoltosilla', digamos. Pronto nos hicimos novios.

Quizás me tenía que haber dado cuenta de por dónde irían los tiros cuando, de novios, sin que yo le dijera dónde trabajaba, un día, y ya todos los que le siguieron, vino a buscarme. Poco más tarde, también me llevaba al trabajo. En aquel entonces, me emocionaba tanta galantería y no me daba cuenta de que ya no quedaría con las amigas en esos ratos entre el trabajo y la casa.

La primera vez que me pegó fue durante el noviazgo. Estaba en la cola del váter y, como las que me precedían tardaban mucho, entré al baño de chicos. Al salir, me lo encontré hecho un basilisco. Me arrastró hasta su casa y me encerró allí tres días. Me pegó porque yo había entrado al baño en busca de un chico con el que supuestamente quería enrollarme. Nada más lejos de la realidad, pero, al final, hasta le pedí perdón porque llegué incluso a creer que había sido así.

Ese retorcido pensamiento lo tuvo siempre. Cuando me quedé embarazada, se lo comuniqué y me llamó 'puta'. Dijo que aquel hijo no era suyo porque él se había hecho la vasectomía y era imposible que fuera suyo. Estuve tres meses sin verlo. Cuando por fin apareció, confesó que se había hecho unas pruebas que confirmaron que el hijo podía ser suyo. Tiempo más tarde, si iba a hablar con el profesor de mi hijo, él pensaba que me lo había tirado; si estaba en la consulta del médico, al llegar a casa siempre me encontraba su enfado y sus insultos porque 'seguro que te lo has tirado'. Y, así, una tras otra.

Tenía esas cosas tan 'curiosas' como que, si estábamos en un bar y había otro hombre en el mismo local, no quería que me levantara a pedir. Y, si lo hacía, él lo interpretaba como un desafío; pensaba que me estaba rebelando contra él y no lo soportaba; así que armaba la bronca. Es posible que, en el

fondo, pensara que todas las mujeres tenían que ser como su madre. Conocí poco a mi suegra porque enseguida se murió, pero no me gustó nada lo que vi. Ella era una buena mujer, pero la trataban como a una esclava. En el pueblo no tenían lavadora porque ya lavaba ella la ropa de todos sin rechistar. Recuerdo que cuando se estaba muriendo se despidió de mí casi dándome el pésame y diciendo que ella ya se iba, como si fuera una liberación. ¡Pobre mujer, lo que soportaría!

Después de nacer Mikel, hubo unos meses en los que me sentí feliz. Pensé que eso era lo que siempre había querido. Sin embargo, cuando me quedé embarazada de mi hija, me volvió a pegar. No recuerdo cuál fue la razón, pero de lo que sí estoy segura es de que la culpa fue mía. Yo habría hecho algo por lo que me mereciera los porrazos de aquel hombre.

Cuando Arantza era pequeña, empecé a ser consciente de que aquella convivencia no era normal, pero no sabía qué era lo que pasaba. Yo pensaba que estaba enamorada de él. Sin él no era nadie ni nada. No sabía hacer nada bien... le necesitaba en mi vida, quería estar a su lado, pero algo fallaba.

En la calle, al principio, me trataba bien delante de la gente, pero las cosas fueron cambiando poco a poco y, cada vez que bebía algo, yo me marchaba a casa con los niños porque sabía que, tarde o temprano, me convertiría en el foco de su ira. Luego, llegaba a casa y empezaban los golpes en los muebles o con las puertas o cortaba la luz del piso y me decía: - ¡A ver cómo les preparas ahora la cena a los niños!

Por supuesto, nunca comenté con nadie lo que ocurría dentro de mi casa y nunca nadie vio ni uno solo de los moratones que solía tener por cualquier parte de mi cuerpo. La gente empezó a darse cuenta de lo que pasaba porque los vecinos

-aunque le tenían miedo- llamaban a la policía cuando oían gritos y golpes. Yo solía encubrirle hasta que un día no negué lo que los vecinos dijeron haber oído. Se lo llevaron, sí, pero volvió a casa y... de nuevo, me convertí en la culpable de que la policía lo hubiera tenido retenido en comisaría.

Un día hizo daño a mi hija y eso fue lo que me dio fuerzas para dar un paso fundamental en mi vida: le denuncié a la policía.

La denuncia

Todas las campañas que se hacen para concienciar a la sociedad en contra de la violencia contra las mujeres animan a denunciar al agresor, pero ese paso es duro, difícil y peligroso.

La mayoría de mis amigas me apoyaron. Bueno, todas menos una. Estoy convencida de que aquella también era víctima de su marido y que aún estaba abducida por ese sentimiento de culpa y de absoluta sumisión hacia él.

Habitualmente, la gente suele creer que con la denuncia ya se termina el problema, pero no es así. Entonces empieza otro que puede ser hasta más grave aún. Desde que denuncié a mi marido a la policía hasta que ingresó en la cárcel, viví los peores meses de mi vida. El juez le puso una orden de alejamiento de 500 metros, pero yo lo veía todos los días en el bar de enfrente de mi casa o en el parque a donde iba con los niños o... Muchas veces se cruzaba conmigo y me llamaba 'puta' o me amenazaba; incluso, hubo días que estuvo durmiendo en la puerta de mi casa. Era un terror permanente. No sabía por dónde iba a aparecer y qué iba a hacer. La verdad es que no denunciaba cada uno de los quebrantamientos porque cada

denuncia tensaba más la situación y él se ponía más violento. Cada vez estaba más rabioso conmigo y cada vez le importaba menos los límites que le marcara el juez.

La situación llegó a ser tan realmente aterradora que mis amigas me acompañaban hasta la puerta de mi piso. No querían que me quedara un segundo sola porque sabían el peligro que corría. Un día, cuando llegué a casa vi toda mi ropa tirada por el suelo y destrozada y toda la comida del frigorífico en el suelo de la cocina. No sabíamos cómo lo había hecho, pero era evidente que había entrado en la casa. Revisamos cada rincón de la casa, para asegurar que no estaba aún en la casa. No lo vimos. Yo estaba muy mosqueada porque, a pesar de no verle, olía mucho a su colonia. Después de revisar todo el piso, mis amigas se marcharon. Les di la cena que pude a mis hijos y me acosté. No sé cuánto tiempo pasaría, pero yo ya estaba dormida, cuando una mano me tapó la boca y con un cuchillo me amenazaba con matarme si gritaba. Me dijo que me levantara y fuera al salón. Aquella noche mi marido vino a matarme y, si no lo consiguió fue por mi hijo. Mikel se despertó y vio a su padre.

- Shhh, calla que le voy a dar un susto a mamá- le dijo.

Pero mi hijo no se quedó tranquilo y, cuando vio a su padre con el cuchillo, saltó sobre él y le gritó ‘¡asesino! ¡asesino!’. Entonces conseguí zafarme y peleé para que el cuchillo se terminara clavando en el colchón. El comenzó a insultarnos, a escupirnos y salió corriendo de casa. Me abracé a mi pobre niño que estaba temblando de terror, suplicándome que llamara a la policía, pero no lo hice. Estaba absolutamente noqueada.

Fuimos al salón y de debajo de un cojín recogí un hacha que él había escondido. El terror también se había apoderado de mí. Al día siguiente, el pobre Mikel cogió mi móvil y llamó a su padre para repetirle que era un asesino. Fue la última vez que habló con él. Ya nunca más se dirigieron la palabra.

Tuvimos un juicio, no por el episodio de aquella noche, sino porque él me denunció por quebrantamiento de la orden de alejamiento al tener una llamada desde mi teléfono. Entonces, en aquel juicio, tuve que explicar qué era lo que había sucedido en realidad, quién y por qué se había hecho aquella llamada. A partir de entonces, me pusieron escolta. No sabía si tendría seguridad total, pero lo que sí había perdido era la poca libertad que me quedaba.

Por fin se celebró el juicio por quebrantamiento de la orden de alejamiento contra él y me hizo quedar como una loca y una mentirosa. Trató de que todo el mundo pensara que aquello era una invención mía. Me dolió, pero no se salió con la suya. Siguió con la orden de alejamiento y esa misma noche miré por la ventana y lo vi en el mismo bar en el que tantas veces estaba. Llamé a la policía y les pedí que aparecieran discretamente para evitar lo que había ocurrido en otras ocasiones. Las sirenas y las luces le alertaban y salía por la otra puerta del bar. Aquel día lo pillaron in fraganti. Lo detuvieron y lo llevaron a la cárcel.

Estuvo casi tres años en prisión. Salió con orden de alejamiento y una pulsera telemática, pero de nada sirvieron esas medidas. Parece que aquellos años de cárcel sólo le sirvieron para obsesionarse aún más conmigo. En nada, tiró la pulsera a la ría. La propia policía me propuso sacarme de Bilbao por seguridad, pero pensé que la solución no estaba en huir, sino

en asegurar que le cogieran a él. Yo sabía que, tarde o temprano, aparecería en cualquier lugar y así fue. A pesar de llevar escolta y de estar vigilada por policías de paisano, tardaron una semana en atraparle.

Tantos quebrantamientos, la agresión a un ertzaina y otras lindezas que tenía pendientes le han retenido en la cárcel algunos años más, pero sigue con la misma obsesión: cada vez que sale de permiso, merodea por mi casa.

Los apoyos

Además de una amiga del alma que tengo en la que confío ciegamente, si he de ser sincera, los mejores apoyos que tuve yo y todas las mujeres que estuvimos en esta historia, fue la que encontramos en la Dirección de Atención a las Víctimas de la violencia de género del Gobierno Vasco que dirigía Mariola Serrano. Crearon una ventanilla única en la que trabajaban unas mujeres que te entendían y empatizaban inmediatamente con nuestra situación. Nos hacían fáciles las gestiones y realmente las sentíamos cercanas. Se convirtieron en amigas.

Además, desde esta Dirección se propuso a Educación que víctimas de la violencia de género acudieran a las aulas a contar lo que habían vivido. Fue aprobado y allí nos presentamos unas cuantas voluntarias. Fue una experiencia inmensamente positiva. Te dabas cuenta cómo cuando empezabas el relato, los chavales y chavalas estaban distraídos y sin demasiado interés, pero enseguida se iban enganchando a lo que escuchaban y reflexionaban sobre esta violencia. En casi todas las charlas, salían unos tres o cuatro jóvenes -sobre todo chicas-, que, además de preguntar, luego, hacían consultas en privado

por estar viviendo en su casa o con su novio esta violencia. A día de hoy, sigo recibiendo una postal de Navidad de algunos de los colegios en los que di la charla.

Era muy satisfactorio ver que lo que yo había sufrido estaba ayudando a otras personas. Eran jóvenes, pero participaban mucho y tenían una estupenda herramienta para aprender. A veces pienso que, si a mí alguien me hubiera advertido de estos primeros síntomas, muy posiblemente habría tomado precauciones, pero no había sido así.

Entonces, también había un servicio de atención psicológica. Creo que se llamaba Gokoa o algo así. Yo estaba muy a gusto allí, pero los recortes también afectaron a ese servicio y nos remitieron a Zutitu, pero yo ahí no encajé tan bien.

Por desgracia, el nuevo Gobierno eliminó la Dirección de Atención a las Víctimas de Violencia de Género. Nosotras, las mujeres que participamos en esta iniciativa, lloramos. Nos sentimos absolutamente desamparadas y abandonadas. Las trabajadoras de la ventanilla única nos animaron a que formáramos una asociación para ayudar a quien se incorpora a este trance, pero no es lo mismo. Fue un error quitar aquello.

La decepción

La gente cree que, cuando presentas la denuncia, ya 'has hecho lo que tenías que hacer' y está todo resuelto, pero no es así.

En primer lugar, porque tu seguridad no está asegurada al 100%. Mira, en uno de los últimos permisos en los que salió de la cárcel mi agresor, ya no había orden de alejamiento. Yo estaba aterrorizada, así que acudí a la Ertzaintza, a donde las

trabajadoras sociales, etc., pero nadie me daba ninguna solución. Estaba absolutamente indefensa y, como fuera, tenía que arreglarlo antes de que él saliera. Al final, lo conseguí pero no de buenas maneras: monté un pollo tremendo en el juzgado hasta que me atendió una persona que se dio cuenta de la situación en que me encontraba. Hizo las gestiones necesarias para tener protección cada vez que mi ex-marido saliera de la cárcel. No hay un protocolo de seguridad que te garantice que, en situación de peligro, tú vayas a estar protegida siempre.

Sí, es verdad que ahora a mí me ponen escolta cada vez que él sale, pero esto no es vida. Sólo soy libre cuando él está en la cárcel. Si sale, la que está vigilada todo el día soy yo. Por eso, este tiempo que está fuera, para mí es una doble tortura. Figúrate, no puedo abrir la puerta ni aunque sea mi vecina la que llama. Un día vino la policía por no recuerdo qué cosa y no les abrí la puerta hasta que llegaron los escoltas. Me juego la vida.

En ocasiones, he pensado marcharme de Bilbao, pero ¿a dónde voy? Aquí tengo mi entorno conocido y, si me marcho fuera del País Vasco, creo que aún me quedaría mucho más desprotegida. De marcharme, me tendría que marchar a la otra punta del mundo. No sé... no es fácil decisión.

Aparte del temor por tu integridad, te quedas en una situación económica ruinosa. Muchas mujeres que tienen que enfrentarse a esta situación pierden su trabajo. Ya he dicho que no es una situación nada fácil. Y las que no lo tenían, como es mi caso, comprueban que resulta muy difícil, cuando no imposible, encontrarlo. Más allá de lo complicado que esté buscar un curro, la situación psicológica en la que te encuentras no te permite afrontar ocho horas de trabajo los cinco días de la semana de las cuatro semanas del mes porque tienes a los

hijos a tus espaldas, tienes que asistir al psiquiatra, tienes que ir al juzgado un día sí y otro también, tienes que... tienes que estar pendiente de mil cosas en tu vida que son incompatibles con una vida "estándar". ¡Bastante esfuerzo tienes que hacer para que tu vida sea lo más normal posible!

Después de la denuncia ya nadie se preocupa sobre si puedes pagar la hipoteca o si tus hijos comen mejor o peor. Las maltratadas sentimos decepción por la marginalidad que sufrimos: mucha gente conoce lo que sufrimos mientras vivimos con nuestro agresor, pero nadie sabe el calvario que pasamos después.

Ahora cobro la RGI y ¡bienvenida sea porque es mi salvación!, pero yo estuve dos años sin ningún ingreso. Cuando mi marido fue encarcelado, mis hijos y yo no recibimos ninguna pensión. Parte de las deudas que mi marido tenía con el banco -deudas de juego, cuya existencia yo desconocía- se saldaron con todo lo que teníamos, salvo la casa donde vivíamos. A pesar de que el juez reconoció que la deuda pendiente era de mi marido, tuvimos que cargar con ella. Lo que ocurrió fue que teníamos que afrontar el pago de 800 €, que yo no tenía, por la hipoteca de la casa. Entonces, al tratar de negociarla con una conocida entidad bancaria de Bizkaia para que nos bajaran la cuota mensual a cambio de prolongar el plazo de pago, dicha entidad bancaria me respondió que me concedían esa permuta, sólo si yo me hacía cargo de la deuda que quedaba aún pendiente de mi marido. No tuve más remedio que aceptar ese vil chantaje. Fueron unos sinvergüenzas. Esa es la misma entidad bancaria que no tuvo ningún reparo en entregar a mi marido todo el dinero que teníamos en la cuenta común y de las de cuentas de ahorro de mis hijos sin hacer la más mí-

nima indagación. Yo me quedé con los cinco euros que llevaba en el monedero. Sí, se portaron como unos sinvergüenzas. Lo reclamé en el juzgado, pero sé que nunca recuperaré ni un euro. Estoy cansada de tantas cosas... Ya no puedo pelear más que por las cosas realmente importantes. Si no voy a conseguir ese dinero, prefiero guardar la energía que necesito para sacar a mis hijos adelante y para protegerme de mi ex marido.

Te quedas absolutamente a merced de cualquier desalmado porque estás sola frente al mundo y con tus dos hijos. Sinceramente, no me extraña que muchas mujeres no denuncien. ¿Cómo vas a denunciar?

Los hijos

Siempre he pensado que, si di el paso de terminar con la relación que tenía con mi marido, fue por mis hijos. El daño que le hizo a la niña fue la chispa que desató todo. Pero, antes, yo ya estaba harta de que vivieran en aquel ambiente. Las peleas, los gritos, los golpes, el padre ebrio pegándome un día sí y otro también, la policía en la puerta, los escoltas, el miedo... Aquello no era bueno para ellos.

Mi hijo adoraba a su padre. Le tenía en un pedestal, pero, según fue creciendo, se fue dando cuenta de que había cosas que estaban mal. Poco a poco, el padre dejó de ser su ídolo. ¡Pobre criatura enfrentándose a su padre aquella noche!

Respecto a mi niña, yo pensaba que, al ser más pequeña, no habría sufrido tanto como el mayor. Además, siempre que había broncas, ella se iba a su habitación y preferí pensar que 'Mejor, así no se entera de nada'. Sin embargo, no resultó así. Ella también sufrió mucho y tuvo muchos miedos... Ambos

han estado en tratamiento y no ha sido y sigue sin ser fácil. Ellos son, al menos, tan víctimas como yo.

Me esfuerzo para que aprendan de mi experiencia y hago lo imposible para que corrijan aquellas actitudes y comportamientos que apunten a que un hombre es superior a una mujer o tiene algún derecho sobre ella o ella algún deber hacia él. Nunca he sido feminista, pero tengo claro que hay cosas que hay que cambiar antes de que sea demasiado tarde y lo que pueda hacer por cambiarlas -ofrecer mi testimonio en los colegios, ayudar a otras mujeres a salir de ese infierno, pedir a las instituciones la ayuda que necesitamos, educar a mis hijos para que sean buenas personas y respetuosos con los demás, ayudar a la policía para enseñarles cómo actuar con este problema...-, lo voy a hacer.

Durante algún tiempo, había algo que me hacía pensar que él no iba a llegar hasta el final, pero, por desgracia, ahora no ya no pienso lo mismo. Creo que mi vida volverá a ser normal cuando él ya no exista. Mientras exista, sé que no voy a poder ser feliz porque algún día tratará de satisfacer lo que le lleva reconcomiendo el alma desde que lo encarcelaron: que yo soy la culpable de su desgracia.

relato

Humo

I

Todo el mundo se acuerda de aquel día. Todo el mundo sabe dónde y qué estaba haciendo. Yo también. Estaba terminando de comer en casa. Había esperado para ver si llegaba Julio. Pero él nunca avisaba. Lo peor es que, si me adelantaba, me reprochaba que yo iba a lo mío y que pasaba de él. Y, si le esperaba, me decía que no le agobiara, que él ya era mayorcito y llegaba cuando quería. Siempre tenía un comentario a mano para echarme la culpa de lo que viniera al caso. Daban igual las contradicciones. Valía lo mismo decir 'esto se cae de

mierda' que 'eres una histérica de la bayeta', o 'siempre te las arreglas para llegar tarde' que 'te pareces a los viejos cuando viajan, ¿de verdad hace falta ir una hora antes?'.

Ya estaba recogiendo mi plato, cuando saltó la noticia. Una avioneta había chocado contra una de las torres gemelas de Nueva York. Al principio hablaban de un accidente. Dejé todo encima de la mesa y presté más atención. Se veía mucho humo en la parte alta de lo que llamaban la torre norte. Fina como un cigarrillo.

Inmediatamente, me entraron ganas de fumar. Pero Julio y yo estábamos intentando dejarlo y llevábamos dos días sin probar un pitillo. Las imágenes eran hipnóticas. Aparte de la impresión y la extrañeza por lo inaudito del suceso, me entró bastante desasosiego.

Nosotros habíamos viajado allí el año anterior. Supongo que conocer personalmente los lugares te vinculan más a sus acontecimientos. Podíamos haber sido nosotros los que, ahora, estuviéramos allí. Fuimos en nuestra luna de miel. Yo hubiera preferido un destino más romántico. No sé, París o Venecia, algo que tuviera que ver con el amor. Me gusta Nueva York, pero no lo veo como un destino para una luna de miel. Sin embargo, a Julio le hacía mucha ilusión. Nació el mismo año que se inauguraron las torres gemelas y creía que esa coincidencia era una prueba irrefutable de su valía personal. Claro que yo también había nacido ese año y, sin embargo, estaba totalmente excluida de cualquier mérito o posibilidad de grandeza. Siempre le ha sacado gusto a ponerse en relación con cosas que a él le parecen importantes, aunque, luego, no fuera capaz ni de ir a comprar los billetes de avión. Tuve que organizar yo sola todo el viaje. Pero él decía que era como unir

dos de sus mayores sueños: estar conmigo y viajar a NY. Me convenció.

Ahora, aquella torre a la que subimos para ver el Windows of The World estaba ardiendo. La avioneta aumentó de tamaño y pasó a ser un avión. Además, la idea de un ataque terrorista empezaba a abrirse paso entre las incertidumbres e hipótesis del principio. Definitivamente, fui a por el paquete de tabaco que se había quedado a medias en el bolso un par de días atrás. Abrí la ventana, puse un cenicero con agua, encendí un cigarrillo y me senté a ver qué ocurría. No había dado ni tres caladas cuando, en pleno directo, un segundo avión se estrelló contra la otra torre. Traspasó el edificio como una aguja de punto y explotó dentro. En ese momento, Julio entró en casa.

- Hola, ¿qué tal? ¿Has visto lo que está pasando en Nueva York? Es una pasada. Ven.

- ¡Sí, para Nueva York estoy yo! Me han jodido la tarde. Tengo que preparar la memoria anual y estoy fundido. ¿Qué has hecho de comer?

Vaya, parecía que venía de genio. El sonido al tirar las llaves sobre la bandeja de la entrada lo corroboró. Era su costumbre expresar el malhumor con estridencias como pegar portazos o, en lugar de depositar los objetos, golpear con ellos sobre la mesa. De esa forma, ni siquiera le hacía falta hablar o explicar por qué estaba enfadado. Simplemente, se limitaba a poner banda sonora a su cabreo. Mientras tanto, el telediario seguía con las imágenes de las torres envueltas en denso

humo negro que, ya para entonces, se habían convertido en un espectáculo tan increíble como aterrador. También para entonces, Julio desdeñaba el acontecimiento, simplemente porque yo, como el resto de la humanidad, en ese momento, teníamos allí despositado todo nuestro interés.

-¡Que si hay algo de comer!

-Sí, sírvete tú las lentejas. Caliéntalas antes un poco. Luego, ya te hago yo la merluza rebozada para que la comas reciente.

Al poco rato, llegó a la mesa con el plato servido sobre una bandeja, regalo de boda. Parecía más tranquilo. Me atreví a insistir.

- ¿Has visto lo que está pasando? Habrá mucha gente de turismo, como nosotros el año pasado.

Por mucho que quisiera disimular, se quedó absorto. Yo le quise poner en antecedentes, pero no sé si me escuchaba o no. No quería prestarme atención. Hacía como si yo no estuviera presente, como si mi voz fuera, ya, un eco del pasado. Sin dejar de mirar a la pantalla, se llevó la primera cucharada a la boca.

-¡Puag, con curry! ¡¿Has hecho las lentejas con curry?!

-Sí, vi la receta en internet y me apeteció cambiar. No están tan malas, ¿no?

-¡Si ya existe algo bueno, como unas putas lentejas de toda la vida, ¿para qué quieres cambiarlo?! ¿Quién te crees que eres? ¿El puto Arguiñano?

Conocí a Julio el primer año de instituto. A veces, creo que la belleza es un castigo. Al menos, mí no me ha traído nada bueno. Enseguida, nos convertimos en el binomio perfecto: la guapa y el gallito de la clase. Era un guión tan clásico que resultaba muy fácil interpretarlo.

Él y sus amigos se dedicaban a aterrorizar al resto de compañeras. Les robaban la bolsa de deporte y esparcían toda su ropa sudada por las aulas o los pasillos. O jugaban a que las estrangulaban con las bufandas hasta que las medio asfixiaban. O les dibujaban órganos genitales en las mesas. Siempre en plan broma, claro, pero ¿cuántas veces se disfrazan de chiste la crueldad y el desprecio? Yo me libraba de todo aquello por esa norma no escrita según la cual, si perteneces a uno, todos los demás te respetan. Bueno, te dejan en paz. A mí, me recordaba a las manadas de animales que dan en los documentales de la 2.

Ni siquiera me dio tiempo a hacer mi grupo de amigas incondicionales, de esas que son para toda la vida. Sólo existía él. Tampoco acabé el instituto. Enseguida, empecé a trabajar de dependienta en unos grandes almacenes de moda. Exigían requisitos físicos y de edad que yo cumplía a la perfección. Por esas mismas razones, a los 27 años ya me habían despedido.

Como, al año siguiente, nos casábamos, los preparativos de la boda absorbieron todas mis preocupaciones y eché en el olvido lo de buscar algún otro trabajo. A él, sin embargo, la rebeldía de adolescente le duró un chispazo. Se fue sosegando

y llegó, incluso, a estudiar empresariales sin problemas. Después de un año haciendo declaraciones de la renta y chapucillas así, encontró un trabajo estable y no le iba nada mal. Jugaba al pádel con el jefe y todo. Pero parecía como si, a medida que se apaciguaba con el mundo, aumentara su cólera hacia mí. Yo era el epicentro de todas sus aversiones. Era un trofeo viejo y agotado.

Le pasaba conmigo lo mismo que con el Alfa Romeo. También se moría por él hasta que cambiaron sus intereses y se pasó al BMW. El Alfa se convirtió en un 'hierro' del que había que librarse cuanto antes. En siete meses, ya tenía el BMW en el garaje. ¿El precio? No íbamos a poder darnos ningún capricho durante los próximos tres años, incluidos los viajes que me hubiera gustado hacer. A partir de entonces, la casa de Ajo de sus padres fue el destino más lejano al que podíamos aspirar.

De la misma manera, ahora, le impresionaban más las mujeres preparadas de su empresa. Que si una es una máquina con la contabilidad, que si otra ha conseguido no sé cuántos bonus por un proyecto, que si la de más allá es trilingüe... Tenía gracia. Precisamente, esas mujeres habían sido las *empollonas*, los *callos* y las *bigotudas* del instituto, justo aquellas a las que él y sus amigos se habían dedicado a atormentar y martirizar. No sé ni cómo habían podido llegar a estudiar en aquel ambiente.

Pero yo sabía que sólo hablaba bien de las ellas si le servía para hundirme más a mí, para hacerme sentir inferior entre las inferiores. Me levanté, le quité el plato de lentejas y fui a prepararle la merluza. De reojo vi cómo las torres humeaban en paralelo. Aun con aquellas heridas tan terribles, mantenían

un porte digno, como si estuvieran dispuestas a soportar el brutal ataque del que habían sido objeto.

Hubiera preferido seguir viendo en la televisión algo que, a todas luces, iba a ser un hito histórico de nuestra generación, pero me obligué a no proporcionar ningún pretexto que incendiara más la situación. Cuando iba a batir el huevo, tronó su voz en el salón.

-¡Pero, ¿qué hostias es esto?!

¡La colilla del cigarrillo! Me había dejado el cenicero con agua en el alfeizar de la ventana. Cuando llegué al cuarto de estar, lo tenía en la mano. Lo levantó y el agua, sucia de ceniza, dibujó un arco en el aire antes de que el cenicero se estampara contra la vitrina de la cristalería. El estruendo no dejaba oír a los comentaristas de la televisión, pero en la pantalla también se veía cómo llovían cristales. Y papeles que parecían el confeti de una gran fiesta. Y personas. Agitaban pañuelos o se agarraban al exterior de las ventanas y, al final, muchas, se dejaban caer. Esos últimos segundos de vuelo eran, ya, el último trago de libertad de aquella gente.

-¡¿Estás loca o qué?! ¡No tienes voluntad! ¡A ver si espabilas! ¡Habíamos dicho que no se fumaba más! ¡Floja de los cojones, como para fiarme de ti!

La consabida retahíla de imprecaciones subía de tono, tanto el de la voz como el de los insultos y la humillación. ¡Y pensar que aprendí a fumar con él! Al principio no me gustaba, pero, si me resistía, él aspiraba el humo de una calada y me

daba un beso para pasármelo a la boca. Por no perder los besos, me tragaba el humo.

El presidente de Estados Unidos, Georges W. Bush, ya estaba en la televisión. Algunas injusticias enseguida tienen respuesta. Hasta ese día, los arrebatos de Julio acababan ahí. La liaba parda rompiendo o golpeando algo, mientras vociferaba su desprecio, pero, luego, se quedaba relajado y manso como un gatito. Pero este día, no. Este día se fue envalentonando y, cuando me tuvo al alcance de la mano, el gatito se había convertido en tigre. Extendió sus zarpas y comenzó a empujarme para acorralarme. Me abofeteaba alternando la izquierda y la derecha. A través del pelo despeinado sobre la cara, vislumbré cómo caía la primera torre. Parecía arrodillarse a cámara lenta. Era como un cigarrillo que se consumía solo. Recibí un puñetazo en la ceja. Vi a través de una gota de sangre espesa cómo una gran nube negra cubría Manhattan.

-¡Eres un trozo de carne! ¡No vales para nada!

Me cogió la cabeza con las dos manos y me dio contra la pared. Me escurrí hacia abajo y traté de escapar a gatas, pero no sabía hacia dónde. Me agarró de una pierna y me llevó arrastras sobre los cristales rotos. Algún vecino tenía que estar oyendo lo que pasaba en nuestra casa. Pero no era el día más propicio. El mundo estaba demasiado ocupado.

Se hablaba de otro avión estrellado sobre el Pentágono, de otro suceso parecido en Pensilvania, de la evacuación de la Casa Blanca, pero todo era ya demasiado caótico para entender qué ocurría. Ahora, el susto de la primera avioneta se había convertido en algo que no dejaba de ir a peor, a peor, a

peor… El humo que salía de la única torre que quedaba en pie era cada vez más denso y nublaba los últimos restos de las, ya, maltrechas esperanzas.

Me empujó y caí sobre la mesa. Allí, me agarró del cuello como si fuera a estrangularme, pero, entonces, me miró a los ojos y, como si eso le hubiera debilitado, se limitó a llamarme 'puta' y me soltó. Se fue a su estudio y no se le volvió a oír en toda la tarde.

En la pantalla, también aparecían las miradas de los neoyorkinos llenas de incredulidad aterrorizada. Y, cuando parecía que ya no podía caber más espanto en sus pupilas, empezó a caer la torre que había resistido hasta entonces. Colapsó en forma de palmera negra. Quienes estaban más cerca huían de aquella gran nube compuesta de partículas, escombros, ceniza, fuselaje y otros restos, como los de los seres humanos que habían muerto dentro. Silencio y polvo fueron el fundido para un cambio de escena en el mundo.

II

Hoy, estoy en el juzgado. Pero no soy yo quien ha puesto ninguna denuncia. Me han llamado como testigo. ¡Quince años después! Cuando acabó aquella paliza, fui al cuarto de baño y me desinfecté las heridas y los cortes. Luego, empecé a recoger el desaguisado. Como una autómata, seguía la orden inquebrantable de mantener la casa limpia y decente. Llené dos bolsas grandes de basura con los restos.

Mientras barría los cristales, el presidente de Estados Unidos volvió a comparecer en la televisión. La humillación a su

nación había sido demasiado grande y había que ofrecer una respuesta que estuviera a la altura. Estaba claro que se iban a emplear todos los medios. Sonará muy bárbaro, pero llegué a desear que hubiera una guerra mundial y que todos los hombres se fueran a luchar entre ellos. Pensaba que sólo una guerra podía librarme de la que yo tenía en mi propia casa. Por la noche, Julio reapareció y, a su manera, vino a pedirme perdón.

- Me pones nervioso y, luego, mira lo que me haces hacer.

Creo que esa frase fue la que colmó el vaso. Por la mañana, cuando se marchó a trabajar, me organicé y llamé a mi hermano para que me viniera a recoger. Tuve que contar todo a mi familia. La reacción fue de apoyo absoluto.

De hecho, mi padre y mi hermano salieron esa misma noche a buscar a Julio y le leyeron la cartilla. Se ve que, entre ellos, se entendieron, porque eso facilitó mucho todo el proceso de separación. Allí, se disolvieron todas las razones de mi juventud. Nada de lo que había servido hasta entonces podría volver a servir en el futuro. Tal era el vacío de sentido que tenía que pasé casi dos años sin salir de casa.

Al final, un trabajo de reponedora en un supermercado fue la puerta hacia mi propia vida. Encontré una buena cuadrilla de amigas entre las compañeras, alquilé un apartamento y empecé a hacer cursos para aprender a utilizar el ordenador. Me parecía estar en la cima del mundo.

Había oído que, muy poco después de nuestro divorcio, Julio ya había rehecho su vida íntima con otra mujer, una tal Noelia. Yo no logro comprender por qué se empeñan en com-

partir la vida con seres a los que desprecian tanto. Pero el caso es que hay una clase de hombres que siempre necesitan una mujer al lado, aunque sea para humillarla. O, precisamente, la necesitan por eso, para poder emboscar la inseguridad propia en la humillación a otro ser humano. Me alegraba. No tanto por él, sino por mí misma. Pensaba que eso le tendría entretenido y que, por tanto, se reducirían las posibilidades de que se acordara de mí. Cuando se vive una situación de esas, el máximo deseo no es salir de ella, sino que nunca hubiera existido. Lo que más se desea es volver al punto de partida, pero sin tener que haber pasado por una experiencia que te roba la confianza en los demás y que destruye tu idea del amor.

El caso es que, efectivamente, su nueva presa le hizo olvidarse de mí. No había vuelto a saber nada de él hasta que, hace unos cuatro meses, recibí una citación del juzgado para comparecer como testigo. La familia de la tal Noelia le ha puesto una denuncia acusándolo de malos tratos psicológicos. Y para eso estoy yo aquí, para contar mi parte. Soy la única testigo. Noelia se tiró por la ventana el año pasado. Cuando lo supe, me retumbó, como un redoble evocador, la frase 'mira lo que me has hecho hacer'.

Y pensé en la gente que se dejaba caer desde los pisos más altos de las torres gemelas. Y también pensé en la otra gente, la que quiso resistir hasta el final, aunque fuera, en el fondo, el mismo final. Y pensé que podía haber sido yo. Y pensé que, tal vez, una denuncia mía podía haber salvado a Noelia. Y pensé que igual sólo había sido un accidente. Y pensé en cuáles serían las noticias el día que se mató Noelia. Y pensé que lo último que recibí de él fue una brutal paliza. Y pensé que, mientras todo lo demás ocurre, lo nuestro siempre está ocurriendo.

Y pensé que todos los días son 11-S para las mujeres del mundo. Y, ahora, pienso que mi declaración puede ser importante.

-Señora, pase por aquí. Cuando digan su nombre, acérquese al estrado.

Soledad

Muchas veces me sentía como una isla en mi propia casa. La verdad es que con mi marido siempre me sentí de lado. Bueno, a lo mejor él era la isla. Volvía del trabajo, comía y, enseguida, se marchaba a la calle y no regresaba hasta la noche. Las pocas veces que se quedaba en casa, se refugiaba en alguna actividad de la que quedaba siempre excluida. En este escenario crié a mis tres hijos, todos varones. Sola, siempre sola.

Muchas veces pensé que mi marido consideraba que con entregarme el dinero que ganaba para que organizara el hogar, ya era suficiente, ya había realizado su obligatoria aportación al matrimonio. Como si un hogar fueran esas cuatro paredes

llenas de muebles y de aparatos eléctricos que nos proporcionan cierto confort y nada más. Como si para convertir un simple piso en un hogar no hiciera falta un calor especial.

Recuerdo que, al principio, cuando los niños eran pequeños, muy de vez en cuando, Esteban se hacía cargo del mayor o de los mayores mientras yo lavaba o amamantaba al más pequeño. Pero es un recuerdo tan lejano y tan vago que he llegado a pensar que me lo he inventado, que tendría que ser así porque con alguien se tendrían que quedar, pero no lo recuerdo en el baño, ni en la sala con los pequeños. Quiero creer que fue así y que no me dejó sola del todo con los tres hijos.

Sin embargo, los recuerdos que son ciertos como que ahora estoy aquí escribiendo esto, son recuerdos en los que nunca estaba él. Recuerdo pasear con el carrito y los dos mayores, agarrados a él, caminando a lo largo de la alameda que bordeaba la ría.

También recuerdo a mis niños jugando en la playa o los paseos dominicales por aquel monte al que íbamos con mi hermano Jesús o las celebraciones de la primera comunión de cada uno de ellos... Bueno, sí, hay una foto en la comunión de Natxo, el mayor, en la que sí aparece él. Sólo en una fotografía y sólo en una comunión.

Otros recuerdos son de profunda tristeza como cuando tuve que llevar a Carlos en taxi al hospital de Cruces porque se ahogaba. Estuvo dos días hospitalizado. A la angustia de no saber qué le pasaba a mi hijo, se le unió la de tener que dejar a los otros donde una vecina. Yo no me podía mover del hospital. Dos angustiosos días y sola. Esteban solo me llamó el segundo día para ver cuándo volvía. Ya, cuando le dieron el alta y vino a buscarnos.

- ¿Cómo se te ha ocurrido dejar la casa abandonada?

- Pero Esteban, Carlos estaba muy grave...

- Perdona, pero Carlos era el que estaba más atendido de todos. Estaba en el hospital y tenía médicos y enfermeras cuidando su salud; mientras que yo y tus otros hijos hemos estado abandonados!

No supe qué decir: aún estaba conmocionada por la enfermedad del niño, preocupada por el resto de mis hijos, reventada de cansancio de dos días sin pegar ojo suspirando por la vida de Carlos y... lo había hecho todo mal, había sido un fracaso porque... ¿Por qué?... Por lo visto, porque tenía que haberme quedado en casa atendiendo a los pequeños sanos y a mi marido. Recuerdo que no dije nada durante el viaje de vuelta. Solo lloré. Procuré que no viera mis lágrimas, aunque tampoco tuve que disimular mucho. No me miró más.

Por desgracia, hubo episodios similares al de Carlos en el hospital y, por desgracia, yo seguí siempre sola. No sé si volví a errar y no cumplí con mi papel de madre y esposa, pero siempre procuré que a él no le faltara lo que demandaba de mí.

Siempre pensé que mis hijos necesitaban un padre. Y también, durante muchos años esperé que resurgiera aquel hombre con el que me había casado, al que había unido mi vida para siempre, pero pasaban los años y parecía estar esposada a un fantasma. Nunca te acostumbras a tanta soledad, sobre todo cuando parecen esforzarse para que la evidencies tanto. El único momento de acercamiento de mi marido hacia mí era cuando volvía a la noche a casa, muchas veces borracho, y se

acostaba. Es difícil defender que practicar el sexo con Esteban fuese 'hacer el amor' porque aquello no se parecía nada ni al amor, ni al cariño, ni a un simple afecto. Ni una palabra, ni una caricia, ni una sonrisa... Sólo su desahogo que a él lo dejaba agotado y enseguida dormido y a mí con la sensación de haber cumplido con el deber de esposa, uno de los más ingratos de los que tenía que llevar adelante. Así dispone Dios las cosas. Precisamente, esas obligaciones maritales me llevaron al ginecólogo quien me recetó cuantos medicamentos hicieron falta para tratar de combatir la enfermedad venérea que me había contagiado. Volví a casa de la consulta con un disgusto tremendo y, también, rabiosa. ¿Con qué hombre me había casado yo? Además de borracho, ni siquiera tenía el más mínimo cuidado de con quién andaba y las consecuencias que pudiera tener para mí o para nuestra vida en común. La enfermedad tardó en curarse y estuve mucho tiempo muy fastidiada, pero lo que más me dolió fue lo que suponía que él me hubiera contagiado. No tuvo ni una palabra de disculpa, ni el más mínimo gesto. La vida continuó como si nada hubiera ocurrido, salvo para mí.

Los niños crecieron y empezaron a estudiar en la Universidad. Pronto, empezaron a buscarse la vida fuera de aquellas paredes con muebles y aparatos dentro. Yo, ya sin unos niños que cuidar, procuré buscarme una inquietud con la que llenar mi vida. Durante algún tiempo, la Iglesia y Cáritas fueron las causas que abracé con más entusiasmo. Luego empezó mi militancia pacifista a la que me entregué de todo corazón a pesar de los malos tragos que tuve que soportar. Esa tensa situación y la jubilación de Esteban me llevó a plantear a mi marido la posibilidad de marcharnos a un pueblecito de La Rioja donde

teníamos una casita desde hacía unos años. No sé si fue una idea acertada, pero entonces pensé que podría ser un cambio positivo en nuestras vidas.

La apuesta era grande: nos marchábamos del lugar donde siempre habíamos vivido y nos íbamos Esteban y yo solos a ese pequeño pueblecito. Sería difícil que las cosas entre nosotros se pudieran recomponer a estas alturas, pero había que intentarlo. Esteban enseguida se aclimató a la nueva vida, perdón, al nuevo pueblo. Su vida, siguió siendo la misma.

Yo me había resignado a la soledad en la pareja, pero no podía morirme encerrada entre cuatro paredes. Busqué un hueco en el que rehacer mi vida social. Solía ir a nadar y en el polideportivo enseguida hice amigas y la tranquilidad del pueblo me devolvió una cierta paz.

Sin embargo, la casa empezó a convertirse en un infierno. Esteban llegaba prácticamente todos los días borracho. Normalmente, era capaz de sentarse a la mesa a cenar, pero otras veces llegaba... En esas ocasiones, tenía que limpiarle de arriba a abajo en la ducha, porque se había hecho sus 'necesidades' encima.

Yo no esperaba una palabra de agradecimiento. No esperaba que me manifestara afecto. Solo quería que Esteban me permitiera mantener una vida digna en los años que me quedaban. La convivencia con él me estaba volviendo loca. Ya no podía más. Es verdad que nunca me pegó, pero hay otras formas de hacer la vida de una persona insoportable y esa era mi vida: insoportable. A la soledad y el desprecio que había sentido toda mi vida, se le sumó el que su rutina por el alcohol me convirtiera en su esclava cuidadora a unos niveles difíciles de soportar, especialmente cuando no hay ni una gota de cariño.

Cuatro años después, tomé la decisión de marcharme de casa. Fue una decisión difícil. Yo misma me pregunto cómo pude hacerlo después de todo lo que había aguantado. Sin embargo, sentí la imperiosa necesidad de dejarle para poder vivir. Mis hijos conocieron, desde el primer momento, las razones por las que yo me separaba de su padre. Me dijeron que lo entendían, aunque con el tiempo, me he dado cuenta de que no era así.

Cerca de un año más tarde, Esteban cayó enfermo. Le diagnosticaron cáncer de hígado. Si mi vida había sido hasta entonces más bien triste, a partir de ese momento, se convirtió en pura amargura. Mis hijos, a pesar de saber lo que yo había sufrido junto a su padre, me pidieron que volviera a casa para cuidar de él. Mi negativa fue radical. Estaba harta de haber entregado mi vida a quien no apreciaba ni valoraba absolutamente nada de mí, a quien me humilló sin pudor, a quien me abandonó desde el primer momento en la crianza de mis hijos y, en cualquier otro orden de cosas de mi vida, a quien no quiso compartir conmigo absolutamente nada... No podía y así se lo dije. A partir de ese mismo instante, empecé a comprobar que los valores en los que yo había vivido toda mi vida y que de alguna manera trasmití a mis hijos se volvían contra mí. Ellos entendían que yo tenía que seguir cuidando, tenía que seguir manteniendo los mínimos que aseguraran el bienestar de ese hombre, que era mi responsabilidad, que ese era mi deber.

No fue así y Natxo, Carlos y Andoni, a su manera, tuvieron que atender a su padre. Según iba complicándose el panorama, empezaron a mostrarse cada vez más hostiles hacia mí. Se encontraron en una situación no prevista y no eran capaces de asumir que ellos eran responsables del cuidado de su padre.

A partir de ese momento, el sufrimiento que yo había soportado todos aquellos años, ya no les importaba y me llegaron a recriminar que si había estado tan mal, por qué no me había marchado antes de casa. ¿Ya habían olvidado todo por lo que yo había pasado? Entonces empecé a perderlos. Durante aquellos meses que duró la enfermedad de Esteban, me hicieron la vida imposible. Me responsabilizaron de su desgracia, la de tener que atender a su padre, y comenzaron a martirizarme por ello. Incluso mi nuera fue criticando a mis espaldas lo que yo había hecho: 'abandonar a un pobre hombre enfermo'.

Esteban murió hace dos años y medio. Ahora, muchas de las amigas que hice al llegar al pueblo giran la cara cuando pasan a mi lado. Este es un pueblo pequeño y es difícil librarse de los rumores y de las lenguas viperinas. Hace mucho tiempo, más de un año, que mis hijos me impiden ver a mis nietos. Ellos tampoco me visitan, ni siquiera me llaman en Navidad. Es la manera que tienen de mortificarme. Sería absurdo ocultar el dolor tan grande que me causan. La tristeza más infinita que siento cuando me privan de mis nietos, de la alegría del mundo... Y de nuevo sola. En Navidad suelo apuntarme a algún viaje para mayores organizado donde encontrar un refugio a esta soledad, a este abandono tan inmenso.

No sé si algún día se darán cuenta de la vida que yo tuve, de lo infeliz que fui, de que lo di todo hasta que ya no pude más... de que fui su madre y su padre a la vez de la mejor manera que pude hacerlo... Ahora tengo 80 años y, de otra manera, pero estoy más sola si cabe. Esta vez, ni siquiera tengo hijos o nietos a los que cuidar, mimar, sonreír... y que me sonrían. Mi psiquiatra me ha dicho que me busque vías de escape. Lo intento. Todos los días me propongo no dejarme llevar por la

tristeza, pero me cuesta mucho. Desde hace unos meses, los martes voy a visitar a una anciana que no tiene a nadie. Le voy a hacer compañía y sé que ella me lo agradece. Lo que no sabe es que con ella yo recibo más de lo que doy.

Sé que tengo que seguir hacia delante, que soy valiente, que he luchado mucho y que no puedo tirar la toalla. Sé que lo conseguiré.

relato

Sombra

Tiene el paquetito encima de la mesa, envuelto en un papel de regalo lleno de colores y de peluches, globos, arcos iris y caballitos de mar dibujados. No sabe muy bien qué hacer con él. Ya ha cumplido con el protocolo habitual para comprobar que no es un artefacto peligroso. Lo ha escudriñado por los cuatro costados. Pero no parece que tenga ninguna mancha aceitosa y mucho menos cables o hilos sueltos; lo ha tanteado y no es ni demasiado pesado ni excesivamente liviano; lo ha husmeado y no le ha parecido detectar ese olor a almendras amargas que dicen que tienen los explosivos; incluso se lo ha acercado al oído por si sonara dentro el tic-tac de un reloj. Nada. Las

sospechas parecen infundadas. Todo parece correcto. Aún así, no se atreve a dárselo al niño.

Ángel es el guardaespaldas de Nekane. La protege de su ex marido Félix, que tiene una orden de alejamiento. Esta mañana, cuando Ángel ha dejado a Nekane en su casa después de llevar a los niños al colegio, Félix se le ha acercado en la calle y le ha entregado ese paquete de regalo para el niño.

- Toma, dale esto a mi hijo, que no me puedo ni acercar a él sin que me jodáis la vida –le ha espetado.

Ahora, el paquete está en la mesa de cocina de Ángel. Se le ha metido el trabajo en casa. Literalmente. Es la primera vez que le ocurre en toda su trayectoria de más de quince años en una compañía de seguridad privada. Antes había sido guardaespaldas de cargos políticos señalados por el terrorismo. Cuando esa lacra terminó, muchos de sus compañeros se quedaron sin trabajo. Algunos de los restantes fueron asignados a la protección de otros colectivos amenazados. Ángel ha estado haciendo labores de vigilancia en fábricas, supermercados, e, incluso, en una junta general de accionistas de una compañía eléctrica. Les ordenaban ponerse en la primera fila del auditorio, armados con paraguas. Debían abrirlos estratégicamente, si alguien trataba de protagonizar alguna protesta que implicase lanzamiento de objetos a los miembros del consejo de administración. Resulta paradójico haber protegido a gente tan poderosa tan sólo con un paraguas, mientras que, ahora, tiene que extremar las medidas para velar por la seguridad de una mujer tan sencilla y humilde como Nekane, cuya vida se redu-

ce a los hijos, las citas con el psicólogo o los servicios sociales, las visitas, también casi habituales, a los juzgados y poco más. Sí, algún café con las amigas y la limpieza esporádica de alguna casa para poder complementar la exigua ayuda que recibe por estar a cargo de los menores. Se hace muy raro escoltar a una mujer que va a hacer tareas domésticas. Pero, cuando le asignaron a la custodia de mujeres maltratadas, ya le advirtieron que podía resultar incluso más peligroso que la amenaza terrorista. Tiene miga la cosa.

Desde que acompaña a Nekane, está más pendiente de las noticias sobre violencia machista. Nunca lo había pensado, pero se ha dado cuenta de la cruel creatividad que tienen los hombres que asesinan a mujeres. A puñaladas, a golpes, asfixiadas, quemadas, troceadas, arrojadas por la ventana... Y siempre con una violencia desbordada, desproporcionada, que va más allá del propio asesinato en sí. En una guerra, matas al enemigo y punto. Ángel lo sabe, porque ha estado en el ejército. Antes de dedicarse a la seguridad privada, estuvo siete años en la Legión. Años duros. Allí, al menos, hay un código hasta para el trato con el enemigo y, casi siempre, es mucho mejor que el que dan individuos como estos a sus mujeres. Pero ¿por qué hay un código mejor para los enemigos que para ellas? Tal vez, porque nos identifiquemos por encima de todo con los hombres, aunque sean enemigos, que con las mujeres, aunque sean nuestras compañeras o conciudadanas.

El paquete de regalo sigue ahí. Ángel tiene que tomar una decisión. Tal vez, lo mejor sea abrirlo y asegurarse de que no es ninguna barbaridad. No es la primera vez que un hombre hace daño a sus hijos para mortificar a sus ex parejas. Pero, si lo abre, se romperá el papel. Tendrá que envolverlo de nuevo.

Eso le recuerda a su madre, cuando empaquetaba los pedidos en la tienda. Paquetitos de garbanzos, arroz o bacalao en papel de estraza. Tenían un ultramarinos en el barrio. Llevaba el nombre del padre, 'Casa Sebas', pero la que prácticamente hacía vida allí era la madre. El padre se dedicaba a lo que, de haber conocido el término, habría llamado relaciones públicas. Sí, madrugaba para traer las mercancías al punto de la mañana, pero, luego, se pasaba todo el día merodeando por las tabernas cercanas o pegando la hebra con los compadres de la plaza. Sólo volvía a ser diligente y puntual a la hora de hacer caja. Entonces, llegaba como el té de las cinco. Contaba el dinero, dejaba algo a la madre para las necesidades de la casa y el resto iba directamente a su bolsillo. Era un hombre de 'taco'. Le gustaba llevar un buen fajo de billetes en el bolsillo y sacarlo cada vez que tuviera que pagar un vino. Que se viera bien el poderío. Se lo gastaba todo en sí mismo. Era presumido, así que no se privaba de buenos trajes, camisas y zapatos. Pero su máxima inversión era en las farras con los amigos. Cenas, copas y, seguramente, alterne de pago. A veces, la madre se quejaba de que, entre la casa y la tienda, no daba abasto. Entonces, a él se le esfumaba el don de gentes que tenía con los de la calle y se liaba a voces. Dicen que los niños varones tienden a imitar las actitudes de sus padres, pero a Ángel le llevaban los demonios cuando el suyo se ponía agresivo con la madre. Sí, Ángel se da cuenta ahora de que su madre también era una maltratada. Hasta hace bien poco tiempo, ese tipo de relaciones se tomaba como algo normal. Hoy, su madre podría haber tenido otra vida bien diferente. Y, si tira más del hilo, Ángel piensa que, en cierta medida, él también fue un niño maltratado. No porque le pegaran más de

lo habitual en aquellos tiempos, sino porque un día, cuando ya tuvo quince años, se interpuso en una de las clásicas discusiones familiares y se enfrentó al padre. Al día siguiente, salió por la puerta de casa para no regresar más. Eso le llevó a la Legión. Dos años de callejear y vivir de mala manera le hicieron ver la opción de la Legión como una salida honrosa y llena de posibilidades para la vida. No le dio tiempo ni de llegar a la edad de saber que, en realidad, lo que le gustaba era la arquitectura, cuando ya estaba arrastrándose por los secarrales del desierto de Almería con un mítico cetme entre los brazos. Esa fue su juventud.

Podía intentar buscar un papel de colores parecido y ya está. Total, el niño no sabe cómo es el original y, en todo caso, le va a durar cinco segundos. Se supone que lo que le tiene que interesar es lo que hay dentro. El niño se llama Jimmy y tiene cinco años. Lucía tiene tres. No entienden bien por qué les acompaña ese hombre, pero, ahora, es lo más parecido que tienen a un padre. Al fin y al cabo, está siempre pendiente de ellos y de su madre. Por eso, Ángel quiere asegurarse de que el regalo va a estar bien envuelto. Tiene que parecer el de un padre. Rasga el celo del paquete con la cuchilla de un cúter. A pesar del examen exhaustivo, aún desconfía del contenido. No le da buena espina el tal Félix. De hecho, no tendría que haberle dejado acercarse. Esa insolencia es un claro mensaje del control que tiene sobre los movimientos de su ex mujer y, ahora, sobre el propio Ángel. Al quitar el celo, el papel de colores se abre como una mano y deja ver lo que guarda en su corazón.

Algunas veces, Ángel ha llevado en su propio coche a Nekane. Ella no tiene ni carnet de conducir, así que, si quiere

acercarse a hacer compras a alguna gran superficie o algo así, él se ofrece y la lleva. Un día, incluso, llevó a todos de excursión a la playa. No debería haberlo hecho, porque la playa es uno de los lugares donde menos protección puede brindar. Es difícil camuflar un arma reglamentaria en un lugar lleno de gente casi desnuda. Pero hacía tanto tiempo que ni siquiera veían el mar.

Se lo pasaron en grande, mientras Ángel celaba desde la cafetería más cercana. Para él, fue una de las tardes más tensas. Al volver, Lucía cayó rendida en el asiento de atrás, mientras que el niño se puso a canturrear algo imitando al idioma inglés. Era gracioso y se veía que tenía buen oído, el puñetero. A su madre le había sondado el móvil. La llamó alguna amiga. Parecía que trataba de convencerla para que diera otra oportunidad a Félix. Nekane hablaba muy bajito. No quería que la oyeran los niños, pero, entre los susurros, Ángel captó algunas de sus vacilaciones.

- Sí, sí, yo también pienso que, desde que me separé, estamos de pena. Sé que no tenemos dinero para nada, que vivo con tanto miedo o más que antes... pero no puedo echar marcha atrás. Por mí y por mis hijos. Sobre todo por mi hija.

A Ángel le llamó la atención el énfasis en la mención a la hija y, cuando colgó, le preguntó si alguna vez había hecho algo a la niña. No. Físicamente, no. Sólo que la llamaba 'putita' desde que era un bebé. Decía cosas terribles de la criatura, que aún no sabía ni hablar. Era como si descargara todo el desprecio hacia las mujeres sobre su propia hija recién nacida, como si dejara caer toda su inmensa suciedad sobre el bebé. Al niño,

en cambio, se lo llevaba por ahí y le enseñaba a tirar piedras a los gatos o a mear contra los árboles. Como si eso fuera un honor. Veía en el pequeño a alguien que podía seguir la tradición de los hombres valientes como él.

- Es que nosotros tenemos más fuerza, eso no se puede negar –solía ser el punto final de su argumentación.

Pero, claro, no lograba avanzar hasta la siguiente pregunta: ¿obliga el simple hecho de tener fuerza a utilizarla en contra de otras personas? En ese caso, también las mujeres podrían agredir a niños y ancianos. O los hombres más fuertes podían cargarse a los más débiles, así sin más. Y, sin embargo, no se oye sobre un asesinato de esos cada tres días.

Ángel, que ahora dedica mucho tiempo a pensar sobre estos asuntos, cree que el quid de la cuestión no está en tener fuerza, sino en la voluntad de usarla contra otras personas. Y, luego, se sorprende al pensar la cantidad de hombres que están dispuestos a ejercer su fuerza sobre las mujeres, la mayoría de las veces es una lógica que 'sólo' practican sobre ellas.

Bueno, ahí está el regalo para el niño. Una pistola. Francamente, era una ingenuidad esperar otra cosa. Es de juguete, sí, pero no de colores como, en todo caso, correspondería a un niño de cinco años. Es negra, brillante y pulida como las que salen a todas horas en las películas o series de televisión. Al verla, Ángel ha dado un respingo hacia atrás. Está tan bien conseguida que, por un momento, ha pensado que era de verdad. ¿Se trata de un regalo para el niño o de un recado para la madre? Ángel siente repugnancia. Le invade una especie de náusea. Se imagina vivir con el terror metido en casa o mero-

denado en tu existencia. Entregar ese juguete diabólico sería introducir un mensaje de amenaza en casa de Nekane. Y esa mujer es lo último que necesita. Otro recordatorio de la acechanza mortal a la que le somete su ex marido. Sí, vivieron algunos años en aparente felicidad. Muy al principio. Ella ya tenía que aguantar la furia posesiva de Félix, pero, entonces, lo consideraba una prueba de amor. Y ella quería conservar ese amor a toda costa. Hasta que nació la niña.

El nacimiento de Lucía fue el detonante. La pequeña descorrió el velo que tapaba la verdad a los ojos de su madre. Hasta entonces, Nekane había sufrido las iras de su marido pensando que tal vez tuviera razón, que tal vez había mirado a otro hombre, que tal vez fuera cierto que le gustaba lo que Félix llamaba 'zorrear' y que consistía, por ejemplo, en ser simpática al dar los buenos días a un vecino que se cruzase en el ascensor. Pero, cuando nació la bebé, tan indefensa, tierna e inocente, y vio que ya se refería a ella de esa misma manera, se le reveló la verdad. Ese hombre lo único que hace es proyectar sobre las mujeres la idea preconcebida que tiene sobre ellas. No soporta en ellas lo que se jalea a sí mismo. Tiene una idea sucia y mezquina, llena de desprecio hacia las mujeres. Justo el desprecio que debería sentir por si mismo.

Ángel acaba de entregar el paquete a Jimmy. Se lo ha pensado mucho, pero, al final, ha decidido hacer prevalecer el sentido del deber. Va a hacer lo que cree que tiene que hacer. Eso sí, ha encontrado un papel de regalo mucho más bonito que el anterior. Este está lleno de superhéroes con trajes que brillan. También se siente orgulloso del buen embalaje que le ha salido. No podía ser de otra forma. Ahí se ve claramente la herencia de su madre.

Por cierto, tiene que ir a visitarla. Hace mucho que no la ve y siempre es mejor echar un vistazo. Como no se queja, nunca se sabe si necesita algo. Y con una pensión no contributiva se pueden llegar a pasar dificultades. No tiene ni la de viudedad. Como 'Casa Sebas' era de la familia del padre, se casaron con separación de bienes. Y, después de toda la vida trabajando y dando carácter al negocio, no había estado de alta ni un solo día. No poder rectificar es otra de las dificultades de ser mayor, pero lo que aprendemos del pasado rara vez sirve para solucionar el presente.

Jimmy tarda mucho en abrir el paquete. Claro, como está tan bien envuelto. Al final, consigue rasgar el papel. Spiderman queda partido en dos. Abre los ojos como platos y se le dibuja una sonrisa de alegría.

- Es de parte de tu padre – le dice Ángel.

- ¡Mira, mamá! ¡Este señor conoce a papá y le ha dado esto para mí!

La madre mira las manos de su hijo. Sostiene un órgano a pilas. Cada tecla está pintada de un color diferente y todas llevan el dibujo de algún animalito.

- ¡Sí que es bonito, cariño! Pero ya sabes que, ahora, tienes que aprender a tocar algo para que yo pueda estar muy orgullosa de ti.

Ángel saca otro paquetito y se lo da a la niña.

- Lucía, para ti también hay un regalito.

La niña lo coge, pero él la ayuda a abrirlo. Es un mapamundi inflable. En cuanto está hinchado, sus deditos empiezan a señalar los países, las ciudades, los mares. Es el mundo en sus manos.

V

I O

L E N

C I A C

O N T R A

L A S M U J

E R E S U N A
I N J U S T I C I A

N O R M A L I Z A D A
E N L A S O C I E D A D

¿ Y, T Ú, L A V E S ?

Mujeres

LOURDES LORENTE DIHARCE

Las presentes páginas son una reflexión sobre cuestiones que, después de más de una década de Ley Orgánica de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género, siguen suscitando dudas que, a su vez, se traducen en victimizaciones –primarias y secundarias- sin que, de momento, hayan logrado encontrar la suficiente y necesaria cobertura, tanto desde las instituciones como desde la familia y la sociedad, etc.

En este texto, al contrario que en otros apartados de este libro, se ha optado en la mayoría de las ocasiones, la expresión "violencia de género" y no la de "violencia contra las mujeres",

porque la referencia es la citada Ley Orgánica, que así define este tipo de violencia, como "de género".

Es necesario recordar, una vez más, que la violencia contra las mujeres es la expresión más dura de la desigualdad entre hombres y mujeres. Así mismo, es necesario recordar que, en nuestro contexto normativo, la violencia de género hace referencia a la ejercida/sufrida dentro de las relaciones de pareja y que esta forma de violencia de género es la más repetida. El reconocimiento legislativo a la igualdad y la lucha institucional contra la violencia hacia las mujeres, aunque de gran importancia, son muy recientes y no han estado exentas, ni están, de polémica e interpretaciones empapadas de la ideología patriarcal, lo que lleva a profesionales, hombres y mujeres, y al conjunto de la sociedad a tener dudas e imágenes sesgadas sobre lo que significa la violencia de género.

En la intervención con mujeres víctimas, una de las preguntas más frecuentes que nos encontramos es si deben o no denunciar porque no están seguras sobre si lo que están viviendo es calificable como violencia de género. ¿Por qué resulta muy difícil para las mujeres víctimas de violencia de género reconocerse como tales? Porque les asaltan sentimientos de vergüenza por un supuesto fracaso: por no haber conseguido su ideal de familia, de pareja, por no ser capaces de romper la relación, por no trabajar fuera de casa y "no aportar económicamente", por trabajar fuera y "no haber tenido tiempo para cuidar su relación", por sentirse enfermas, física y psicológicamente, etc. Porque el auto-reconocimiento de víctima -también para la sociedad- resulta menos complicado si hay violencia explícita y llamativa: palizas, ojos amoratados, huesos rotos, contusiones, etc.

Porque el daño psicológico es grande y uno de sus efectos es "sentirse" merecedora del maltrato: "haber provocado".

A la pregunta de si "debo denunciar la situación de violencia de género", obviamente existe una respuesta "rápida" y es que sí. La violencia de género recoge en su concepción penal una serie de delitos (pudiendo darse todos, algunos, o uno): acoso, abuso, agresión física con lesiones de toda índole y otras sin lesiones visibles -pellizcos, empujones, bofetadas, patadas, palizas, violación-, agresión emocional -gritos, violencia contra objetos con intención intimidatoria, miradas amenazantes, silencios prolongados-, control sobre las relaciones con otras personas -familia, amistades, compañeros y compañeras de trabajo...-, asesinato, etc. Por tanto, la respuesta "químicamente pura" debería ser "sí, denuncia".

Sin embargo, la experiencia nos dice que esta respuesta no es válida en todos los casos, ni siempre, ni para todas las mujeres.

La aprobación de la Ley Integral en 2004 trajo a la superficie un problema que es padecido por una cantidad de mujeres difícilmente calculable en el mundo, sacándolo del ámbito doméstico y privado y otorgándole la importancia y la gravedad que tiene. La violencia de género es la realidad que se esconde detrás de lo que no hace tanto tiempo se denominaba como celos, amor ciego, crímenes pasionales... y que tiene su origen en la desigualdad entre hombres y mujeres.

Desde 2004 y durante los años siguientes, los poderes públicos se han esforzado por difundir la idea de que es posible poner freno a la violencia, que las mujeres que la viven a diario no están solas, que cuentan con el apoyo de las instituciones y con el compromiso de la sociedad. Se ha trabajado para impli-

car al conjunto de la sociedad, también a los hombres. La mayoría de los esfuerzos han ido dirigidos, fundamentalmente, a animar a la denuncia y a reforzar la idea de que existen apoyos y resortes "para salir de la violencia". Los poderes públicos se han comprometido activamente. No obstante, es posible que, al informar y educar sobre lo que es violencia de género y, por tanto, "denunciable", se haya transmitido una idea incompleta. Las campañas nos han presentado mujeres manifiestamente golpeadas que, con mucha frecuencia, son también madres y ofrecen vivencias que sugieren que viven la violencia de género dentro de una relación de pareja muy concreta, la tradicional que da origen a la familia nuclear.

La visión es correcta, pero sólo es una muestra; esto es, se ha tomado la parte por el todo, lo que ha dado lugar a un grado de distorsión tal, que hace que muchas mujeres que están siendo víctimas de violencia de género, no se sientan legitimadas, no ya para interponer una denuncia, sino, incluso, para solicitar apoyo especializado: "Bueno, maltrato..., no sé... de pegarme y eso, nunca...".

Igual que no existe un perfil claramente definido ni de víctimas ni de victimarios, tampoco existen respuestas categóricas y mucho menos soluciones del tipo "paracetamol tres veces al día". La casusística es muy diversa. No hay un caso igual a otro porque cada mujer lo experimenta, lo vive y lo siente desde sus propias circunstancias filtradas por su propia socialización: el ámbito en el que ha sido educada y la cultura de la que se ha empapado. Y en nuestra sociedad, el patriarcado ha sido y sigue siendo el filtro a través del que se miran también las relaciones de pareja.

Por eso entiendo que es necesario clarificar más aún algu-

nas cuestiones que, aunque están reflejadas en la Ley Integral, no parece que estén del todo interiorizadas, no sólo por la sociedad, sino tampoco -y esto resulta preocupante y grave- por los y las agentes que intervenimos en los procesos de ayuda y apoyo: profesionales del trabajo social, del ámbito sanitario, de la psicología, del derecho, de la policía y de la judicatura.

Artículo 1 de la Ley Integral

La presente Ley tiene por objeto actuar contra la violencia que, como manifestación de la discriminación, la situación de desigualdad y las relaciones de poder de los hombres sobre las mujeres, se ejerce sobre *é*stas por parte de quienes sean o hayan sido sus cónyuges o de quienes estén o hayan estado ligados a ellas por relaciones similares de afectividad, aun sin convivencia.

¿Qué es la violencia de género, más allá de los conceptos técnicos?

- Que tu pareja decida en tu lugar con quién puedes relacionarte y con quién no, y de qué manera lo puedes o lo debes hacer.
- Que te prohíba determinadas prendas de vestir, de prepararte, o que te exija formas concretas.
- Que controle tu teléfono, tus mensajes, tus correos…
- Que te obligue a desviar la mirada ante otro hombre o viendo una película o en un espectáculo, etc..
- Que te amenace con “abandonarte” si no te acomodas a sus “preferencias” (incluidas las sexuales).
- Que te grite en público y/o en privado.
- Que te dé una bofetada, una patada, un pellizco, una paliza…

- Que te siga para "cerciorarse" de que no le mientes, que te obligue a enviarle una foto para asegurarse de con quién estás y dónde.
- Que controle lo que gastas y te exija cuentas constantes.
- Que te insulte, te humille y te amenace. En definitiva, situaciones en las que hay actitudes y acciones que atemorizan y provocan miedo, en las que no hay una respuesta equiparable. Esto es, situaciones en las que existe un desequilibrio de poder ("eres tonta", "no sirves para nada", "tú qué vas a saber", "eres una puta", "no sirves ni para follar", "eres mala madre", "si me dejas, me mato/te mato/mato a los/las niños/niñas / no vuelves a ver a los niños/niñas", "a dónde vas a ir sin mí", "nadie va a creerte", etc.).
- Que te envíe cantidades enormes de mensajes (whatsapp, e-mails, cartas, notas, etc.) de toda índole: unas veces de arrepentimiento y de promesas de cambio y seguidamente son amenazas e insultos.
- Que te busque en tu trabajo o en tus espacios de ocio.
- Que acose a tus amistades y a tu familia para saber de ti y para contar "su historia" y las "razones" por las que él actúa violentamente.
- Que se haga pasar por ti en las redes sociales, para saber de tus movimientos, de tus relaciones o para ponerte en situaciones comprometidas.
- O que no haga "nada" y simplemente permanezca frente a tu casa, tu trabajo, el colegio, etc. intimidándote con su presencia.

Todos estos actos, todas estas actitudes son maltrato, delitos, son violencia de género y, por tanto, son perfectamente denunciables.

¿Quién es quién en una dinámica de violencia de género? ¿Y para la Ley?

En una dinámica de violencia de género, el hombre es el sujeto activo, es quien ejerce la violencia; y la mujer es el sujeto pasivo, quien la recibe. Habitualmente, se genera en torno a relaciones sentimentales, presentes y pasadas; esto es, con las parejas y/o ex parejas con o sin matrimonio, con o sin convivencia, con descendencia o sin ella.

La ONU define la violencia de género, en un sentido mucho más amplio que la Ley Integral: "violencia ejercida por los hombres sobre las mujeres por el hecho de serlo"; estos es, las agresiones sexuales, la violencia sobre las mujeres en los conflictos bélicos, el maltrato hecho por un hermano, por un tío, por un padre, por un conocido, por determinadas "costumbres" basadas en creencias religiosas, etc. Estas formas de violencia, obviamente, tienen cobertura en el Código Penal vigente, pero la Ley Integral NO se refiere a ellas y se circunscribe la violencia de género a la ejercida en las relaciones de pareja hombre/mujer.

El estatus de pareja

Las relaciones de pareja, sean del tipo que fueren, no tienen un principio exacto. ¿Quién decide cuánto tiempo ha de transcurrir para que una pareja sea así considerada? ¿Cuándo una relación puede empezar a ser considerada como tal: después de dos semanas, cuando se tiene un proyecto común, cuando hay matrimonio, cuando hay convivencia, cuándo hay descendencia…? Existen muchos y muy distintos tipos de parejas: hay parejas que no tienen proyecto común, otras no tienen descendencia, otras no contraen matrimonio, otras

no conviven, parejas abiertas, parejas en otras formas de relación, etc., y en ellas también se produce violencia de género. Por tanto, aunque la semana pasada hubieras conocido a "alguien especial" con quien decidiste mantener una relación más cercana y hace uso de la violencia –humillaciones, gritos, insultos, amenazas, agresiones…-, eso es violencia de género.

Parejas "0ficiales" vs. parejas "oficiosas y/ no públicas"

La Ley Integral se refiere a la violencia en la pareja. No habla de matrimonio, ni de parejas de hecho, ni de noviazgo, etc. por tanto, resulta evidente que cualquier mujer víctima de su pareja o ex pareja podrá acogerse a esta Ley y acceder al apoyo que se valore necesario, obviamente, sin realizar valoraciones sobre si la relación se mantenía de forma paralela a otra, o si el victimario tiene otra relación. Valorar una supuesta cuestión moral no es un criterio válido.

Violencia de género vs. una pareja conflictiva

A veces se pueden confundir. La línea que las separa es realmente fina, pero, tal vez, sirva para distinguir entre una y otra hacerse algunas preguntas: cuando discutes con tu pareja, ¿discutís ambos? ¿de la misma manera: a voces, lanzando objetos, con silencios, mediante envío de notas, con insultos, con portazos, con agresiones mutuas, ambos mostráis el enfado, la ira, la rabia…? ¿tienes el mismo nivel que él? ¿no te asusta lo que dice?, ¿no vas a cambiar tu parecer, ni vas a dejar de decir o actuar, ni de demostrar cómo te sientes, aunque estas situaciones se repitan mucho, incluso a diario, algunas veces? ¿hay semanas que no os dirigís la palabra?… Una relación conflictiva puede ser tremendamente dura y escandalosa

en sus formas y, a veces, incluso en el resultado -como pasaba en la "*La guerra de los Rose*"-, pero ninguna de las partes tiene más poder sobre la otra. No hay supremacía, dominio, ni sumisión, ni obediencia...

Sin embargo, deberíamos hablar de otra cuestión si hay una respuesta afirmativa en estas preguntas: ¿tengo miedo? ¿evito un ataque/discusión aceptando lo que sea? ¿cumplo las normas marcadas por mi pareja de forma escrupulosa? y, si incumplo las normas, ¿hay un castigo, una reprimenda, una consecuencia? ¿da igual que cumpla las normas o no? ¿me siento como si fuera una niña, sin capacidad para decidir? ¿no puedo hacer nada por mí misma sin pedir permiso? ¿accedo a mantener relaciones sexuales porque, si me niego, me humilla, me insulta, me golpea, me fuerza, insiste hasta la saciedad, no acepta un 'no'?, durante el transcurso de una "discusión", ¿me ha dejado fuera de casa?, ¿me ha roto el teléfono? ¿ha revisado mi bolso?... En todas estas actitudes hay un desequilibrio, hay una parte que avasalla a otra, que la intimida, que amenaza, que agrede... cuando esa parte es el hombre y la otra parte es la mujer y ambos son o han sido pareja, aunque ya no convivan o nunca hayan convivido, eso es violencia de género.

> "No importa el tiempo que lleves con una persona o el tipo de relación, porque, si alguien te humilla, agrede o amenaza, ¡eso es violencia de género!

Una situación de violencia de género no es una foto fija: es un continuo, con picos de sierra jalonados por "círculos de la violencia".

El cambio en este tipo de relaciones no se produce por sí mismo. Las justificaciones suelen estar presentes: "a ver si cambia", "ha sido la crisis", "no es malo", "sólo se comporta así cuando bebe", etc. Las víctimas directas son las mujeres que padecen la violencia y, en el caso de que tengan hijos e hijas, ellos y ellas también. La violencia de género se puede manifestar sin distinción de clase social, formación académica, capacidad económica, edades y, naturalmente, en cualquier clase de relación de pareja. No hay una única forma de violencia: golpes, empujones, humillaciones, amenazas o acoso. Una mujer que continúa con su maltratador, que no denuncia, que no rompe la relación, que, incluso, llega a defenderle, no está "loca". No "se queda porque le gusta". No "se lo busca". Está diezmada como consecuencia de la violencia. Walker y Dutton lo definieron como el síndrome de la mujer maltratada: una adaptación a la situación violenta, que se caracteriza por el incremento de la habilidad de la mujer víctima para afrontar los ataques y minimizar el dolor.

> "El síndrome de la mujer maltratada hace que muchas de ellas incrementen su habilidad para afrontar los ataques y minimizar el dolor

Las consecuencias para la salud de la mujer víctima son muy graves. Por un lado, están las lesiones físicas en los casos en los que existe agresión. Puede desarrollar estrés postraumático: sentimientos depresivos, de rabia, baja autoestima, culpa y rencor. Además, puede padecer problemas somáticos y dificultades en las relaciones personales, hipervigilancia... supervivencia.

Y en estas condiciones, ¿cómo afrontar un proceso penal? ¿debe ser abierto en todo caso? ¿pueden trazarse estrategias que permitan que el proceso sea vivido de una forma menos traumática? ¿son ajustadas las expectativas puestas en el proceso? Y, si la decisión es no denunciar, ¿habrá apoyo?. Hay legislación sobre violencia de género, pero cada situación y circunstancia es única, de ahí que sea absolutamente necesaria una evaluación diagnóstica y un acompañamiento altamente especializado, sin que quede espacio para acciones que pueden estar más o menos cargadas de "buena voluntad", pero que pueden ser altamente perjudiciales.

> "Una situación de violencia de género no es un foto fija: es un continuo, con picos de sierra jalonados por 'círculos de la violencia'

Hombres

JORGE FREUDENTHAL PASCUAL

El objetivo de las siguientes páginas no es enseñar, ni dar clases acerca de lo que significa el patriarcado, ni dar respuesta a las múltiples dudas que puedan surgir al tratar el tema. Tampoco éste va a ser un espacio en el que podamos rebatir los argumentos (micromachismos en general) que se lanzan contra posturas que buscan la igualdad de las personas; en concreto, contra el feminismo.

El objetivo que pretendemos es plantear algunas reflexiones y algunas señales por las que las personas que nos lean sean capaces de elaborar un pensamiento crítico con la sociedad y consigo mismas.

Reflexiones para los hombres sobre la masculinidad del siglo XXI:

¿Los hombres son conscientes de los modelos de masculinidad hegemónica?

¿Nadie siente vergüenza al ver anuncios de detergente para lavavajillas en los que, generalmente, se trata a los hombres como tontos incapaces de emplear correctamente un electrodoméstico?

El perfil de hombres que se muestra en estos *spots* es el de varón de 40 años, guapo, que realiza alguna tarea doméstica (para ayudar a la mujer), con hijos e hijas (para mostrar que se ocupa de ellas y de ellos), pero que ignora cómo usar el detergente.

¿Este es el nuevo modelo de masculinidad? ¿Acaso este perfil no perpetúa los modelos anteriores de masculinidad de una forma sutil? ¿Este modelo es el anhelado por los hombres? ¿Es un referente válido?

Si repasamos las características del modelo más habitual de masculinidad, ¿ pensamos que un hombre se tiene que identificar con esto?

. Heterosexual, mirada heterosexuada basada en lo que se entiende como "normal y natural".

. Sexualmente siempre dispuesto.

. Con naturaleza superior a la mujer.

. Con trabajo fuera de casa: trabajos físicamente duros.

. Varonil y amante de ver deporte, especialmente fútbol.

. Visión ambivalente del cuerpo: culto al cuerpo u orgullosa barriga. Posibilidad de jactarse de su propia tripa, pero, a la vez, de arremeter contra las mujeres que no cumplen los cánones de belleza establecidos por las convenciones sociales.

. Valiente, intrépido, atrevido, no llora (especialmente en público).

. Expresión deficiente de los sentimientos: percepción de vulnerabilidad al expresarlos.

Sobre la influencia de los roles de género

La influencia de los roles es patente en todos los ámbitos y disciplinas: en casa, en el colegio, en la universidad, en el trabajo, en la pareja, en la educación a las hijas e hijos, etc.. l papel distinto que desempeñan mujeres y hombres en el ámbito público y en el ámbito privado viene marcado por la sociedad. Este aspecto implica pros y contras, tanto para los hombres como para las mujeres. Los roles y estereotipos hacen a los hombres protagonistas del ámbito público y a las mujeres del privado, censurando aquellos comportamientos que no se ajustan a estos patrones de sociedad patriarcal.

> “
>
> Si somos conscientes de que muchos aspectos relacionados con el género generan desigualdad, ¿por qué muchos hombres no se involucran de modo activo?

¿Resulta sencillo mantener constantemente una imagen de hombre duro y muy varonil, que no se emociona?

¿Para qué sirve separar a niñas y niños en la escuela? ¿De qué forma se puede ver afectado el desarrollo de la inteligencia interpersonal si se limita la interacción de niños y niñas?

El hecho de que algunas titulaciones universitarias sean, tradicionalmente, más de chicas o de chicos, ¿de qué forma se relaciona con el desempeño laboral? ¿Es casualidad que las titulaciones más orientadas al trabajo y cuidado con personas estén copadas por mujeres? ¿Qué dice la genética al respecto?

Sobre ir más allá de lo políticamente correcto

Si somos conscientes de que muchos aspectos relacionados con el género generan desigualdad, ¿por qué muchos hombres no se involucran de modo activo? ¿A qué pueden tener los hombres miedo, a la pérdida de beneficios?, ¿a que tengan que desempeñar más tareas domésticas?, ¿a que sean tildados de "poco hombres"...?

> "Y, sinceramente, ¿nos cambiaríamos por mujeres si recibiéramos el mismo trato que ellas reciben actualmente en nuestra sociedad?

¿Quién manda? ¿Es normal que el hombre sea el que mande dentro de la pareja y la mujer sea sumisa? Los hombres que dicen en el bar ante sus amigos que quien manda es su mujer, ¿se lo creen de verdad? ¿Es la mujer la que , después del trabajo, limpia la casa y se encarga de las criaturas? ¿Falso matriarcado?

Sinceramente, ¿los hombres se cambiarían por mujeres si recibieran el mismo trato que reciben, actualmente, las mujeres en nuestra sociedad? ¿De qué modo se sentirían los hombres y cómo les afectaría, se conformarían? El hombre que

responda negativamente a esta pregunta debería tomar una mayor conciencia y promover activamente la igualdad, involucrándose de mayor modo y visibilizándolo.

¿Cuál es nuestra responsabilidad como individuos y como sociedad? Si somos conocedores de una desigualdad en el trato a nuestro equipo de futbol, ¿no nos quejamos? Y cuando un convenio laboral nos deja en clara desigualdad frente a la patronal, ¿no nos manifestamos? Y si sabemos que en el piso de al lado hay un laboratorio de metanfetamina y una banda de traficantes, ¿no lo denunciamos? Si presenciamos un accidente, ¿acaso no auxiliamos a las personas heridas? ¿Por qué en el caso de la violencia contra las mujeres los hombres no se comportan del mismo modo? El silencio y la posición neutral en un conflicto son propias de cómplices.

Sobre qué es violencia contra las mujeres

¿Para qué sirve la violencia, cuál es su objetivo? Esto debe quedar totalmente claro: el objetivo único de cualquier tipo de violencia es controlar y dominar. Dentro de la violencia contra las mujeres, cabe distinguir varios tipos de violencia: física, psicológica, sexual y económica. Todas ellas tienen el mismo objetivo: dominar y mantener la hegemonía masculina.

Hoy en día, se cuestiona el que "pequeñas" actitudes o hechos se entiendan como violencia y se tiende a minimizarlos. Pero la realidad objetiva es otra y debiéramos cuestionarnos dónde ponemos el baremo, que ha de situarse en el punto de tolerancia cero.

- Un pellizco dado con mala idea es violencia.
- Sujetar por las muñecas para que no se vaya y nos escuche es violencia.

- Llamar 63 veces por teléfono en el mismo día es violencia.
- Insultar y atentar verbalmente contra la integridad, el físico o el intelecto es violencia.
- Conducir de forma temeraria siendo la acompañante la que pasa miedo es violencia.
- Pegar gratuitamente a la mascota de tu pareja es violencia. Insistir hasta que cede para mantener relaciones sexuales es violencia.
- Retirar el afecto y/o darlo con cuentagotas, a pesar de que exista una demanda afectiva, es violencia.
- Controlar los gastos, más allá de una cuestión de economía doméstica, es violencia.

Ciclo de violencia. De modo muy resumido, este ciclo consta de tres fases:

1. Acumulación de tensión.
2. Explosión de rabia.
3. Fase de arrepentimiento, "luna de miel".

Este ciclo tiende a repetirse en situaciones de violencia contra las mujeres. El hombre que se identifica con este ciclo, muy posiblemente protagonice una relación abusiva. Es necesario que el hombre se despoje de sus miedos y de sus mecanismos de defensa, ya que impiden que asuma la responsabilidad que le corresponde.

Apreciar el ciclo en la vida real implica una buena toma de conciencia y es un primer paso para poder romperlo y realizar cambios y romper con él. De lo contrario, se repetirá cada vez con más frecuencia.

Sobre la detección de la violencia

El entorno del hombre:

En el caso de que el hombre crea que gran parte de su entorno está en su contra, es posible que sea preciso que revise alguna de sus actitudes. En el caso de que familiares y/o amistades le comenten opiniones del tipo: "Te has pasado. No tenías que haberla insultado", "Se te ve muy celoso. Déjala tranquila", "Relájate, que ella ya es mayorcita", "Deja que baile con quien quiera", "¡Jodé, qué mandón eres con tu pareja, ¿no?!", "¡Deja de obsesionarte con el móvil y tu pareja!"... es posible que ese hombre necesite considerar su relación y su comportamiento.

> "Esto debe quedar totalmente claro: el objetivo único de cualquier tipo de violencia es controlar y dominar

El hombre que escucha comentarios similares a los siguientes: "¡Bien hecho! Yo tampoco dejaría salir así vestida a mi mujer", "Tienes razón, si es que ahora las mujeres se nos están subiendo a la chepa. Esto antes no pasaba", etc., debería contrastar estos hechos con diferentes personas/profesionales.

Si observa en la relación con su mujer o en la actitud que aprecia en ella:

a. Grandes diferencias y discusiones fuera de tono por la educación u otras cuestiones relacionadas con las y los menores.

b. Múltiples discusiones por cualquier motivo.

c. Aparentes cambios repentinos en la mujer: comienza a molestarse por aspectos, hechos o palabras por las que antes ni se inmutaba.

d. Estados de indefensión aprehendida: sensación de que haga lo que haga (ella) lo va hacer mal y para molestarle.

e. Miedo, voz temblorosa.

Si el hombre se ve a sí mismo:

a. Con conductas de control: horarios, teléfono, excesiva "curiosidad" por amistades y por compañeras y compañeros de trabajo, espiar, revisar la factura del teléfono.

b. Con pensamientos obsesivos relacionadas con su mujer, supuestamente agraviados por ella, a la que siente como una desagradecida respecto de todo lo que hace por ella.

c. Con baja tolerancia a la frustración: estados de rabia y tristeza.

d. Con autoestima desajustada.

e. Con una escalada de la ira.

f. Con conductas evitativas: alcohol, tóxicos, etc..

g. Desplazado por el nacimiento de una hija o hijo.

h. En el caso de que varias de estas conductas y/o pensamientos sean frecuentes en la relación de pareja, es señal de que no es una relación sana y debe acudir a profesional.

Sobre el cambio de actitudes

Trabajo y esfuerzo: que nadie se lleve engaño, los milagros no existen. Los cambios, en todos los aspectos, suponen esfuerzo y trabajo constante. Nadie puede bajar la guardia, los hombre tampoco. Pretender obtener resultados sin participar como hombres en el proceso de cambio supone autoexcluir-

se de la (inevitable) transformación social y de la sociedad. Y continuar poniendo trabas (políticas, económicas, religiosas, culturales y éticas) para impedir un desarrollo equitativo e igualitario es reflejo de una mentalidad anclada en la involución, en la ignorancia y en la exaltación de la desigualdad.

Todos y todas debemos responsabilizarnos de la sociedad en la que vivimos y compartimos, debemos asumir la responsabilidad ética y moral que nos corresponde y convertirnos en agentes de cambio en la medida que cada cual pueda, desde la humildad, desde el ámbito al que tenemos acceso. Los pequeños cambios van a generar cambios mayores y éstos acabarán propiciando cambios estructurales.

> “Pretender obtener resultados sin participar en el proceso de cambio es autoexcluirse de la (inevitable) transformación de la sociedad

¿Qué ha de ocurrir para que los hombres inicien estos cambios? Los hombres deben sentir la necesidad de cambio: visibilizar, sensibilizar e interiorizar la realidad con un par de gafas nuevas; unas gafas que permitan mirar desde una perspectiva de género. Para ello no basta a los hombres tenerlo claro a nivel cognitivo, en el pensamiento, porque sería como ese consejo médico sobre la necesidad de dejar de fumar, del que sabemos que está cargado de razón pero no seguiremos hasta no sentir de verdad la necesidad de dejar el tabaco. Es necesario que los hombres den un paso adelante,

que no se queden en una fase pre-contemplativa y pasen a la acción. La acción les va a llevar a realizar modificaciones:

- A nivel cognitivo: distorsiones cognitivas, mecanismos de defensa, percepción, re-definición...
- A nivel emocional: conciencia, control e inteligencia emocional, empatía...
- A nivel conductual: resolución de conflictos, control de la ira...

El feminismo ayuda a los hombres

Tendemos a pensar que el patriarcado incide negativamente sólo en las mujeres y que el feminismo sólo favorece a las mujeres. Craso error. Los hombres también padecen el patriarcado y el feminismo ayuda a vencer los convencionalismos que les afectan:

a. Poder llorar sin que les menosprecien y les tilden de poco hombres.
b. No tener porqué ser el sustento familiar.
c. Que les puedan invitar sin pasar vergüenza.
d. Poder vestir cualquier color.
e. No tener la necesidad constante de ser un superhéroe.

¿Sobre quién recae la responsabilidad?

La responsabilidad recae sobre cada individuo y en la sociedad en general. Dentro de la sociedad, existen organismos, instituciones y medios que, al poseer mayor poder y capacidad de difusión y de influencia, han de asumir la responsabilidad que les toca desde un punto de vista moral, ético y legal, tratando de que se cumpla la Declaración Universal de Derechos

Humanos. Los gobiernos han de promulgar leyes (en el ámbito de la cultura, de la educación, de la justicia...) que favorezcan la igualdad y que ayuden a erradicar la violencia contra las mujeres. Y no sólo eso: cada representante institucional ha de dar ejemplo a la hora de realizar declaraciones, de participar en actos y con su propia vida.

Sobre la prevención

A través de la educación

Es fundamental que centremos una gran parte de los esfuerzos en la prevención temprana y no hay mejor prevención que una sociedad bien educada. Educar en igualdad y equidad entre niñas y niños va a originar cambios generacionales en las personas que formarán el futuro de nuestra sociedad.

A través de los medios de comunicación

Los medios de comunicación, como transmisores de realidades y de fantasías y como co-educadores de una sociedad cada vez más mediatizada e influida por ellos, tienen una responsabilidad en el reforzamiento y difusióin de valores de igualdad entre mujeres y hombres.

Jóvenes

LOURDES LORENTE DIHARCE
JORGE FREUDENTHAL PASCUAL

Aprendemos de las personas adultas usos, maneras y costumbres y, obviamente también, la forma de relacionarse entre chicos y chicas, tanto en grupo como en pareja.

Entre los y las más jóvenes, también se produce violencia contra las mujeres: parejas con muy poca experiencia vital, pero con muchas ganas de experimentar. ¿Se está produciendo un fenómeno de aumento de violencia contra las mujeres entre las parejas de jóvenes? ¿Hay diferencias entre las chicas jóvenes víctimas de esta violencia y las mujeres adultas? ¿Viven la violencia las jóvenes de forma distinta? ¿La identifican antes y piden ayuda? ¿Les protege igual la legislación?

La juventud actual ha nacido en un contexto político y social de igualdad entre ambos sexos, donde hombres y mujeres, al menos en los aspectos formales, tienen idénticas oportunidades, obligaciones y derechos. La posición de salida de las chicas, en teoría, es la misma que la de los chicos: son libres para estudiar lo que desean, para trabajar en lo que les interesa, son dueñas de sus bienes, de sus decisiones, y no deben contar con la figura masculina, de un tutor que valide sus inquietudes. Sin embargo la violencia contra las mujeres también está presente en las relaciones entre parejas jóvenes.

> “Las nuevas tecnologías y el amplio conocimiento de su uso provocan que actitudes violentas, como el control, se hayan endurecido, se hayan magnificado aún más si cabe

La idea del amor romántico -y muy especialmente cuando se vive el primer amor-, la idealización de las relaciones, la carga mediática con mensajes contradictorios, etc. no hacen sencillo para los y las jóvenes afrontar estas situaciones de violencia, cuando se presentan de forma explícita. Y mucho más difícil resulta, aún, detectarlas cuando la forma de violencia es más sutil y, por tanto, menos evidente. Esto es algo que no debe sorprender a los y las profesionales, ni a los y las educadoras, ni a las familias, ni a la sociedad en general en tanto en cuanto es lo mismo que ocurre en la población adulta, referente principal del que la juventud ha ido aprendiendo.

La Ley Orgánica de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género, en su objetivo fundamental de proteger a las mujeres víctimas de la violencia, obviamente también da cobertura a las más jóvenes, incluso cuando son menores de edad. E, incluso también, teniendo presente que no haber cumplido los 18 años es una circunstancia que tiene algunos elementos específicos, en tanto en cuanto la Ley tiene la obligación de proteger a la víctima doblemente: por víctima de violencia de género y por menor de edad.

De igual manera, respecto al victimario, también debe ser protegido por su cualidad de menor. A los menores de edad infractores no se les enjuicia igual que a los adultos y se buscan medidas educativas que sirvan para el aprendizaje en positivo. La condición de menor de edad les va a proporcionar una segunda oportunidad para que entren en la edad adulta sin cargas adicionales.

En la intervención, observamos que puede ocurrir que la juventud de quienes componen la pareja o hasta su minoría de edad puede llevar a no tomar demasiado en serio las denuncias, formales o no (porque son muy jóvenes, porque no son pareja 'seria', porque llevan muy poco tiempo de relación, porque han tenido otras parejas simultáneamente, porque varían de relación con facilidad, porque las relaciones tienen una duración más breve en el tiempo, etc.).

Sin embargo, estas mismas cuestiones se producen de igual forma en las parejas adultas y no deben aceptarse como criterio para la no intervención y la no protección. El aprendizaje y la experiencia que se obtenga en edades tempranas en cuanto a las relaciones de pareja va a determinar comportamientos en la edad adulta.

En varias investigaciones se ha constatado que las nuevas tecnologías y el amplio conocimiento de uso de las mismas provocan que actitudes violentas como el control se hayan endurecido, se hayan magnificado aún más si cabe, manteniendo dicho control, incluso, cuando la distancia geográfica es grande (enviar constantes mensajes requiriendo información sobre dónde está y pedir fotos; fiscalización de la terminal; fiscalización de las relaciones con otras personas a través de la exploración de las redes sociales en las que participan; control y verificación la última vez de conexión; si se encuentra en línea para posteriormente exigir información sobre con quién ha hablado o reprochar la no inmediatez en la respuesta, etc.).

Se producen las mismas actitudes que en las relaciones violentas de parejas adultas, tanto en los chicos como en las chicas. Los estereotipos sobre lo que se espera de un chico y de una chica siguen activos. Los chicos: fuertes, independientes, valientes, sociables, con éxito entre su grupo de pares de ambos sexos. Las chicas: sensibles, atractivas, fieles, prudentes...

A continuación, resaltamos algunas preguntas que es interesante que chicos y chicas se planteen a fin de que puedan hacer una autoexploración sobre cómo se relacionan cuando están interaccionando. Es recomendable que esta autoexploración sea apoyada por una persona profesional en intervención en violencia contra las mujeres.

- ¿Qué es para ti el feminismo? ¿y el machismo? ¿Qué es el género? ¿para qué sirve el género?
- ¿Te molesta que tu chica hable con otros? ¿qué es lo que te molesta? ¿a qué tienes miedo?
- Cuando tu pareja pone algún "me gusta" en el muro de otro chico en el Facebook, ¿cómo te sientes?

- ¿Cuánto te gusta que tu pareja suba fotos a Instagram en la que sale en biquini en la playa?
- ¿Qué tipo de fotos subes a redes sociales: haciendo pesas o algún deporte, en la playa o piscina, en conciertos, con amigos y amigas?
- ¿Qué diferencia hay entre las fotos que suben a la red los chicos y las chicas? ¿Qué peligros puede acarrear para los chicos? ¿y para las chicas?
- ¿Cómo de vergonzoso te resulta expresar que tienes miedo? ¿y llorar delante de más personas?
- ¿Qué te parece que tu pareja salga con su cuadrilla (chicas y chicos) cuando tú no estás?
- De todos los whatsaap que le mandas a tu pareja, ¿en cuántos le preguntas dónde está, con quién... antes de preguntarle cómo esta o cómo le va o qué tal?
- ¿Cuántas veces puedes mirar a lo largo del día cuál ha sido la última conexión de tu pareja, su estado o confirmar el doble check?
- ¿Cuál suele ser la explicación más frecuente que te das cuando tu pareja no contesta a un whatsapp, a pesar de que tú compruebas que lo ha leído? ¿cómo te sientes en esos momentos?
- En carnavales, ¿cuáles suelen ser los disfraces típicos de chicos y chicas? ¿qué diferencias hay? ¿Te gusta que tu pareja se disfrace?
- A la hora de mantener relaciones sexuales, ¿qué te parece que sea ella la que tome la iniciativa? ¿Hasta qué punto es lícito insistir para mantener relaciones? Cuando tu pareja tiene la menstruación, ¿cómo practicáis sexo? ¿le animas, entonces, para tener sexo anal u oral?

- A la hora de ligar, ¿te gusta que sean ellas las que toman la iniciativa? ¿qué opinión tienes de las chicas que así lo hacen? ¿y de los chicos?
- ¿Qué cosas no pueden hacer las mujeres cuando tienen el periodo?
- ¿Empleas expresiones como "gordi", "tonti"...?
- ¿Qué cosas estás harto de tener que aguantar porque se supone que son cosas de chicos?
- ¿Qué cosas te gustaría realizar y no lo haces porque se supone que son cosas de chicas?
- Si un chico sale con muchas chicas, ¿es un mujeriego?. Si es la chica la que sale con muchos chicos, ¿cuál es el equivalente de mujeriego?
- ¿Cuántas veces has pasado miedo al volver a casa de noche? ¿cuáles eran esos miedos?
- ¿Cuántas veces has oído a tu pareja y/o a amigas comentar que les da miedo volver a casa de noche? ¿cuáles crees que son esos miedos?
- Cuando nos referimos a que las chicas hablan de sus cosas, ¿de qué crees que hablan? Y las cosas de los chicos, ¿cuáles son: tetas, fútbol y coches?
- ¿Cuáles son los temas más frecuentes por los que se suele discutir con la pareja?
- ¿Qué opinión te merece el deporte femenino?
- ¿En qué ocasiones has hecho comentarios del tipo: "Calla, si tú no tienes ni idea", "¡Qué sabrás tú!", "¡Puff, cómo estás! ¿tienes la regla, o qué?".
- Teniendo en cuenta que ante la ley y en la Declaración de los Derechos Humanos mujeres y hombres somos iguales, ¿cómo te explicas que sigan existiendo tantas diferencias

entre sexos? Salario, desarrollo profesional, cargos de dirección, precariedad laboral, deporte, cultura, tareas dentro del hogar...

- ¿Alguna vez te han dicho con quién puedes o con quién no puedes hablar? ¿qué sentiste? ¿qué pensaste? ¿qué hiciste?
- ¿Por qué los hombres acumulan un mayor porcentaje de delitos contra la seguridad vial, especialmente los relacionados con alcohol u otras sustancias toxicas, legales o ilegales?
- ¿Cómo te sientes si sabes que muchos de tus amigos ya han perdido la virginidad y tú no?
- ¿Has pensado en el uso de los colores? ¿desde cuándo y por qué el rosa es un color de chicas? ¿Cuál es la explicación artística, qué dicen las teorías del color al respecto?
- ¿Cómo de importante te resulta tener una buena figura? ¿cuánto crees que les importa a los chicos que tengas una buena figura? ¿cuál es el ideal de buen tipo?
- ¿A qué estás dispuesta para tener un mejor tipo y contentar a los chicos: dietas, ejercicio, operaciones de pecho, nalgas, liposucciones, labios...?
- ¿Has sentido presión de compañeras y compañeros, de amigas y amigos, o de la sociedad en general para que mejores tu físico? ¿a qué crees que se debe? ¿Cuáles son los cánones de belleza actual y cómo han ido evolucionando a lo largo de la historia?
- ¿Alguna vez has tenido la sensación de que algún compañero y/o adulto te miraba de forma indecorosa, se rozaba o insinuaba porque llevabas escote o una falda corta?
- ¿Guapa y tonta? ¿guapa y lista? ¿fea y lista?

- El hecho de que tu pareja sea un poco celosa, ¿es señal de que te quiere mucho? ¿Son los celos la llama de la pasión? ¿hay celos buenos y celos malos?
- ¿Te resulta habitual que tu pareja acceda a tu móvil y vea tus comunicaciones? ¿alguna vez se ha vuelto en tu contra y ha generado una discusión sobre con quien te escribes o hablas?
- ¿En qué ocasiones has mandado fotos o tu ubicación para que vuestra pareja certifique dónde te encuentras?
- ¿En qué ocasiones te has sentido excluida por el hecho de tener la regla? ¿Has o han justificado alguna vez el mal genio o un enfado por estar con la regla? ¿Qué mitos conoces relacionados con la menstruación? ¿qué base científica tienen?
- ¿En alguna ocasión has practicado sexo porque tu pareja te ha convencido a pesar de que no te apetecía? ¿El tema de los métodos contraceptivos es algo de lo que todavía no nos hemos concienciado como sociedad? ¿Has tenido que insistir alguna vez para que tu pareja usara un preservativo? ¿Empleas la marcha atrás?
- ¿Te ha ocurrido que, en ocasiones, hayas practicado sexo por el "qué dirán"? ¿Has pasado por situaciones en las que te han insistido o coaccionado para tener sexo oral o anal porque estabais con la menstruación?
- ¿Cómo es el trato que dan los padres a las hijas? ¿Y las madres? ¿Y a los varones? ¿Qué diferencias en el trato observáis las chicas con vuestros hermanos?
- ¿A qué deportes habéis renunciado u os han hecho renunciar por ser deportes de chicos, o de chicas en el caso de los varones?

- ¿Cuántas veces has tenido que oír "piropos" groseros?
- ¿Qué has hecho, alguna vez, después de rechazar a algún chico porque no te gustaba? ¿Te ha faltado el respeto llamándote estrecha, calientapollas, fea...?
- ¿En qué ocasiones se han producido forcejeos con tus parejas? ¿Cómo los justificas?